

El niño en el cuento boliviano

Antología

(Parte I)

*“Desde adentro, desde adentro,
desde el fondo del abismo,
viene corriendo a mi encuentro,
un niño que soy yo mismo.”*

Oscar Alfaro

Víctor Montoya

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	2
COMENTARIOS	4
Los niños en la antología de Víctor Montoya (Carlos Decker Molina)	4
En defensa de los niños (Giancarla de Quiroga)	5
Una obra singular (Rodolfo Espinoza Aliaga)	5
Un trabajo hecho con amor a la distancia (Gaby Vallejo Canedo)	6
Los niños de Bolivia (J.L. Zabalaga Mendoza).....	6
Un esfuerzo a imitarse (Manuel Vargas).....	7
Narradores bolivianos en una excelente antología (Javier Claire C.).....	7
Radiografía del alma boliviana (Mauricio Aira Flores)	8
ANTOLOGÍA.....	11
Germán Araúz Crespo - EL MILAGRO DE LAS SANDÍAS	11
Virginia Ayllón - BÚSQUEDA.....	13
René Bascopé Aspiazu - ÁNGELA DESDE SU PROPIA OSCURIDAD	14
Adolfo Cáceres Romero - EL ÁNGEL INDIO	17
Zenobio Calizaya Velásquez - EL LEÓN EN INVIERNO.....	20
José Camarlinghi - CUANDO YO ERA TRENCITO	22
Adolfo Cárdenas Franco - CON POCISION: EL FERIADO DE TODOSANTOS ..	25
Homero Carvalho Oliva - MONSTRUOS.....	27
Jorge F. Catalano - EL NIÑO DE LAS ESCOBAS	28
Oscar Cerruto - ALEGRÍA DEL MAR.....	33
Carlos Condarco Santillán - EL TORO.....	41
Gary Daher Canedo - EL OLOR DE LAS LLAVES	45
Porfirio Díaz Machicao - QUILCO EN LA RAYA DEL HORIZONTE	46
Alfonso Gamarra Durana - UNA TARDE DE SÁBADO	48
Walter Guevara Arze - TEMPESTAD EN LA CORDILLERA	52
Alfonso Gumucio Dagron - INTERIOR MINA.....	72
Marcela Gutiérrez - ROSA, ROSA, TAN MARAVILLOSA	79

PALABRAS PRELIMINARES

Estos cuentos, escritos con el vértigo de la pasión y la fuerza de la inteligencia, están destinados al niño que habita en nosotros, al que se niega a abandonarnos y nos contempla desde el fondo del alma.

Cada autor, como atrapado en el torbellino de los recuerdos, incursiona en los territorios invadidos por la infancia, intentando reconstruir las astillas dispersas de la memoria, o simplemente, con el franco propósito de traslucir las aventuras, pasiones, sentimientos y pensamientos de quienes, más allá de ser rescatados de las brumas del olvido, son los protagonistas principales de estas piezas de incalculable valor humano y literario.

Es aquí donde los cuentistas, encumbrados con su mayor sensibilidad, nos deslumbran con un estilo personal y un certero dominio del discurso narrativo, aun a riesgo de asomarnos a las lindes de la literatura infantil, que de hecho constituye un género distinto a las intenciones que motivaron la elaboración de esta antología.

A la pregunta: ¿por qué una antología de "El niño en el cuento boliviano". La respuesta es muy sencilla: porque considero que la infancia constituye el cimiento de la personalidad humana, la etapa más noble y sensitiva que nos depara la vida. No en vano reza el sabio proverbio: "El niño es el padre del hombre", pues nosotros, los adultos, somos lo que fuimos de niños. Quien no tenga un punto de referencia en los años de la infancia, debe considerarse un individuo sin pasado ni futuro, y por eso mismo, un desatino de la razón y una fatalidad del destino.

El único criterio que se usó en la selección de los cuentos, al margen de la inherente calidad literaria que se exige en este tipo de publicaciones, fue el hecho de que los temas, cuyos escenarios están ambientados en el campo, las minas y las ciudades, estuviesen contemplados desde la perspectiva de los niños, quienes, gracias al poder de su imaginación, son capaces de captar las vibraciones más sutiles de su entorno, observando con perspicacia los atavismos ancestrales y las costumbres familiares, debido a que la sensibilidad es uno de los hilos conductores de la condición humana, sobre todo, cuando ésta se halla en pleno proceso de desarrollo.

De otro lado, valga advertir que ciertos cuentos, aparte de reflejar el panorama multicultural del país, recrean el lenguaje popular, salpicando el texto con interferencias del quechua y el aymara, en una suerte de pirotecnia lingüística que enriquece los matices léxicos y sintácticos de una lengua.

En algunos cuentos, cuyos temas son disímiles en su forma y tratamiento, están retratados los niños marginados de las grandes urbes: los huérfanos, mendigos, canillitas, lustrabotas, los que no tienen nombre ni hogar, los que maduran antes de tiempo como si estuviesen hechos a golpes de crueldad y tragedia. En otros, en cambio, aparecen los niños de la clase media empobrecida, los niños de las minas y el campo, donde están presentes la discriminación social y racial, la violencia y el menosprecio. Se tratan de cuentos que, además de contener un alto valor ético y estético, nos convocan vehemente a la reflexión y a la toma de conciencia, como si los autores, a tiempo de exagerar intencionalmente el grotesco social, criticando los aspectos más crudos de la realidad, desearan transformar la situación de los niños que pertenecen a las clases

menos privilegiadas de la sociedad imperante, donde el atropello a los Derechos del Niño, junto a la pobreza y el autoritarismo, es una ley contundente que habla su propio lenguaje.

Varios de los cuentos, expuestos con sobriedad y transparencia, nos dejan con el aliento suspendido, pues parecen nacidos del alma de su autor con el mismo dolor que implica el parto. Son cuentos que, narrados en primera persona y con experiencias personales y colectivas, se convierten en gritos de desesperación y denuncia. No obstante, es interesante observar que en medio de la tragedia social, que en Bolivia se torna en un doloroso problema nacional, se filtra el rayito mágico de la fantasía, permitiéndole a cada niño mantener encendida la llama de la esperanza y el goce emocional que le proporciona la actividad lúdica, donde los deseos, palabras, imágenes y sueños siguen su propio cauce, al margen de la realidad existencial y el mundo racional de los adultos.

La antología reviste no sólo la importancia de haber sido publicada en Suecia, como una contribución a la difusión de la literatura boliviana, sino también la importancia de reunir, en un solo volumen, el tema del niño en la cuentística del siglo XX, con la esperanza de que la narrativa boliviana, tantas veces ausente en la constelación de la literatura latinoamericana, tenga un mejor porvenir en el presente milenio, en provecho de los autores que dedican su tiempo y talento al arte de la palabra escrita.

Asimismo, la presente antología, lejos de tener un afán de lucro, es una suerte de reconocimiento y agradecimiento a los escritores que se empeñan -y se empeñaron- en rescatar los sentimientos más sublimes de un pueblo, cuyos valores culturales apenas trascienden más allá de sus fronteras, en parte, debido a la desidia de quienes controlan los aparatos de poder a nombre del consenso y la democracia.

En lo que a mí respecta, me complace el simple hecho de haber compilado estos cuentos de mi tierra, donde no pocos escritores descuellan como excelentes intérpretes del alma infantil. Éstos son los cuentos que cautivaron mis inquietudes de lector y éstos son los autores que inspiraron, con su palabra y aliento, la elaboración de este volumen que ahora deposito en sus manos, como un cofre lleno de esperanzas y sorpresas literarias.

Víctor Montoya, Estocolmo, Suecia.

COMENTARIOS

Los niños en la antología de Víctor Montoya (Carlos Decker Molina)

Uno de los primeros cuentos que leí en mis mocedades estaba firmado por Porfirio Díaz Machicao, autor que me indujo a querer, quizá amar la noche orureña, aquella de las emociones bohemias, de las guitarras y los quemapechos. Ése mismo Porfirio Díaz que podía pintar la bohemia orureña de fines de los 40 tuvo la capacidad literaria de escribir aquel cuento que quedó grabado en mi mente de adolescente: “Quilco en la raya del horizonte”, el niño indio que soñaba con navegar por los lejanos mares o amar a mujeres bellas, aquel que quería sentir la piel de su amada en el lecho de seda, ese niño que finalmente le dice a su padre: “Tatay, me he regresado”.

Pero hay más niños en la literatura boliviana. Eliécer, hijo literario de Oscar Cerruto, o Virginia Parihuancollo, heredera legítima de la pluma de Adolfo Cárdenas Franco. ¿Qué de común hay en esos niños nacidos del parto poético? Son niños que han germinado en el vientre de la Pachamama boliviana; tienen la piel oscura de su terruño, la mirada huraña de la madre y -por qué no- la picardía de su padre, minero de oficio, campesino de vocación, comerciante de casualidad, marrullero por necesidad. Pero hay otro común denominador, la ternura de la infancia que es la levadura con la que se hace el hombre. Lo dice muy bien el compilador “Nosotros, los adultos, somos lo que fuimos de niños”. Éste es el mérito del libro “El niño en el cuento boliviano”, una excelente antología de 35 piezas literarias, muy bien seleccionadas por Víctor Montoya.

Bien. No puedo pasar por alto la labor pedagógica de Víctor Montoya, quien con una tenacidad propia del que labra joyas en el yunque de la vida, ha ido presentando las diversas facetas de la literatura boliviana en este largo vivir fuera de nuestro ancestro. Ello tiene un doble efecto. El presentar a los bolivianos los tesoros de nuestra literatura y recordarnos que somos hijos del inti y la quilla, del sol y la luna, y recordarnos que fuimos acuñados con sonidos de charangos y de quenás, que a veces por la ausencia suenan como lejanas y olvidadas melodías.

Pocos se han dedicado a bolivianizar a los bolivianos con el noble instrumento de la literatura como Víctor Montoya. Además, lo hace en momentos en que la globalización borra las fronteras geográficas para lanzarnos a los espacios cibernéticos donde lo nacional se convierte en una pequeña piedra en el zapato de la humanidad.

Para terminar, felicito a Víctor Montoya por su tenacidad de hijo de las oquedades mineras, porque nos enseña que para ser el nuevo hombre global debemos recordar que estamos hechos de barro nacional.

Carlos Decker Molina

En defensa de los niños (Giancarla de Quiroga)

El acertado epígrafe extraído de un poema de Oscar Alfaro: “Desde adentro, desde adentro, desde el fondo del abismo, viene corriendo a mi encuentro, un niño que soy yo mismo”, alude al niño o niña que aún habita en nosotros y que aflora en nuestros recuerdos y en la escritura, tal como podemos apreciar en los relatos de los diferentes autores, provenientes de la variada geografía del país.

Algunos traslucen la añoranza de la infancia, otros, sin embargo, describen situaciones conflictivas que generalmente tienen desenlaces trágicos por la presencia recurrente de la pobreza crítica, el abandono, la drogadicción y la muerte.

No es casual que muchos cuentos describan la situación dramática de niños de sectores con necesidades básicas insatisfechas, ellos representan la mayoría en el país y lamentablemente las políticas dirigidas a la niñez. No obstante, el discurso oficial sobre Derechos Humanos y del niño aún no revierte las condiciones de vida y pobreza crítica que afecta a la población infantil.

Giancarla de Quiroga

Una obra singular (Rodolfo Espinoza Aliaga)

La obra que presentamos es singular porque consigna una especial selección de cuentos de autores bolivianos contemporáneos, versados en el género narrativo, pero con la característica y el sello, y esto es lo que debemos subrayar, de narraciones no precisamente en el estricto terreno de la literatura infantil, sino como la transmisión e interpretación de ese “yo” infantil interno que habita en la individualidad del hombre, quien se presenta categórico e incontrovertible para abrir las puertas del alma y dar salida al inquieto espíritu que desea ver el mundo de la realidad. El niño, que habita en las profundidades del alma, emerge súbitamente para contemplar su entorno.

Los autores, convertidos en niños, miran desde esa perspectiva el mundo exterior y retratan la realidad. Diversas realidades, con índices elocuentes de una sociedad que sufre y que, al mismo tiempo, pugna por salir de la prevalencia de los riesgos, baja expectativa de vida y mínimos accesos a los servicios sociales: la pobreza obliga a los niños a trabajar; falta de fuentes de trabajo para hombres y mujeres empuja a los niños a convertirse en hombres prematuros; niños sin hogar en las urbes, tristes y empobrecidos en el campo. Esta realidad sacude el alma del autor boliviano, quien nos transmite su pensamiento a través de la narrativa; pero, una narrativa que, al mismo tiempo, nos impele a reflexionar sobre el macroproblema del niño, particularmente del niño boliviano

Nuestra más sincera felicitación al autor de la antología, Víctor Montoya, por el meritorio aporte a la literatura boliviana, y su invitación a la reflexión nacional y al estudio sociológico del niño.

Rodolfo Espinoza Aliaga

Un trabajo hecho con amor a la distancia (Gaby Vallejo Canedo)

La distancia puede ser una energía poderosa que construye puentes más verdaderos que los puentes de cemento. No se explica de otra manera, la llegada a Bolivia, como regalo, de la Antología de Víctor Montoya.

Rastrear de aquella distancia la literatura boliviana, seleccionar treinta y cinco cuentos que focalizan a niños como personajes, es una tarea ardua, que sólo es posible con la pasión que da la distancia.

Preciso es agradecer a este boliviano singular por la emoción de no perder los lazos que se tejen de palabras, por la búsqueda de la niñez como “la etapa más noble y sensitiva que nos depara la vida”, como lo dijo en su prólogo y porque consiguió que las mejores palabras que cada escritor boliviano eligió para escribir sobre los niños, sean recuperadas en un solo volumen.

Gaby Vallejo Canedo

Los niños de Bolivia (J.L. Zabalaga Mendoza)

En realidad son cuentos escritos por adultos que ven, en cada rincón del suelo patrio, el sufrimiento del ser humano, del niño que, desde pequeño, tiene que acostumbrarse, por la fuerza, a vivir en un país que, como en ningún otro, hay una tremenda desigualdad y un abismo que separa a poco ricos y grandes masas de pobres; una amada Bolivia donde hay tremenda inversión de valores y no se vislumbra cuándo podría corregirse esta injusticia para bien y provecho de un pueblo, que ansía que las riquezas de su suelo sirvan para engrandecer la patria a partir de la atención a su capital humano.

De esto, del sufrimiento de los niños, refiere esta antología de Víctor Montoya, autor que también escribe sobre los niños de Bolivia. Por ello es singular esta antología. No es un libro de cuentos diversos, sino de cuentos donde el protagonista es el niño boliviano.

Al leer el libro, despierta en cada ser humano el niño interior que llevamos. Ya lo dice Víctor Montoya: “Cada autor, como atrapado en el torbellino de los recuerdos, incursiona en los territorios invadidos por la infancia, intentando reconstruir las astillas dispersas de la memoria, o simplemente, con el franco propósito de traslucir las aventuras, pasiones, sentimientos y pensamientos de quienes, más allá de ser rescatados de las brumas del olvido, son los protagonistas principales de estas piezas de incalculable valor humano y literario”.

J.L. Zabalaga Mendoza

Un esfuerzo a imitarse (Manuel Vargas)

El niño en el cuento boliviano, la nueva antología preparada por Víctor Montoya, nos propone una manera más de lectura del cuento boliviano producido en los últimos cuarenta años. Decimos una manera más, en el sentido de que cada cuento, cada obra de arte, puede ser tomada desde distintos intereses, desde distintos puntos de vista, y siempre nos dirá algo nuevo.

Por este motivo, creemos que la contribución que pueda tener esta antología de Víctor Montoya a la difusión de nuestra literatura, debe ser valorada como en justicia le corresponde. Más aún si se toman en cuenta las condiciones de trabajo de este autor que, desde Suecia y sin el apoyo de empresas editoriales, logra interesarse por la producción de autores bolivianos que realizan su trabajo de publicación de libros de una manera casi artesanal, y asimismo sin el apoyo de las grandes editoriales.

En cuanto a lo demás, es decir, en cuanto a la valoración misma de la antología, creemos que el público lector y el tiempo -los antologadores que no se equivocan- tienen desde ahora la palabra. Y ojalá que éste sea un esfuerzo a imitarse y nazcan más antologías en todas partes. Serán, poco a poco, granos de arena que contribuirán al conocimiento, al reconocimiento y al desarrollo mismo de nuestra literatura.

Manuel Vargas

Narradores bolivianos en una excelente antología (Javier Claire C.)

El escritor Víctor Montoya nos sorprende con la publicación de esta antología de cuentistas bolivianos, en cuyos textos, impregnados de sensibilidad asombrosa y excelente calidad literaria, se narran episodios revestidos con el ropaje de ese niño que vive en el fondo de nuestro universo interior.

La antología "El niño en el cuento boliviano", que recrea un ambiente del pasado y presente a partir de vivencias personales, nos permite adentrarnos en la psicología de los personajes y ser testigos del territorio habitado por los niños, cuyos destinos se transforman en piezas literarias dignas de ser difundidas. Vale la pena señalar que la antología, integrada por 35 narradores de reconocida trayectoria, constituye de por sí un gran aporte a la literatura boliviana, que injustamente carece de presencia en otros escenarios del mundo literario.

Javier Claire C.

Radiografía del alma boliviana (Mauricio Aira Flores)

Víctor Montoya, en un nuevo jalón de su productiva carrera literaria, acaba de lanzar a la circulación una nueva antología con el título de “El Niño en el Cuento Boliviano”, que resulta ser un verdadero homenaje a las letras bolivianas frente al nuevo milenio y que intenta recrear “las aventuras, pasiones, sentimientos y pensamientos” de los personajes de esos 35 autores seleccionados con verdadera devoción literaria de los empolvados estantes del recuerdo por Víctor Montoya, cuya preocupación por la literatura es digna del mejor elogio.

Lo original de esta Antología es la recopilación de cuentos cortos sobre niños destinados al lector adulto, ¿por qué tal cosa? El recopilador nos lo explica: “porque la infancia constituye el cimiento de la personalidad humana, la etapa más noble y sensitiva que nos depara la vida, pues nosotros los adultos somos lo que fuimos de niños”.

Los cuentos discurren en las ciudades, las minas y el campo, y resulta un placer espiritual rever aquellos escenarios en que transcurrió nuestra propia niñez y juventud, ahí está por ejemplo Raúl Rivadeneira Prada cuando describe la llegada de la luz eléctrica a un pueblo de Chuquisaca, donde pasó su infancia con tal detalle, tal lenguaje y precisión que los barrios pobres de Sucre se ven perfectamente retratados en sus frases; los muladares, que por desgracia no han cambiado mucho de entonces a hoy. Rivadeneira describe el funcionamiento de la estación del ferrocarril asombrado de las enormes máquinas prodigiosas que podían llegar tan lejos, ahí está la secuencia patética de la muerte de su padre, del padre del niño protagonista del relato.

Villa Montenegro, las lluvias interminables, el gracioso verano, las golosas ciruelas, las inolvidables y siempre esperadas vacaciones escolares que allí en Cochabamba empiezan en octubre y terminan en febrero, los fraganciosos claveles, todo esto junto al canto de los grillos en las noches silenciosas de los finales del verano, junto al croar de ranas y sapos como el marco ecológico de esa simple, a la par que conmovedora, historia del “Gringo de las Ciruelas”, de la proficua producción literaria de Ramón Rocha Monroy, quien nos tiene acostumbrados a sus escritos periodísticos, o iniciativas culturales como la picardía mejicana, la última de una serie de inquietudes que movilizan a la intelectualidad boliviana, infatigable trabajador cultural, charlista ameno, comunicativo y entusiasta.

Y el relato de aquel primer día de clases que todos hemos almacenado en algún rincón del subconsciente, y que unos pocos como Víctor Montoya tienen el privilegio de restaurar con pelos y señales, que lo asocia al tierno recuerdo de su madre, la maestra, los compañeritos de travesuras y emociones. Eran tiempos del autoritarismo, también en la pedagogía, justamente la anti-escuela que provoca la crítica reacción del cuentista que además es pedagogo. Ahí está la maestra a la que había que temer y que todo lo prohibía, y su forma de enseñar con severidad, a golpes el alfabeto, disciplina espartana, “más que niños, éramos soldados” y ahí está la ajustada descripción de niños tristes que resultan adultos sin tener la edad suficiente, niños con miedo de vivir, sometidos a castigos físicos, lo peor de todo, con la autorización de los padres. Esa inveterada escuela que trajo al mundo más penas que alegrías, está muy bien descrita por Montoya cuya destreza en retratar el pensamiento es bien conocida por sus asiduos

lectores, entre los que honrosamente me cuento. Ésta es la fotografía de un niño leyendo entre gemidos, acosado por una sádica profesora que no duda en golpear al niño hasta hacerlo sangrar, convencida quizá del viejo axioma “la letra con sangre entra”.

Y está Roberto Laserna a quién conozco desde que era un alegre niño en el negocio de pollos de su padre de la calle España, plaza de las flores, con la descripción del drama de cada día que viven los niños de la calle, en las calles de la ciudad de Cochabamba, Río de Janeiro, Buenos Aires o Santiago. Ahí están los niños sin nombre, conocidos por sus alias, el Chino, el Loro, el Lagarto, la Tuerta y cuyo mundo son El Prado, la 25, San Francisco o el atrio de la Iglesia de la Compañía, vestidos con harapos, chulus y ojotas, allí está la “escuela de pillos” que Raúl Salmón dramatizó ajustando la realidad de la vida al escenario, donde los niños de la calle aprenden a robar, se drogan, se prostituyen y contagian de males venéreos de los que ya no se curan. Niños cuyas vidas no tienen un objetivo, desamparados de Dios y de los hombres, viven sin vivir, de niños tienen tan sólo el nombre. Lo notable del cuento de Laserna es que transcurre en gerundio, la forma gramatical de acción continuada, inconclusa, como la vida misma de los niños de la calle.

La antología nos trae los no menos dramáticos relatos de quien fuera Presidente de Bolivia durante 74 días, Walter Guevara Arze fallecido relativamente joven en 1996, y del contemporáneo Alfonso Gumucio Dagron nacido 40 años después del primero, lo que no es óbice para que ambos autores nos cuenten una misma realidad de los niños, hijos de mineros, protagonistas y víctimas de la trágica realidad en torno a la vida cotidiana en las gélidas montañas de Los Andes. Realidad que es denuncia de injusticia, abandono total y pobreza extrema de que son víctimas los niños.

En el vívido relato de Guevara Arze, “Tempestad en la Cordillera”, están las familias campesinas que emigran del valle a la montaña, atraídos por la esperanza de mejoras de vida, de aumentar sus ingresos y hacerse de un pequeño capital con el trabajo de la mina. El Presidente cuentista logra pintar magistralmente el exterior de la mina, lúgubre y opresor, y la impresionante inmensidad de las montañas de nieves eternas, paso obligado de la mina al valle geográficamente colocado en las depresiones montañosas. Por estas montañas deambulan dos tiernos hermanitos de 6 y 4 años, desamparados de toda protección, víctimas inocentes de la ambición de un inhumano comerciante a quien el padre de los niños les había confiado a su cuidado. La lectura es desgarradora y el dolor humano que trasuntan sus palabras con mueve hasta las médulas. Es sin duda un cuento del mejor estilo literario, realista y conmovedor.

El segundo autor, Alfonso Gumucio Dagron se refiere a otros tiempos aunque en parecido escenario. Los dueños de las minas no son más los “Barones del Estaño”, ahora el dueño es el Estado Boliviano y sus administradores los militares que no dudan en masacrar a los obreros, cuando la incapacidad y la intolerancia ceden paso ante la justicia social y el obstinamiento. El llokalla Jaimito, de 10 años de edad, encarna al prototipo del niño minero cuyo padre perece ante las armas fratricidas y la madre ante la crueldad inhumana de los oficiales. Esto que parece cuento es pura realidad, es el cuadro cotidiano en la siempre repetida historia de las minas de Bolivia.

Aquí los cuentos, los elegí al azar, los hay cortos y largos en un gran matiz de variaciones dentro del mismo tema. Creo que se trata del más serio intento de reunir en

un mismo tomo, una ingente producción que abarca fácilmente todo un siglo en la narrativa boliviana. Gracias Víctor Montoya por prodigarnos el deleite de la lectura de tantos cuentos hermosos, algunos de autores conocidos, otros menos conocidos en el mundo del cuento, pero sí en otros campos de la producción literaria. Gracias por el acierto en la elección del tema específico para esta nueva antología, adultos que escriben para adultos sobre nuestros niños, protagonistas principales de este libro.

Mauricio Aira Flores

ANTOLOGÍA

Germán Araúz Crespo - EL MILAGRO DE LAS SANDÍAS

(La Paz, 1941)

Ni subidos sobre los hombros de otro lográbamos abarcar con la mirada los límites del sandial. A lo lejos, sólo podíamos ver el reflejo del sol estallando sobre las frutas. Lentamente nos fuimos repartiendo por el terreno. Era tanto nuestro entusiasmo, que ni tomamos en cuenta el tamaño de cada fruta ni el solazo que partía la tierra. Hasta nos parecía sueño. ¡Todito el sandial de don Casiano a nuestra disposición y ni siquiera debíamos apresurarnos por temor a los hondazos del dueño!

No había en la zona fruta más apetecida que la cultivada por don Casiano y, tal vez por eso, éste prefería venderla afuera y no en el pueblo. Es posible que sean sus tierras, es posible que -como decía don Uruguay Carrillo- sea la suerte del avaro. Lo cierto es que todo lo que cultivaba ese hombre, resultaba siempre en una cosecha envidiable.

De sus tierras salían los choclos más tiernos, las mangas más dulces, las sandías más grandes, las naranjas más jugosas. Situado en lo alto de la loma, el puesto de don Casiano era el más apetecido. Y el menos visitado. Los dueños jamás invitaban a nadie y, si alguien se acercaba para conversar, era atendido hoscamente en la tranquera. Ninguno de nosotros se podía jactar alguna vez de haber cruzado la alambrada sin que un certero hondazo nos dejara escociendo las nalgas.

A simple vista parecía pan comido. No tenía ni siquiera un perro pa que denuncie a los intrusos. El último que tuvo aguantó 23 días comiendo ruda. Qué desventura la del animalito. Cuando se murió, ya casi era un vegetariano convencido, solía contar Israel Mendoza, el camionero. Sin embargo, el cerco que separaba el puesto de don Casiano con afuera, era impasable. Allí por donde uno metiera la nariz -ya sea al alba o al atardecer- allí encontraba al dueño, revoleando con placer su honda.

Sería para evitar esas invasiones que don Casiano nunca dejaba su propiedad. Salvo cuando tenía que viajar para colocar sus productos afuera. Entonces, quién entrara allí con deseos de sacar una naranja para calmar su sed, seguro encontraba a su mujer. Y si en el pueblo había alguien más certero que don Casiano para manejar la honda, esa era doña Etlvina.

La fama de tacaño de don Casiano se fue extendiendo a los pueblos vecinos. No había en los alrededores quién quisiera trabajar para él y cuando llegaban las épocas de la siembra o la cosecha, tenía que ir cada vez más lejos a buscar quién lo ayude. Muchos de sus peones, abandonaban el trabajo antes de terminarlo. Parece que el hombre les mezquinaba hasta el agua que tomaban. La última vez, los tuvo que traer del sur de Potosí -recordó Pastor Vaca. ¡Había que ver cómo se derretían esos collitas , añadió Cesáreo Nogales. Como siga así, hasta su mujer se le irá, predecía Benigno Perales. Y eso lo mataría, de seguro. ¿Quién sería capaz de encontrar mejor peón que doña Etlvina y por nada?, retrucaba Inocencio Taboada.

Y era cierto. Nadie había visto jamás una mujer más valiente para el trabajo que doña Etelvina. Laboraba de sol a sol con la misma energía que tres peones. Y ni siquiera cuando quedó preñada disminuyó su capacidad de trabajo. Todo el mundo le achacaba a ella la prosperidad del puesto. ¡Quién podría creerlo! Justo fue eso lo que la mató. Estaría de unos siete meses, cuando el marido tuvo que viajar de urgencia a Tarija, para acomodar a buenos precios las sandías antes de temporada. Entonces, fue que la mandó a que ensillara el caballo.

Algo habrá pasado, porque el caballo de don Casiano era más manso que sapo criado en casa. Tal vez se le acercó alguna víbora. El caso es que, justo cuando la mujer iba a colocarle los aperos, el ruano le mandó el patadón en pleno vientre. Murió -dicen que sin largar un quejido- dos días después. El doctor sólo pudo atenderla una vez y, para eso, tuvo que prometerle al dueño de casa, que no le cobraría un centavo por la consulta. Para el velorio -sin que nadie se los pida- los vecinos comenzaron a subir a la loma llevando café, azúcar, cigarritos y hasta alcohol, pa velar como Dios manda a la muerta. Es que, así como el marido inspiraba desprecio, doña Etelvina siempre fue objeto de simpatía y lástima de parte del pueblo.

Al día siguiente, a las dos de la tarde, pese al solazo que perforaba los techos de las casas, el pueblo comenzó a reunirse en el puesto del avaro, para el entierro. Nosotros también. Pero por la parte de atrás.

Sabíamos que don Casiano debía asistir al cementerio, dejando sola la casa. Era una oportunidad para visitar el sandial que no se nos presentaría en 20 años. Nos habíamos reunido como ocho chicos, y teníamos bien preparada la estrategia. Llevaríamos las sandías al borde de la cuesta, de forma que, al final, no tengamos que hacer más esfuerzo que el empujarlas cuesta abajo. Los más chiquitos como Luciano y Edil, esperarían a medio camino, para dar un impulso a la fruta que quede estancada en medio camino.

Iniciamos la cosecha con mucha alegría. Pero ésta duró muy poco. A los pocos minutos el sol de la tarde empezó a aplastar nuestro entusiasmo. Las espaldas parecían ardernos y el gran tamaño de cada sandía dificultaba su transporte hasta la ladera. Apenas habíamos logrado reunir unas 20 sandías en la orilla de la ladera, cuando Saúl nos dio la voz de alarma: ¡Vuelve el tacaño!

Nos asomamos al borde de la ladera. El cortejo, encabezado por el viudo, y compuesto por unas 15 personas, retornaba del cementerio trabajosamente. Caminaban con dificultad, achatados por el calor, dispuestos a un último esfuerzo que les permita ascender hasta el puesto. Era imposible que no nos vieran. No nos quedaba otra. Empezamos a empujar con desesperación la fruta apilada, que comenzó a rodar provocando una gran avalancha. Don Casiano levantó la cabeza y quedó paralizado. Era como si le hubiese caído un rayo. Pero eso fue sólo un instante. Luego comenzó a correr cerro arriba con desesperación. Aterrorizado, sentí un líquido tibio correr entre mis piernas.

El tacaño subía trabajosamente, resbalando en la ladera, volviéndose a levantar. Hasta que alcanzó la primera fruta. Rápidamente la levantó y, partiéndola en dos sobre una de sus piernas, hundió la cara en la superficie roja y fresca de la sandía y empezó a comerla con desesperación. Luego, mirando hacia nosotros, gritó ansioso: ¡Tiren más sandías,

carajo!, y volviendo hacia quienes lo acompañaban: ¡Vengan compadres, sírvanse fruta!
¡Aprovechen ahora que la Etelvina se ha muerto!

Virginia Ayllón - BÚSQUEDA

(La Paz, 1958)

a Bárbara

El tiempo tiene miedo

El miedo tiene tiempo.

Alejandra Pizarnik

He tardado mucho en encontrarla pero al buscarla huía de su posible materialidad. Miedo de que no fuera, de que estuviera hecha de nada. Pánico de encontrarme con otra cosa igual a ese miedo-monstruo, esa presencia pesada, verde-oscura y casi transparente que fue el miedo corporizado durante mi búsqueda. Esa cosa que se me pegó al cuerpo y estaba en todo; sintiendo mis sensaciones, caminando mis pasos, soñando mi sueño, solazándome en mi llanto... imposible desprenderlo, arrojarlo, destruirlo.

¿Y qué si ella no existía?, ¿si mi búsqueda era una ilusión en trance a la frustración?

ANTEANTEAYER

Hoy el miedo se alejó un poquito porque al fin la vi. ¡Es tan hermosa! Es sólo una niña: algo alta, algo delgada y me lleva ese invariable vestido celeste estampado con menudas florecillas blancas. El pelo largo, amarrado en la nuca con un breve lazo blanco. Camina lenta y distraídamente entre los árboles del bosque de eucaliptos que a veces deja que un rayo de sol la ilumine. Canturrea al caminar, palpa cada tronco que se le asoma. ¿Cómo será su cara?, ¿y su sonrisa?, ¿la tiene?

Qué ganas de gritarle que lo único que ansío es charlar con ella. Junto a esta felicidad me nace el miedo a que huya de mí.

Pero... ¡horror!, ¡es tan cándida y está tan desprotegida! No parece saber los peligros que la acosan, es muy distraída. ¿Cómo decirle que algo grave puede pasarle? ¿Cómo, cómo alertarle y cuidarla sin hablarle? ¿Cómo hablarle si se me muere de miedo?

ANTEAYER

Hoy tomé valor y la seguí entre los árboles (evitando siempre que me vea). No se percató de mi presencia.

AYER

Llegamos al bosque y estaba sentada en una piedra, el vestido celeste y el moño en la cabeza, canturreaba y jugaba con un pedazo de hierba. Me presintió y por fin... se dio la vuelta. Temí lo peor... que huyera, desapareciera o se desvaneciera. Cerré los ojos y al abrirlos me encontré con su sonrisa, ¡qué linda sonrisa!, ¡qué lindos ojos! Nerviosa,

sonreí, enrojecí y me escondí tras un macizo de eucaliptos. Inició entonces ella un juego en el que yo debía seguirla y el zigzag entre árboles delató su seguridad y mi inseguridad. ¿Qué decirle, cómo decirle?

HOY

Hoy, no sé cómo ni cuándo sucedió; sólo sé que me encontré reposando en su regazo y llorando. Ella acariciaba mi cabello y no permitió que el miedo (ese verde-oscuro) se sentara entre las dos. De querer protegerla resulté protegida y querida.

SIEMPRE

Hoy quiero volver a verla porque tengo muchas cosas que contarle, quiero volver a jugar con ella, internarme en ese bosque de sol, aprender la cancioncilla que canta. Ya sé cómo y todo está listo: las niñas en el colegio, la comida preparada, el teléfono descolgado, el timbre desconectado y yo presta a relajarme para poco a poco entrar en ese túnel de mí y mi tiempo que me lleva al bosque donde estoy yo de niña, con mi invariable vestido celeste estampado con florecillas blancas y mi breve moño en la cabeza.

René Bascopé Aspiazu - ÁNGELA DESDE SU PROPIA OSCURIDAD

(La Paz, 1951-1984)

No sé desde cuando empecé a sentir miedo por aquella habitación del segundo patio. Sin embargo creo recordar una tarde en que jugábamos fútbol, cuando la pelota de trapo golpeó con fuerza la puerta cerrada que crujió en toda su estructura gastada. De pronto me pareció que el ruido que había penetrado en la habitación se transformaba lentamente en un eco rotundo que levantaba polvo, removía telarañas y cambiaba de lugar las cosas. Después sentí cómo se aquietaba y se apoderaba del aire, llenándolo y absorbiéndolo todo, de manera que si repentinamente se abría la puerta, el ruido crecido se desbordaría en el patio, arrastrándonos, ahogándonos.

Nunca antes, hasta el día en que el hijo del portero de la casa tragó veneno para matarse por Yolanda, me di cuenta de que la habitación estaba ocupada por dos viejas y una muchacha alta y pálida llamada Ángela. Precisamente ese día, mientras mi madre y yo mirábamos cómo Roso se revolcaba en el empedrado, vomitando y gritando de dolor, me sorprendí al ver que la puerta se abría imperceptiblemente. La sangre se congeló en mis venas, porque yo tenía la íntima seguridad de que ese cuarto estaba deshabitado. Por suerte Roso tardó en morir hasta que cayó la noche, y yo aproveché para mirar con más detalle por la pequeña abertura dejada como a propósito. Ángela estaba inmóvil en una silla y las dos viejas se turnaban para ver el espectáculo del envenenado que no se dejaba tocar con nadie, mientras su padre lloraba histéricamente en un rincón. Tal como lo había supuesto inconscientemente, los objetos que alcancé a ver eran más antiguos que lo que podía tolerar mi imaginación. Lo que más me deprimió era la gran cantidad de cuadros de santos con los rostros satisfechos de tanto sufrir que estaban colgados en la pared del fondo, y un Cristo pequeño, crucificado, sangrando por todas partes y con los cabellos tan crecidos que me daba miedo y náusea. Así permanecimos hasta que murió Roso y nos quedamos todavía hasta que llegó la

policía a llevarse el cadáver. Para entonces la puerta se había cerrado completamente, simulando que nadie existía detrás de ella.

(En Todos Santos, mi madre y mi abuela tienden un paño negro encima de la mesa pequeña que está en el rincón más oscuro de mi cuarto. Encima de ella colocan lentamente el retrato de mi abuelo muerto hace quince o veinte años, mientras lo desempolvan con un trapo, luego encienden una vela y la fijan con la cera derretida que chorrea de la misma en un platillo de porcelana. El retrato se encandila. Mi abuela trae un vaso lleno de agua cristalina y lo posa en el paño; luego rezamos todos mientras yo mastico un pedazo de pan. En la noche no puedo dormir con la vela encendida y con el miedo de ver la mirada triste de mi abuelo encerrado en su fotografía, mientras su alma se bebe llorando a grandes tragos el agua del vaso. La llama chisporrotea y mi madre no se da cuenta del miedo que siento, por eso duerme en lugar de abrazarme).

Mi astucia infantil, con truculencia, me hizo ingeniar mil maneras para poder observar con detenimiento el interior de la habitación. Algunas veces, sin embargo, la puerta permanecía cerrada durante varios días, aunque por el olor que salía de las rendijas de la misma, yo sabía que Ángela y las viejas estaban en el interior.

Con el tiempo, las facciones de las tres mujeres me eran familiares; las miraba sin que se dieran cuenta, mientras jugaba cualquier cosa. Cuando salían, ella siempre caminaba entre las dos viejas, y parecía que sufría tan profundamente, que la empecé a amar con todas las fuerzas que me permitía el miedo. Estaba seguro que los cabellos peinados en moño, el velo negro, la joroba y el abrigo hasta las canillas era una imposición de ellas, para que se les pareciese. Pero Ángela tenía una palidez original que la diferenciaba totalmente.

Cuando mi madre se dio cuenta que me gustaba permanecer más de lo necesario en el patio, inexplicablemente comenzó a exigirme que dejara los juegos antes del anochecer. Pero era precisamente a la hora del principio de la noche cuando Ángela salía custodiada por las viejas. Por eso, las primeras veces, me negué a obedecer con pretextos de juego, pero después, en el invierno, cuando la noche llegaba más temprano, mis razones terminaron. Entonces opté por decirle que tenía ganas de entrar al baño. Así fue que la engañé, haciendo que me viera entrar, para luego salir furtivamente y esconderme en la oscuridad del callejón que comunicaba mi patio con el segundo, hasta que Ángela salía rumbo a la calle.

No recuerdo cuándo me enteré que Ángela no se llamaba así sino Elvira, que las viejas eran su madre y su tía, y que todas las noches, infaltablemente, iban a la misa de siete de San Francisco. Desde entonces me atreví a acercarme a la puerta, descaradamente, en el momento en que salían, para ver cada noche, desde diferentes ángulos, la habitación; de manera que fui armando mentalmente las imágenes anteriores, hasta conocer bien la ubicación de la mesa, de las dos camas, de los cuadros, de los baúles de madera, de las sillas viejas y de todas las demás cosas.

(En las mañanas de Todos Santos, mi madre es la primera en despertar, se levanta y mira indiferente el vaso casi vacío, recoge los restos que han quedado de la vela ardida y los arroja a la lata de basura. Yo siento todavía el llanto profundo del alma de mi abuelo, cuando salimos. En el patio, el perro nos mira con los ojos llenos de lagañas, porque ha visto toda la noche a los espíritus deambulando por la casa. En el cementerio

escucho aún el llanto lejano, entreverado con el tañido de las campanas que traen un olor a cadáver y a flores. Cuando hemos rezado empieza a llover sobre las tumbas y la mañana parece tarde).

Hace mucho tiempo, por mala suerte, mientras yo permanecía oculto esperando la salida de Ángela, aparecieron en el otro extremo del callejón, doña Juana y el padre de Carlos. Sin verme comenzaron a abrazarse y besarse y tocarse en todas partes, apresuradamente. Pero cuando el padre de Carlos me descubrió sólo atiné a correr hacia la puerta de Ángela, mientras él me perseguía amarrándose los pantalones. Justo en el momento en que me alcanzaba, las tres mujeres salían de la habitación. Ese día vi por primera vez que Ángela me miraba, por eso no sentí los golpes que me daba el padre de Carlos mientras me arrastraba hacia mi cuarto.

Desde ese momento mi madre no me dejaba salir al patio, por corrompido. Pero lo único bueno que pasó, fue que no se enteró que yo amaba a Ángela ni que tenía miedo de la habitación del segundo piso.

Yo pensé que duraría poco tiempo mi encierro, pero mi madre no se olvidaba de aquella noche en el callejón, y hasta llegó a pensar en que nos fuéramos a ir a otra parte, porque no podía más de vergüenza ante el padre de Carlos. Pero mi abuela, que me defendía un poco, le decía que no hiciera locuras, que en ninguna parte encontraríamos un cuarto en alquiler tan barato, y que por último ya se dejara de fregar que no era para tanto. Parece que esto hizo que mi madre se conformara.

Para Navidad encontré debajo de la cama, un camión de madera, pintado de morado y azul. Creí que al darme ese regalo, mi madre me perdonaba; pero además se puso tan contenta que se distrajo y yo salí al patio arrastrando mi juguete hacia el callejón. Cuando mi madre se dio cuenta me llamó a gritos, enojada, pero yo alcancé a ver que la puerta de Ángela estaba cerrada con un candado grande y medio ensarrado.

Desde la mañana en que escuchamos un griterío infernal en el patio, porque el padre de Carlos le había partido la cabeza con un hacha a su mujer, mientras que doña Juana se desgañitaba llorando, llevándose las manos a la herida profunda que le había hecho en el rostro la muerta, mi madre respiró tranquila y me dejaba salir a jugar algunos ratos. Sin embargo el largo tiempo de encierro hizo que no pudiera divertirme como antes, y peor todavía cuando me enteré que mi amigo Carlos estaba en el hospicio desde que murió su madre y el encarcelamiento de su padre. En los momentos en que podía ir al segundo patio, encontraba siempre la puerta cerrada, como si nadie hubiera vivido jamás en la habitación. Hubo algún instante en que quise rogarle a mi madre que me dejara salir, aunque sea por cinco minutos, en la hora en que anochecía, a condición de no salir en todo el día, pero jamás pude hacerlo.

(En Todos Santos corro hacia la habitación del segundo patio y cuando la puerta se abre, veo en el fondo, encima de una mesa negra, una vela ardiendo frente al retrato de Ángela. En la noche mi madre me hace rezar y me da galletas. Más tarde no puedo dormir, porque mientras el alma de mi abuelo se bebe el agua del vaso, Ángela se coloca lentamente en una mancha del tumbado y desde allí me mira fijamente y me susurra con su voz tan suave. La veo más pálida y más encorvada que antes. Cuando amanece se pone a llorar en silencio y se va. Mi madre despierta, prepara el desayuno y

cambia la vela que está por apagarse. Mi abuela se levanta y raspa con las uñas el excremento de moscas que se ha acumulado en el retrato.

Al salir hacia el cementerio encontramos al perro dormido, con gran cantidad de lagañas en los ojos, mi madre comenta que si se quiere ver a los espíritus de los muertos, basta con untarse los ojos con las lagañas de un perro. En el cementerio rezamos mucho y mi madre saluda a las dos viejas de la habitación de Ángela mientras comienza a llover, yo las miro con odio. Luego colocamos las ilusiones blancas en un florero antiguo. Mi abuela dice que la tumba de su marido está cada año más derruida. Al regresar a la calle llueve más fuerte y no deja escuchar el sonido trémulo del campanario. Mentalmente rezo para que las viejas no mueran nunca. En el momento en que mi madre abre la puerta de nuestro cuarto, yo arranco las lagañas del perro que sigue durmiendo.

Adolfo Cáceres Romero - EL ÁNGEL INDIO

(Oruro, 1937)

Niño indio, aquel día en que decidiste navegar entre las nubes, subiendo a la cordillera con tu totora bajo el brazo, nadie, sino tu perro lanudo que cuidaba las ovejas, se dio cuenta de ese propósito. Tomaste la senda muy de mañana, cuando tus padres se iban de labranza, sin saber que tal vez ya no te verían más. La mañana te recibía -con todo lo que ya conocías hasta la franja de la carretera- con su aliento frío, punzante como la paja brava que te salía al paso. Manadas de ovejas y llamas se desplazaban por la serranía, en busca de pasto fresco. El lago, despejando el cielo, se extendía como un manto salpicado de totoras. Desde ahí arriba tú lo divisabas sintiéndote crecer alas, listo para el vuelo. ¡Pilpintus!, gritabas a las mariposas que revoloteaban, ebrias de sol, junto a las flores de los cactus.

Niño indio, el cielo se te abría azul e inmenso como el mar que no conoces. La montaña se agrandaba a tu paso, mientras te perdías entre la bruma que parecía descender a tu encuentro. Algún pastorcillo te saludaba con su ¡Yule!, en los labios, y tú continuabas ascendiendo. La quena solitaria de un arriero avanzaba por la senda que seguías. Tolvaneras de viento se enzarzaban con los matorrales. Las nubes, blancas como los vellones que escarmenaba tu madre, se arremolinaban en media cumbre de la cordillera.

Pronto el cansancio hizo que te sentaras sobre una piedra. La oca cocida endulzaba tu boca, al tiempo que descubrías el suave placer de un cóndor lejano. La inmensidad de la puna se extendía a tus pies. Cuando de las oquedades sacabas la nieve escarchada, el salto de la vicuña atrajo tu atención. Frágil como la bruma que rodaba, la viste perderse entre las rocas; entonces, te pusiste a buscarla tenazmente, hasta que la encontraste en una especie de aprisco que cobijaba una tropilla de vicuñas. Fue inútil el sigilo que puso a tus movimientos, porque en cuanto sintieron tu presencia todas se deslizaron cuesta arriba.

Las pisadas del viento ululaban entre las grietas y la paja brava, trayendo, desde algún lugar de la montaña, un dulce coro de quenenas y zampoñas, acompasadas por su vibrante

tamboril. Niño indio, aguzando el oído persiguió la melodía que a veces se perdía y reaparecía libre al viento. Las vicuñas, sigilosas, se internaron en un estrecho desfiladero, indudablemente atraídas por la música. Niño indio, aunque no las habías visto, hiciste lo mismo. La música se escurría nítida en su ancestral tonada, sembrando sus notas en la quebrada que, ahí abajo, se mostraba como una catedral de rocas, mientras arriba, las nubes, como una muelle bóveda, parecían desperezarse, aguardando tu llegada.

Azul y oro, el sol se bañaba en el lago sagrado. Niño indio, una nueva sonrisa iluminó tu rostro cuando descubriste la presencia de las vicuñas. Con alas de bruma, las zamponas soplaban su tonada. Por la misma senda, percibiste la presencia de un zorro y, entonces, ¡Kamage!, gritaste como queriendo alertar a las vicuñas que permanecían subyugadas por la música. El sabor de la montaña te penetraba a los pulmones. La tierra gredosa brillaba con el rocío matinal, mostrando la huella de los años en la tierra. ¡Kamage!, repetiste, al tiempo que las zamponas, cambiando de ritmo, sollozaban un triste yaraví. Niño indio, estabas en presencia de un rito milenario que se elevaba en la evocación de tu raza. La quena contaba sus penas y, así, sin darte cuenta, penetraste en el éxtasis de las vicuñas que ahora te daban la bienvenida con el brillo de sus ojos; todo eso era tan natural que muy pronto te diste cuenta que estabas casi al límite de las nubes más bajas. Tu vista llegaba a su fin. Pedazos de nubes rodaban y jugaban con el viento que las empujaban.

-Niño indio -te dijo de pronto el zorro-, aquí no tienes nada que temer.

-¡Kamage! -salió tu sorpresa y, ya sosegado, depositaste tu totora en el suelo. Las nubes se estiraban y gruñían, animándote a la subida; "¡Adelante, ángel mío; coge tu totora!" - ¿Puedo saber qué haces aquí? -te preguntó el zorro.

-He venido a navegar en las nubes -respondiste, con plena convicción.

-¿En esa totora?

-Sí.

-¿Y no te parece muy pequeña?

-Yo también soy pequeño.

-Niño indio -aleteó un cóndor, frenando su vuelo- las nubes no te aceptarán si no tienes alas como yo -dijo luego, extendiendo la maravilla de sus plumas.

-Ellas me llamaron.

-¿Las nubes? -el cóndor.

-Seré como ellas.

-¿Y vas a navegar con esa tu totora? -el zorro.

-Sí.

-Pero las nubes nunca están quietas, ¿cómo llegarás a ellas? -inquirió una de las vicuñas.

-Cierto, nunca -repitió el zorro, sonriente.

-Eso lo sé bien yo -el cóndor dio unos pasos, torpes, tratando de equilibrarse en sus alas.

-Nada se detiene nunca -una lagartija verdeamarilla, que se hallaba camuflada entre las piedras, sacó la lengua bipartida al hablar.

El cóndor empezó a sacudir sus alas y correr para levantar vuelo. "Te esperaré entre las nubes", dijo, al subir por los aires. Las zamponas y la quena parecían seguir su vuelo con una nueva melodía indígena que impregnaba de aguayo y arcilla todo el ambiente.

-¿Y dónde están los músicos? -preguntaste, entonces, extrañado de no verlos por ningún lado.

-Nadie lo sabe -dijo el zorro.

-Tal vez los músicos ya no existen y sólo haya quedado su melodía que el viento ha traído a este lugar -explicó la lagartija-. Yo la oigo desde que nací y pienso que seguirá así hasta que el viento decida llevársela a otra parte.

-Sí, nosotras antes la escuchábamos cerca del valle, al otro lado de la montaña y, después, desapareció totalmente -dijo la más vieja de las vicuñas.

-Bueno, yo les puedo decir que seguirán aquí mientras todos nosotros continuemos viviendo en paz -afirmó la lagartija.

-Es verdad, niño indio -el zorro, dispuesto a marcharse.

Las nubes, plumizas y blancas, volvieron a sacudirse, como con un gruñido de satisfacción, cuando volviste a colocar tu totora bajo el brazo. Las vicuñas se dispersaron llevadas por la música, como queriendo aprovechar al máximo esa oportunidad de paz que pregonaban las quenas y el tamboril. El zorro levantó su cola en señal de despedida, corriendo luego tras de sus ocasionales compañeras. Así, con una melodía más alegre, quedaste frente a la lagartija.

-Me voy, tengo que continuar subiendo -le dijiste, sin perder de vista el ascendente vuelo del cóndor.

-Que el espíritu de la montaña y nuestra madre tierra, Pachamama, colmen tus deseos -dijo la lagartija y se perdió entre las piedras.

Niño indio, a medida que subías por la senda que te señalaban las nubes, la música te llegaba con toda nitidez. A ratos el viento se integraba a esa melodía, silbando su canto lúgubre de siempre. El aire se enrarecía mientras trepabas por los riscos que se interponían a tu paso. Súbitamente, todo cambió para ti cuando te recibió una luz

extraña, fragmentada en infinitas gotas. Estabas justo en medio de un maravilloso arco iris que se formaba en el seno de la primera nube en que penetraste. La iridiscente luz espolvoreaba con su aliento esa parte de la montaña. Tus pasos eran más ágiles, casi alados en el esplendor del paisaje y de la música que no cejaba en su empeño por seguir tus huellas. Siluetas de cóndores se deslizaban al infinito. Ahí estabas, al fin, niño indio, comprendiendo el llamado de las nubes. Al dejar libre a tu totora, ésta se dilató y creció, poniéndose a tu alcance. Y así fue como, al dar el primer paso para embarcarte en ella, tus pies se confundieron con las nubes que se extendían como una blanca sábana. Liviano y deletéreo entraste a formar parte de ese mundo, cada vez más consciente de los mil secretos de tu raza, cuya voz percibías en murmullos claros y seductores. Ahora conocías la inmensidad de tu heredad. Estabas por encima de los hombres y de las cosas... alguna vez, un niño imaginativo como tú, al elevar la mirada al cielo, te descubrirá surcando las nubes, blanco y tenue en tu frágil totora.

Zenobio Calizaya Velásquez - EL LEÓN EN INVIERNO

(Llallagua, Potosí, 1955)

Ramón y Manuel eran dos hermanos que vivían en el campo. El uno tenía doce años y el otro nueve.

Muchos años ya estaban bajo el amparo de su abuelo materno, porque sus padres habían muerto en el valle, víctimas de fiebres desconocidas.

En el campo las casas se desparramaban ladera abajo, como un rebaño sin pastor. La de los muchachos constaba de dos piezas juntas y otra hacienda esquina. Servían de dormitorio, alacena, comedor, cocina y de todo lo necesario. Estaban construidas, como todas del villorrio, de anchos adobes y techadas con esteras de paja y barro, que en la región llamaban t'ajta. La destinada a la cocina tenía puerta pequeña y estaba completamente tiznada de hollín. Pero era el lugar más abrigado y más apreciado por la familia, de manera que en ella solían pasar las noches con frecuencia. Era curioso ver al abuelo y a los niños, como dos espantajos negros saliendo de la cocina, al despuntar el día. La casa estaba rodeada por un patio cuadrangular, cuyos muros eran de piedra de río. Ramón y Manuel vivían alegres y montaraces, ajenos al vaivén de las ciudades. Ramón ayudaba al abuelo en las faenas del agro. Como no poseían grandes extensiones de terreno, su labor se limitaba a pequeñas parcelas que removían en la época de los barbechos y desbrozar la mala hierba. Durante las cosechas, el trabajo era todavía más duro y también divertido, porque daba gusto recoger el fruto. El mayor tiempo, sin embargo, lo dedicaban al pastoreo del rebaño. No más de cincuenta ovejas constituían el patrimonio del hogar.

La escuela quedaba a dos leguas de camino.

Casi al alba, Ramón y Manuel encendían la cocina de barro, con thola seca que tenían apilada en un extremo del patio. Colocaban dos ollas de aluminio fregadas en la víspera: una para el desayuno y otra para el fiambre. Como el tiempo corría inclemente, Ramón y Manuel solían preparar lo necesario ya un día antes, como pelar papas, remojar el chuño, picar la cebolla. A esas horas del amanecer, esperaban que hirviese el agua para

introducir en una de las ollas todo aquello, además de tasajos de cordero; y en la otra, unos granos de sultana. El abuelo, entre tanto, aguardaba remolón y chochero.

Concluido el desayuno y guardado el almuerzo en una arpillera, con tantos envoltorios como fuera preciso para mantenerlo caliente, los niños se despedían del abuelo y cogían el delgado sendero que se perdía colinas abajo, sorteando canchones, grietas, riachuelos y rocas, hasta llegar a la escuela. Antes de ella había un peñón que semejaba una alta torre de piedra, que visto por un lado parecía la cabeza de un perro, con las orejas tiesas incluidas. La gente del lugar lo llamaba Tangani. Hasta llegar allí, habrían transcurrido hora y media, al menos. Descendían la escarpada como dos traviesas vizcachas, brincando de piedra en piedra. Cruzaban un rumoroso río de aguas claras, que mantenían en las orillas unas franjas de pastos verdes, berros, hierbabuenas y otras vegetaciones que hacían del lugar un particular oasis.

La escuela era un modesto edificio de dos aulas, con paredes de adobe y techo de calamina. En lugar de pupitres, tenían poyos hechos de otros adobes y angostas tablas. Sin embargo, en el patio, sobre un mástil, flameaba la bandera nacional.

Al caer la tarde, Ramón y Manuel regresaban a casa, donde el abuelo ya terminaba de guardar el rebaño.

Una mañana de invierno, el abuelo no pudo levantarse de cama, afligido como estaba por unos dolores incesantes. Ramón y Manuel consideraron que no podían asistir a la escuela. Recorrieron la estancia en busca de remedios. Acudieron a la gente buscando ayuda. Mas, no hubo manera de mejorar la salud de aquel cuerpo marchito.

El abuelo, héroe silencioso de tantas jornadas en la dura serranía andina, que supo gambetearle a la muerte en las arenas del Chaco, sucumbía encogido al inexorable peso de los años. El viejo león miró con ojos acuosos a los niños, quiso decir algo y su voz se resistió. Suspiró profundamente y tras breve sufrimiento, entregó su alma a Dios.

Después sellaron su eterna ausencia los actos funerarios. El cuerpo apergaminado descendió a la fosa, muy lejos de su casa, abandonando sobre la tierra a esos cachorros huérfanos que en adelante debían enfrentar a la vida, solos.

El invierno recrudecía.

La despensa empezó a vaciarse. El rebaño se descarriaba. Fue preciso distribuirlo, "al partir" o en comandita, entre la gente del oficio, para evitar su exterminio. Faltaba azúcar para los mates y sultanas, y arroz para la sopa.

Ramón y Manuel decidieron marchar al pueblo, capital de la Provincia, distante unas cinco leguas hacia el norte. Cogieron, pues, algunas cosas para el camino: la consabida merienda, algo de charque y una gallina que pudieran trocear con otros productos.

Pero la naturaleza obró en contra, como si ya no fueran suficientes todas las angustias presentes.

Al cabo de tres horas de caminata, los sorprendió una nevada. Los niños lograron refugiarse en una especie de horadación que había en un cerro. Acurrucados uno junto

al otro, rogaron al cielo para que escampara. Sin embargo, la tormenta zapateaba una cueca infernal e iba formando en torno gruesas capas blancas.

-Tengo frío -susurró Manuel.

Ramón se quitó el poncho y se lo dio. Tuvo que conformarse con el calor que le proporcionaba el cuerpecito de la gallina, apretado como lo tenía al pecho.

-Sigo teniendo frío -volvió a rogar Manuel.

La noche arrojó su manto, pero no amainó el temporal.

Ramón se deshizo también de la gallina, en beneficio de su hermano. Poco después rechinó los dientes y se abandonó a un sueño pesado.

La gallina saltó del tierno pecho y se internó en la gran alfombra glacial. Despuntaba el día. Sobre la nieve, el ave dejaba sus huellas en desconcierto. Manuel abrió los ojos y requirió a su hermano. No obtuvo respuesta. Sólo era un témpano humano que rodó ladera abajo.

Como el león que en invierno tiene hambre y muere de frío.

José Camarlinghi - CUANDO YO ERA TRENCITO

(La Paz, 1928)

Cuando era más pequeño, hace ya mucho tiempo, fui un trencito de verdad, como el que tengo en un libro; papá dice que es modelo de 1890. Lo guardo como recuerdo preciado porque él me dio la alegría más grande de esa época. El trencito tenía todo: su locomotora pequeña, donde casi no entraba el maquinista don Santiago y su ayudante Onofrio. ¡Uff...! Hacía mucho calor y apenas se podían mover para echar carbón al fogón que parecía un infierno. Tenía coche de primera y segunda, un coche comedor hermoso y, a veces, llevaba coches dormitorios. Nunca más seré tan feliz como en aquellos días.

II

Un día dije a papá que quería ser un trencito. Se burló con muchas carcajadas porque le parecía que tenía gracia. Muy chistoso. Me dolió bastante. No le dije nada, porque un hijo no debe lastimar nunca a su papá. Molesté todos los días; muchas veces lloré porque era injusto, sin embargo yo traté de ser lo más bueno posible. Cuando llegaba de su trabajo, mi tema era el tren. Los niños somos molestos si no nos satisfacen, y somos tenaces para conseguir lo que deseamos, sobre todo, cuando nuestros deseos son justos, pero también los padres son como nosotros, ellos quieren que hagamos cosas que a nosotros no nos gustan. Cada vez volvía a solicitar con más decisión, entonces, papá se molestaba y me dirigía unas miradas, que cualquiera se iba directo a la cama a llorar su desencanto. Pasaba días y días entristecido, hasta que me enfermé y toda la culpa la tenía papá por no conceder mi deseo de ser un tren. Por supuesto que estaba a un paso de transformarme en cualquier momento que lo deseara, pero no quería sin la

autorización de papá. Toda la vida había sido un niño obediente y estaba muy agradecido a mis padres que siempre me quisieron y me dieron muchas cosas lindas. Papá era muy bueno, pero, no sé por qué no quería que yo fuera tren.

III

Un día mamá se puso de mi parte, y muy molesta dijo a papá: "¡Ya! ¡Concédele su deseo! No se puede disgustar a un niño con esa terquedad tan absurda. ¡Sí! Es un absurdo -contestó papá-, porque es hacerle perder la realidad de la vida". Me miró y regañándome, dijo: "Un tren está hecho de fierro, de engranajes y pernos; un tren no tiene ojos ni boca, no tiene inteligencia ni corazón; tampoco va a la escuela ni al cine; un tren no tiene ni su papá ni su mamá".

Luego de un silencio largo... "¡Ya! ¡Vuélvete un tren si quieres!".

Sentí alrededor de mi cabeza las campanadas de San Francisco; risas y gritos de los recreos. Como una mañana de carnaval con el curso de niños disfrazados de pepinos y kusillos, que brincaban como si fueran de goma, al son de los pinquillos chillones. ¿Qué sería de los niños si no tuvieran mamá? La mía es muy buena.

IV

Me gusta vivir en la estación. Oír el sonido de los pitos, el traqueteo, el bullicio, las despedidas, la alegría de la gente que viaja.

Corríamos sobre rieles muy brillantes y, ¡qué sé yo! Por qué caminos desconocidos que se pierden en el horizonte del altiplano; subíamos cerros con muchas curvas, bordeando precipicios profundos, hasta llegar a las montañas cubiertas de nieve y el pito como una pelota roja rebotando de un cerro a otro. Y chas... chas... chasss... chasss, la locomotora cansada y apenas chasss... chasss... chasss... hasta llegar a la cumbre. El descenso era hasta llegar a la otra pampa y correr, correr siempre. Como yo era un tren, ya no podía ir a casa. Papá y mamá se quedaron muy tristes; las veces que venían a visitarme a la estación se les saltaban las lágrimas. Mamá no podía contener su llanto. Me sentía muy dolorido en esta situación, pero qué podía hacer si yo era un tren. Papá y mamá tenían que comprender que yo era más grande y que algún día tendría que irme de casa, como todos los hijos que se casan y se van con sus esposas. Yo era un tren y tenía que correr los caminos; además, que un tren no puede ser a la vez un niño y volver a ser, otra vez un tren.

Mamá algún día me comprendería. ¡Yo no los olvidaré nunca!

En la vida de trencito pasé mucho tiempo y así como cuando era más pequeño, no comprendía si los años eran días y los días meses; a un tren no le interesa el tiempo que pasa. Yo sólo recordaba el domingo porque todos íbamos a la iglesia, pero aprovechaba para escaparme a la estación, porque creo que es lógico que un niño, en proceso de volverse tren, vaya a la iglesia. Recordaba también que ese día me llevaban al circo a ver a los payasos, a los leones y a los trapecistas que me gustaban mucho. Ahora viajo con ellos y son mis amigos.

V

Una noche viajábamos por la pampa a mucha velocidad; la noche estaba tan oscura que parecía un terciopelo y sólo se oía el ruido del traqueteo monótono. Estuvimos con retraso en nuestro horario y teníamos que ganar el tiempo perdido. Un tren tiene que ser cumplido con su itinerario sino la gente se molesta, por eso corríamos mucho.

Repentinamente vi -a lo lejos-, en la oscuridad, una luz del tamaño de una cabeza de alfiler que crecía aceleradamente sin darnos tiempo a pensar en lo que podía ser. "Es un platillo volador", dijo Onofrio. "Déjate de boberías", le contestó el maestro Santiago; "no creo en esas fantasías". A cada instante era más grande, hasta que parecía que nos hubiera echado el sol sobre la cara. ¡Su luz encandilaba!... "¡Es un pla...! ¡Cuidado nos metimos en el carril del tren grande!... ¡Es el expreso que se nos viene encima!...".

Sentimos el pitazo agudo y ensordecedor. Todo sucedió en segundos. Un ruido atronador. Todo crujía, parecía el fin del mundo; nos sentimos expulsados a un lado de la vía y pasó la enorme locomotora diesel y sus coches que parecía de nunca terminar con su pito largo y agudo.

Cuando nos recuperamos de la confusión, vimos fierros retorcidos, carros inclinados fuera del carril, el agua de la locomotora desparramada, el vapor quemante que se iba al cielo; más allá estaba el humo como gelatina negra que se escurría entre las piedras. ¡Todo destruido!

Recogimos el agua, el humo y las ruedas retorcidas, los fierros que habían perdido sus formas. Y nos fuimos a buscar un mecánico. Ya era media noche y apenas pudimos llegar a donde don Panchito. Su casa estaba sin luz; pensamos que ya estaba durmiendo. No había más solución que despertarlo; llamamos varias veces ¡y nada! Volvimos a llamar, y nos contestó que no podía atendernos. Tanto le rogamos que tuvo que salir. Don Panchito era un excelente mecánico. Al fin apareció frente a nosotros, bien abrigado con una manta y una vela en la mano. Don Panchito es muy viejo y tiene que cuidarse de los resfríos. Le contamos el trágico accidente y no podíamos explicar cómo nos habíamos metido en la vía del gran tren expreso que parece un monstruo. Miró los fierros retorcidos y, muy crédulo, nos dijo: "Trataremos de repararlo; haré lo posible". En seguida se metió entre los fierros. Hora tras hora esperamos hasta el amanecer. Así, don Panchito salió cuando cantaban los gallos, con la vela en la mano. La luz le alumbraba sus grandes bigotes grises, sus ojos cansados y las manchas de grasa y hollín de su rostro. Nos dijo tristemente: "Me rindo; no se puede reparar. Está todo destruido".

VI

Nos quedamos vacilantes, con un largo silencio; nadie dijo nada. Yo sólo sentí que, por mis mejillas, corrían lágrimas y tenía ganas de llorar a gritos. Recién comprendí que todo había terminado.

No me quedaba más que volver a casa. Cuando toqué la puerta, mamá me abrió y sorprendida no pudo aguantarse y dio un grito de alegría, hasta asustar a papá el cual salió y me levantó en sus brazos, haciéndome dar varias vueltas en el aire. Lo importante para ellos era que yo hubiera vuelto a casa.

Ahora, todas las tardes, cuando vuelvo de la escuela, me siento en las gradas de la estación a mirar pasar los trenes, recordando los buenos tiempos. ¡El corazón se me encoge!

Dicen que soy un niño triste. No. Yo pienso que no. Lo que pasa es que quiero ser un tren.

Adolfo Cárdenas Franco - CON POCISION: EL FERIADO DE TODOSANTOS

(La Paz, 1951)

Materia: Lenguaje

Profesora: Gabriela Cervantes

Alumna: Virginia Parihuancollo

Curso: 4to. Azul

Bueno a mí lo que más me impresionó en el feriado fue que nos ajuntamos todos y vinieron mis tios y mis primos chiquitos y su hermana de mi mamá que es mi tía pero que yo lo digo solo de su nombre porque joven y se llama Nolberta que lo trajo a su marido y otro señor y otra señora que no se quienes eran.

Entonces mi mamá en una canasta ha puesto biscochos y macitas y dos botellas de chicha morada y una tanta huahua grande que es una criatura hecho de pan con su cara de pan, sus ojitos de clavo dolor y sus pañalitos de pan y que yo hubiera querido llevarle en mis brazos, pero no, la mamá dice que no es para juego sino que para bendecilo.

Bueno todos iríamos a la parada del bus para ir al sementedio de Villa Primero de Mallo que de la ciudad es un poco lejos y ahí o sea en la parada, el amigo de su marido de la Nolberta ha comprado hasta chicha que casi no podemos como meter en el carro.

Y después de un rato largo nos llegamos primero a la casa de mi abuela que estaba muy contenta de verme a su hija o sea mi mamá pero al verme a mí sí que estaba un poco más contenta y me dijo habías venido a rezarle a tu papá.

Y yo le ayudé a cargar la canasta con panes y maicillo y su marido de la Nolberta un bidoncito de alcohol.

También lo que más me impresionó fue al sementedio lleno de gentes que habían ido a rezar y lo que otros niños con sus bolsas andaban de grupo en grupo y se quedaban a rezar adonde los llamaban y después se recibían macitas y panes que les daban pero nosotros al llegar a donde mi papá está enterado no nos llamaron a ellos sino que a un rezador de verdad dijo mi abuela y él avisó que sus rezos acaban milagros y que al escuchar una señora resucitó y mi mamá quería que se haga ese milagro, yo también.

Y todos rezamos repitiendo lo que el rezador decía: gloria al cielo cristu anglu y mi abuela y mi mamá llorando y mis tios no mucho hasta que terminó entonces mi mamá le dio biscocho y mi abuela macitas y chicha y después alcohol en un jarrito, primero al rezador y después a mi mamá y las dos se abuenaron y el que rezaba dijo que así era mejor para que su alma de mi papá no sufra más y me puso un poco feliz porque nadie

resucitó pero mi mamá y mi abuela de nuevo se hablaban y dieron masitas y biscocho a los tios y primos y la mamá sacó la tanta huahua y ya la iba a reglar al resador cuando la Norberta dijo eso que sea para nosotros dijo y le dió la huahua a mi tía o sea la Nolberta y ella es nuestro hijito le dijo a su marido entonces que sea nuestro ahijado dijo el señor que no sé de su nombre o no hija? a su mujer le dijo.

Hasí un poco en chiste la Nolberta dijo ya pues compadre y al rezador le pidió que bautizara a la tanta huahua con su nombre Norbertito y le bautizó y después como ellos se reían el rezador les encargó que nuera para reirse desas costumbres y como ya eran compadres o sea como parientes pero un poco más tenían que ayudarse mucho y no podían pelearse ni robarse ni mentirse ni ofenderse entre ellos iual que si subieran emparentado con el bautizo de una criatura de en verdad.

Mi abuela le dijo entonces vamos a la casa y mi tía Catana es que es un poco tarde pero igual fuimos a su casa de mi abuela y enallí nos sentamos y el señor que ya era su compadre de mi tío y tía me mandó a comprar cerveza y me regaló el cambio todos tomaron y le decía a la Norberta salud comadrita nos serviremos y tomaban con ese señor y también su mujer con mi tío y entrellos se pasaban a la tanta uaua que ya estaba envuelta en una mantita y la señora tan lindo mi aijado ojalá pronto se haga realidad no comadre? Yo me aburrí un poco porque mis primos chicos ya se estaban durmiendo y mis tios y mamá y abuelo con tanta cerveza y chicha se borracharon y mi abuela dijo quedense hay campo porque la mamá lloraba mucho y mi tío y su comadre ya estaban también durmiendo sobre la mesa y solo la Nolberta con su compadre seguían tomando y se reían y se abrazaban a cada rato diciendose felicidades, yo ya estaba durmiendo cuando e visto el muñeco abandonado sobre la mesa y lo agarré para distraerme porque era lindo y se parecía a una muñeca que tiene la Mirna que es mi compañera de mi curso y me distraí acariciándole de su carita y envolviéndole mejor en su mantita porque parecía que tenía el mismo frío que a mi miacia y al rato sentí que mi mamá me sacudió y me dijo ya a dormir y agarró la uaua que estaba en mis brazos y la puso sobre la mesa donde la Nolberta y su compadre estaban abrazándose felices y mi mamá se puso furiosa yo no sé por qué.

Y me dio una pena dejar la uauita porque ni su mamá y su padrino le hacían mucho caso pero entrellos sí se hacían caso y yo seguía escuchando sus voces hasta el otro cuarto y de pronto ya no tenía sueño y via la luz de la luna entrar por la ventanita y escuchaba los murmullos que llegaban desde el otro lado y lo que la mamá y la abuela renegaban y mi abuela le decía pero ya pues dile es tu hermana como se va aportar así y la mamá pero noables tan fuerte que noscuchen los chicos y así estaban hasta no sé que ora cuando hemos escuchado un grito horrible que dijo ¡¡No mamá, no!! y mi abuela ¡Jesús, Dios mío que eso! (y como usted dijo utilice el sino de admiración para significar que gritaba) ¡Santa Bárbara mamita qué está pasando! y mi mamá saliendo tras ella y hasta yo y mi primos bien sentados en la cama y la más chica se puso a llorar fuerte asustada de sus exclamaciones de mi abuela y que yo oí una maldición va a caerse sobre, de ustedes una maldición que esto señor santo padre santo y en mi casa dios todopoderoso porque a mi siempre me persige la desgracia y yo fui de puntas hasta la puerta donde la mamá estaba mirando como icnotisada el suelo que yo miré y ahí estaba la uaua de pan en dos partes y con la boca abierta como si hubiera gritado y me espantó que me agarré de las polleras de mi mamá que entonces me miró y me riñió a mi nomás no entiendo porque y me dijo sal de aquí curiosa de eme... (es una palabra fea pero que usted se debe dar de cuenta profesora) y gritó ¡Catana sacalos de aquí a estos! Y

la tía nos jaló a todos que no me dia cuenta que estaban en mi detrasito mirando lo mismo que yo y a mi tío que se despertó con la bulla y no entendía todaviya porque dijo salud hermanito.

Nada más empude ver primero porque la Catana nos arrempujó hasta el otro cuarto y segundo porque todos nos subimos en la cama y la tía nos tapó a todos ella mas y dijo duermanse uauas mientras ella lloraba porque creiya que ya no la oibamos pero eso nuera posible los alaridos de mi abuela eran miu fuertes y decia lo mismo maldición han traído la maldición es un milagro al revéz Dios miyo hay que quemarlo todo todo y mi mamá también se puso a gritar p... gran p... eran una gran p... (el resto no puedo escribir porques una palabrota pero usted entenderá señorita) mirá lo que has hecho y la Norberta ya no se ría sinos que gritaba más peor que todos y querió entrarse al cuarto donde estábamos nosotros y cuando ya estaba adentro yo miré que no estaba ni con su pollera ni con su centro y de que alguna persona la jaló de sus cabellos y dijo te voy matar gran siete cochina, no entiendo esta vez no te vas a librar creo quera mi tío y despues todo un griterio y yo queriendo ir a ver pero la Catana no me dejó tan fuerte me agarró y yo sentía apretarse en mi cara su cara mojada hasta que mi mamá entró llorando y la abuela por detrás llorando y gritando, es segunda vez que me trayes la maldición a esta casa andate andate porquería le gritó y la mamá me sacudió y lloraba vestite miercoles me dijo y cuando salimos al otro cuarto me tapó de mis ojos con su mano y solo pude ver de nuevo cuando estuvimos enafuera en el frío y no pude decirle a la abuela, me voy abuela solo escuchaba su voz ya de lejos que chiyaba desgraciada maldita y la mamá lloraba mucho y mientras caminabamos se calmó un poco y al pasar por el sementedio como si hablara con ella solo dijo entre soyosos aura al año después de rezar por la almita de tu papá también habrá que rezar pa que salve su almita de la Norberta pobre Nolberta pobre mi hermana. Eso es lo que más me impresionó del feriado de todosantos.

Homero Carvalho Oliva - MONSTRUOS

(Santa Ana, Beni, 1957)

Después de un largo día de aventuras en el país de Por Siempre Jamás llega la inevitable noche. A la derecha del patio trasero de la casa se puede ver un océano joven, todavía sin bautizar, sobre sus calmadas olas navega un solitario submarino que no puede llamarse otra cosa que "Nautilus", si cerramos los ojos puede que parezca un terrible dragón emergiendo de las insondables profundidades marinas. Más allá, en las escarpadas montañas del jardín, ocultos entre arbustos y rosales descansan algunos soldados cansados de tanta batalla. Desde la izquierda del mismo patio algo nos hace señas, una pequeña mano se acerca y levanta un aerodinámico coche de carreras, un veloz Fórmula, uno de color verde esmeralda, cuyos faroles delanteros permanecen encendidos como dos pequeños carbones al rojo vivo.

Una sombra se alarga sobre las flores pasando fugaz por el patio y, de pronto en pleno ocaso, se escucha un categórico grito que sobresalta al guerrero anunciándole que, por hoy, la guerra ha terminado y que un merecido descanso lo espera al interior del hogar. No hay lugar a réplicas o negativas, así que poco antes de que las tinieblas se apoderen del universo, el Guardián del Templo Sagrado guarda su vieja armadura, esconde a

Excalibur en el lugar secreto y sigue a la sombra que lo apresura con alguno de los ya conocidos sermones: "¡Mirá tu ropa, otra vez estás sucio, cochino!".

El Capitán Planeta no se amilana pues sabe que mañana será otro día y habrá nuevos peligros que afrontar y doncellas que rescatar. Ingresando en la casa, sube al baño, toma su ducha y luego se sirve sus alimentos para recuperar sus menguadas fuerzas. Antes de levantarse de la mesa toma un tremendo vaso de leche y con algunas gotas cayéndole por entre los labios se acomoda en su sillón favorito para mirar su serie preferida en la televisión: Los Power Rangers.

Medio adormilado siente que unas tibias manos lo levantan, lo abrazan y le susurran al oído: "Ya es hora de acostarse", sujetado cariñosamente por esos fuertes brazos se siente volando por encima de las escaleras que conducen a su dormitorio, una vez allí, lo dejan en la cama, lo arrojan y le dan un reconfortante beso en la mejilla curtida de sol y guerra. "Qué duermas bien hijo mío", murmura el padre antes de apagar la luz y cerrar la puerta. El click del interruptor y el suave golpe de la puerta son como una señal para que el Campeón del mundo abra los ojos y permanezca alerta, lentamente el Marinero en tierra saca la cabeza de debajo de las sábanas y pasa revista al cuarto; a medida que sus ojos se acostumbran a la oscuridad el niño va descubriendo a los sempiternos monstruos de la noche, las siniestras sombras que divisa le sugieren crueles garras y grotescas siluetas que tendrá espantar una vez más con sus oraciones.

El pequeño espadachín vuelve a meter la cabeza entre las sábanas y reza, como todas las noches lo hace, reza pidiéndole a Dios, a Jesús, a la Virgen María y a todos los santos y apóstoles que no lo dejen morir esa noche y que el sueño le venga tan rápido que no se dé cuenta cuándo fue que amaneció. Mientras reza va sintiendo que el miedo, real y verdadero, tan antiguo como la humanidad misma, le cala los huesos y se apodera de los escasos años del Superhéroe. El guerrero sabe que el sueño es el único escape para salir con vida y esperar sonriente el sol de la mañana, la otra salida, la de espantar a los monstruos de la noche con un rayo de luz es demasiado peligrosa, pues significaría desafiar a sus padres que creen que él ya no es un bebé, sino un niño valiente.

Jorge F. Catalano - EL NIÑO DE LAS ESCOBAS

(La Paz, 1928-1987)

La brisa mece suavemente las flores en la avenida de las acacias. Los rayos del sol juegan con las gotas de rocío que penden de los ciruelos floridos. Ha pasado la tormenta.

A Mario le hubiese gustado salir a pasear por el jardín, aspirar el olor a tierra mojada, sentir la humedad de las hierbas, del lampazo entre los gladiolos mojándole los pies, el salpicado de aquel rocío en sus brazos apenas cubiertos por la deshinchada camisa. Hubiese querido asomarse a los charcos para coger sapos cantores, a los que ahora sólo podía oír de lejos. Desde la habitación contigua, escucha las órdenes de Fredegunda, su apoderada: debía quedarse allí, bajo techo, hasta que pasase la humedad.

Fredegunda era de aquellas mujeres hechas en la escuela del siglo pasado. Tenía a Mario bajo su cuidado mientras la madre del niño pasaba una larga temporada en otra

de las haciendas. Cuando Fredegunda se sentía iluminada por alguna idea genial, no se quedaba tranquila hasta no salir con la suya; y su egoísmo no tenía límites. -Primero recibe y mira luego de quien-, solía decir. A nadie saludaba sin antes conocer su origen y abolengo. Su relación con Mario tenía mucho de excéntrico; Mario había llegado a los trece años con la inocencia que sólo una madre desea para sus hijos. Fredegunda ejercitaba su paciencia obligándole a fabricar escobas; para ello, el niño utilizaba la paja que crecía en los caminos que cruzan los jardines y las chacras de la casa de hacienda. Una vez reunido un haz lo suficientemente grueso como para tomarlo con la mano. Mario lo ataba con un pedazo de cordel que llevaba siempre en el bolsillo, y luego probaba en el suelo la consistencia de la escoba.

Próximo a la puerta principal que da al jardín, sentado en un taburete, Mario contempla el vuelo de los picaflones en el mezclado colorido de los gladiolos; él quisiera gozar de la misma libertad de aquellas aves. Recuerda haber descubierto ayer un nido de todos en las ramas del molle cercano a la cocina. Desespera por ir a verlo, mientras con el índice diseña en el aire un nido imaginario.

De pronto se levanta, mira de reojo la habitación contigua, y se dispone a salir justamente en el momento en que se escucha la voz autoritaria de Fredegunda.

-¿Adónde vas?, te dije que te quedaras sentado.

-Ya pasó la lluvia, ¿puedo salir?

-¡Nada! -sentencia Fredegunda sin moverse de su sitio ni levantar la vista del periódico que tiene entre las manos-. Llueva o no, usted se queda ahí, tome sus cuadernos y póngase a leer.

Fastidiado al no poder responder ni moverse, Mario vuelve a sentarse. En una de las paredes, frente a él, hay un empapelado que sirve de decorado; está allí desde hace muchísimos años. Sólo el tiempo se ha detenido en aquellos diseños oscurecidos por los excrementos de las moscas y las vinchucas. Instintivamente, detiene la mirada en los dibujos: parecería no haber diferencia. La figura del Quijote es la misma, y tampoco varía la de Sancho; el trabajo de los insectos no ha llegado a desfigurar las imágenes. Mario lo descubre, le molesta una mancha en la cara de Sancho; si al menos la pudiera limpiar. Pero Fredegunda controla sus movimientos. Recuerda los libros en los que vio las caprichosas figuras de Goya. -¿Por qué Fredegunda guardará todos los libros bajo llave?-, murmura distraídamente, mientras frota el suelo con el pie.

En un rincón de la habitación, Maleva, la perra guardiana, se estira restregándose en el conjunto de escobas que Mario ha hecho durante la semana. Una cae al suelo rodando a poca distancia del niño, quien nada hace por levantarla. -¡Bota a esa perra! -grita Fredegunda que continúa enfrascada en la lectura, ahora de una revista. -¡Qué raro! Si parece que tuviera ojos en todas partes-, murmura Mario. Se levanta apresuradamente para cumplir la orden, pero la perra, creyendo que su amigo quiere jugar con ella, se echa al suelo y retoza lamiéndole los muslos. Sin contenerse, Mario la acaricia llamándola junto a sí, y ambos se acomodan en el taburete.

Un enjambre de hormigas voladoras se ha reunido alrededor del ciruelo. Los pequeños loros picotean los frutos verdes del peral.

Una tarde Mario sintió que se moría. Aguardó pacientemente a que llegara la noche y se echó a dormir en el pequeño catre de campaña. No comió nada y tampoco se atrevió a hablar. Al día siguiente sintió la cabeza tan pesada como si fuese a caérsele; y sintió un dolor tan terrible que no le permitía moverse. Muy asustado, buscó refugio en su tía Victoria. Sin duda, ella lo comprendería. Tal la idea de Mario. Muchísimas veces Victoria había salido en su ayuda aun contrariando las instrucciones de Fredegunda. Y por eso mismo se diferenciaba de ésta.

Mario asomó tímidamente y declaró:

-Tía, me duele la cabeza.

-Espera que ponga estas verduras en la olla -dijo Victoria, quien preparaba el almuerzo-. Cómo has dicho?

-Desde ayer me duele la cabeza, estoy muy mal.

-Ven, ven aquí -dijo mientras le ponía la mano en la frente- ¡Uy!, estás ardiendo. Tienes que quedarte en cama.

-¿Y si Fredegunda no quiere?

-No te preocupes. Vamos a trasladar tu cama a mi cuarto y allí estarás tranquilo.

-¿Y si Fredegunda se enoja?

-Ya te dije, no te preocupes. Yo te cuidaré.

-Gracias tía. Es que no quiero que Fredegunda me riña.

Mario temblaba por la fiebre y el temor a Fredegunda, cuando a sus espaldas se dejó escuchar la voz de ésta.

-¿Qué es lo que se me oculta? -llevando entre sus manos una maceta con plantas de amarilis, Fredegunda bajaba las gradas del jardín.

-Mario está enfermo, tiene que quedarse en cama -explicó Victoria-. Seguro que algo malo le ocurre. Tiene mucha temperatura.

-¡Conque por eso no ha ido al colegio! -protestó Fredegunda, dejando la maceta sobre un banquillo.

-Bueno; si tiene temperatura tan de mañana será por algo.

-Claro, claro -refunfuñó Fredegunda-. Lo que no tiene es ganas para trabajar y menos para estudiar. Con estas lluvias, ayer tarde no hizo una sola escoba -cogiéndole una oreja a Mario, lo arrastró consigo. Este sintió que la cabeza le estallaba-. ¡Ahora vas a saber lo que es canela! ¡A trabajar ocioso! Y si no me traes un par de escobas antes del mediodía, mejor que ni pienses en el almuerzo.

A pocos pasos, en el molle cercano a la cocina, un par de tordillos revoloteó alrededor de sus polluelos.

La orden de Fredegunda era terminante. Victoria no podía hacer nada en favor de Mario.

-¿No sería bueno llevarlo a lo del médico?

-¡Qué médico ni qué ocho cuartos! -se molestó Fredegunda-. Estos chicos son siempre así.

-¿Le ha tocado usted la frente? -insistió Victoria.

-¡Bah! Como si no lo conociera. No me hagas perder el tiempo y vuelve a tus quehaceres -ordenó con voz tonante.

Mario se fue rumbo a los pajizales; Victoria se quedó estupefacta contemplándolo, sin alcanzar a comprender la severidad de Fredegunda. Ya allí estuvo hasta que el niño, habiendo llegado al recodo del camino, volvió la cabeza para ver a Maleva que le daba alcance, momento que aprovechó para hacerle señas con la mano en alto:

-¡Si te sientes mal, vuelve de inmediato! -alcanzó a gritar.

Camina despacio, sin levantar la cabeza, como si fuese contando las piedras de color que se entremezclan con los terrones encubiertos por pequeñas matas de yuyo y lampazo. Un dolor agudo lo detiene, se agarra la cabeza. Mientras camina siente que cada paso repercute como mil martillazos en su cerebro; busca en qué apoyarse, y sólo encuentra un algarrobo. Sus espinas le lastiman las manos. Acicateado por el dolor, recupera el equilibrio hasta llegar a un tapial próximo, cercano al pajizal.

Sus sandalias están mojadas, no siente la frescura del rocío de las plantas, cada gota es un cristal de hielo que penetra en la piel. Desfalleciente, se sienta a descansar un momento. Apoya las manos, levanta la cara hacia el cielo en busca de aire fresco; a pocos metros hállase el pajizal. -Un esfuerzo más, y podré hacer las escobas que Fredegunda me pidió -se dice-. Si al menos me dejara de doler la cabeza-, murmura levantándose dificultosamente.

Camina despacio. Siente los párpados pesados, quisiera dormir. Con gran esfuerzo abre los ojos; palpando, casi adivinándolo, sus dedos llegan al nudo de las pajas; las corta. Mide una tras otra las pajas que darán forma a la escoba que debe ser pareja. Como si estuviese consciente del sufrimiento de su amigo, la Maleva no se aparta de su lado. De vez en vez, al soplar la brisa, mueve la cola; el niño la contempla, acariciándole el hocico. Se sienta a su lado. Ahora el sol es un tormento, y el tremendo malestar de la noche anterior se repite, esta vez con mayor fuerza; los árboles parecen moverse en derredor suyo. Alcanza a ver un par de conejos corriendo a sus madrigueras: -no se vayan, les dice a media voz, moviendo apenas las manos, en un intento de atraparlos. No puede hacer nada. Le duelen los ojos, deja las pajas en el suelo. Se frota los párpados y limpia el sudor de su frente con el dorso de la mano. La siente fría, o como una cosa inexistente o sin vida.

Un picaflor vuela cerca del jardín. Su largo pico juega con el rojo cáliz de un gladiolo, llega otro que se detiene a beber las gotas de rocío reunidas en la flor de acacia.

Frente al molle, allí donde se encuentra el nido de tordos, Mario se detiene un momento a contemplar los pichones. Una rama más arriba, está el ave picoteando las uvillas negras que traslada al nido. El sol abrasa el terruño. Sin embargo, Mario siente el fresco de la sombra. Separa unas ramas y el sol da de lleno en su rostro quemándole la frente. Siente sed, un irresistible deseo de tomar agua; se lanza a la acequia y la encuentra seca. Entonces se revuelca desesperadamente en la hierba fresca.

-¡Señora Fredegunda, mire! -grita Mario desde el pajizal-. ¡Qué bien me ha quedado esta escoba! -seguro de lograr el contento de Fredegunda, el niño corre a su encuentro, y deja en sus manos un par de doradas escobas, con menudas semillas que brillan en largas espigas.

-¿Y dónde has encontrado estas pajas?

-En el pajizal -afirma Mario, y señala un promontorio.

Según Fredegunda, allí sólo hay malas hierbas.

-No puedo negar que las escobas están bien hechas -declara ahora-; las guardaré para mi uso exclusivo.

Fredegunda se encamina hacia la cocina, seguida por Victoria y Mario; mira detenidamente las escobas y luego, después de clavar sus ojos en Mario, tira ambas escobas al fogón. Explota una gran llamarada que dura pocos segundos. Atónita, Victoria mira las llamas. Mario siente que el fuego lo abrasa. Sus ojos se humedecen, y ahora las lágrimas queman sus mejillas. Maleva, la perra amiga, escapa aullando.

-Es demasiado tarde. Una desgracia que no lo trajeran antes -con gesto hosco, el médico guardó el estetoscopio en el maletín.

-Es que estaba ocupada -explicó Fredegunda.

Victoria guardó silencio.

-Pero este niño ha estado enfermo muchos días -adujo el médico.

-Claro; pero lo cierto es que cuando se pone a hacer escobas se olvida de todo.

-¿Hacer escobas un niño de su edad?

-Bueno... Usted sabe.

-Lo lamento señora. Es demasiado tarde.

Inclinada sobre la camilla, Victoria comenzó a musitar suave y lastimeramente:

-¡Mario! ¡Mario!

El niño no respondía. Le acarició el rostro y le tomó las manos. Estaban frías.

En la casa de hacienda, en el corral de los animales, el caballo está inquieto; ha pasado la hora en que Mario solía darle el terrón de azúcar y el haz de hierba fresca. Los polluelos pían en el nido de los tordos, asustados por el chillido de los pequeños loros que revolotean alrededor del peral.

-¡Qué le metan hacha a ese peral! -ordenó Fredegunda.

Dos peones hicieron el trabajo.

Mario no está allí. Su sueño se confunde con la brisa en el camino del pajizal.

Oscar Cerruto - ALEGRÍA DEL MAR

(La Paz, 1912-1981)

Mucho antes de que amaneciera, el mar tenía ya un color de plomo líquido, vagamente aceitoso. Las olas rompían suavemente en la arena rayada por la huella de los cangrejos, algunos gritos de pájaros desgarraban la tela nocturna, de la que goteaban las últimas estrellas, y el frío que corría con las primeras claridades de la amanecida era húmedo de yodo y sal, casi palpable como las neblinas. Poco a poco el mar mudaba de color, y sobre mar y cielo, como una regata de luces, se veía deslizarse el resplandor de la mañana. Pero las obstinadas brumas del norte ocultaban el sol, y el mar tenía sonidos de playa vieja. Sobre las olas se levantaban densas bandadas de gaviotas, y en las orillas, grupos inquietos de garumas picoteaban entre los manchones de sargazos abandonados por la bajante. Cortando la superficie cruzaban manadas de lobos marinos, el más viejo llenando la mañana con sus bramidos, y los más jóvenes, veloces como flechas negras y brillantes, zambulléndose con elegancia, en alarde de nadadores afinados, como si tomaran su primer baño. Cuando aún es noche declinante y más que asistir a la llegada del día se presiente su inminencia esplendorosa -en ese viento ligero que resbala sobre las sienes, en el silencio del cielo y en la misma voz del mar, que resuena más fresca y tranquila-, se ve perderse en el confín oscuro la última linterna de las lanchas pesqueras y llegar, simultáneamente, las que vienen ya de vuelta, colmadas todavía de noche, trayendo a remolque una albacora lustrosa, como de bruñida caoba, o un bote de pesca enuda.

Entre esta hora sin ojos y la sucesiva, ahora en que la mañana comienza a moverse en el puesto como un animal resplandeciente, de crines húmedas, Eliecer escuchaba a la vieja Emelina arrastrar primero su tos y sus chancletas, luego mover platos y cacerolas, rezando y refunfuñando. Su madre se levantaba entonces, los desnudos brazos de mujer joven arqueados sobre el pelo, atravesaba el humo denso que venía de la cocina y se iba a acallar los gruñidos de Emelina ofreciéndole un cigarrillo y ayudándole a preparar el desayuno. La mañana de humo tenía pronto olor de pescado frito. Eliecer se encogía bajo la manta liviana, en la cama, y se entregaba a la sensación de estar flotando sobre el mundo: era una gaviota, era una nube. Del puerto subían las voces de los playeros y los comerciantes. Alguien llamaba mar adentro: "¡Eh, Manuelitoooo!". Veía el grito

planear sobre los peces asustados. En la casa vecina lloraba una criatura. Eliecer, los ojos cerrados, subía por una escalera de caracol, angosta, infinita, que se perdía en el cielo, y sentía repicar en lo alto unas campanas que eran como polleras de muchacha. Subía, subía, y las campanas reían como burlándose. Reían con alegres carcajadas las muchachas, dobladas por la cintura y cubriéndose la boca con las manos. Descubrió que una de ellas era su profesora. ¿Lo habría visto? Bajaba su profesora por la escalera y los tacos finos de sus zapatos sonaban en los peldaños como si caminara por las teclas de un piano. Din, don, dan, don, din. Era necesario que no advirtiera su presencia; le preguntaría qué hacía allí, por qué no había ido esa mañana a la escuela. Pero la profesora lo tenía ya tomado de una mano, corrían los dos a la orilla del mar. Eliecer pensaba que no la había saludado siquiera. Buenos días, señorita. Las piernas de la profesora brillaban al sol como aquella tarde en que, con sus compañeros de curso, hizo un paseo hasta la roca de la cruz y se bañaron todos y todos hablaron después de las piernas de la señorita. En la playa, en una casucha de tablas, disputaban dos pescadores borrachos: uno de ellos quería cantar y el otro se empeñaba en que primero bebiera de la botella. La profesora apresuró el paso, incómoda. A Eliecer le habría gustado demorarse a presenciar la querrela. De pronto uno de los borrachos alargó el brazo y lo llamó. Era su padre. Se despertó. Estaba completamente claro. Por las calles del puerto bajaban los estibadores. Se oían sus voces ásperas y cantantes, una más alta que las otras y, entre ellas, como cojeando, una tos desigual y persistente. Un perro ladraba en uno de los pontones.

-Vaya a buscar un litro de vino para su padre, Eliecer.

Tomó el dinero de manos del hombre y, sin soltar las monedas, se puso el pantalón y la camisa. Salió al viento fresco que pasó silbando por sus oídos. Corrió, corrieron los dos, viento y niño, calle arriba. El viejo Miguel venía en sentido contrario, rengueando, con una columnita de humo sobre sus labios.

-¿Se levantó tu padre?

Dijo que sí sin detenerse. Empuñó la botella con las dos manos y prorrumpió en un gemido ronco y prolongado que quería imitar el zumbido de un avión al remontarse. Lo gobernaba él, piloto, y su máquina surcaba los espacios en audaces evoluciones sobre las nubes. Allá abajo, muy abajo, quedaba el puerto, recostado contra el mar. Reconocía la calle principal, una culebra brillando bajo el sol; la plaza hormigueando de gente, el manchón verde del parque junto a la rambla. En la puerta de su casa su padre agitaba el puño reclamándole el vino. Eliecer aferró con más energía la botella, que tradujo el temblor que acababa de sacudirlo, pero en seguida divisaba el grupo de amigos, una parvada de niños que lo contemplaba con la boca abierta, desde la plaza de la estación, y sacudiendo la botella dirigía el avión mar adentro, hacia el azul sin término. Diez pasos más allá se detuvo de golpe, en medio de la calle, olvidó su juego y comenzó a caminar despacio, balanceando la botella en una mano. Allí vivían los Mejido. Eran mayores que él y siempre querían pelear los dos contra él solo. Eliecer los había desafiado a hacerlo primero con uno y después con el otro, delante de testigos. Los Mejido no aceptaban, decían que el hombre para pelear no ponía condiciones. ¿Y ellos? ¡Cobardes, maricones! Pasó echando miradas de recelo al zaguán de la casa. Más allá, Juvencio, el mandadero de la botica, alzaba la cortina metálica. La ciudad se disponía a la batalla del día.

El italiano Brunelli colgaba telas y prendas sobre la puerta de su negocio. Barahona escobas y plumeros.

Dobló la primera esquina y entró en el despacho del chino Lin. La mujer del chino, la sorda Zenobia, le arrancó la botella de la mano y después de verificar el dinero acercándose a los ojos para comprobar si no era falso.

-Todavía no amanece y ya la gente se pone a tomar vino -farfulló mientras llenaba la botella.

Eliecer alargó el brazo, tomó un puñado de galletas y se las echó rápidamente al bolsillo. La sorda lo miró con desconfianza.

-No me habrás robado nada, jorobado sinvergüenza, ¿no?

Eliecer respondió con dignidad:

-¿Me ha visto con cara de ladrón?

Pasar delante de la puerta de los Mejido era ahora más peligroso. Podían romperle la botella de vino, y su padre, después, le rompía el culo a azotes. Con la botella en la mano sentíase incapaz de hacerles frente. Se preguntó si no le convendría tomar por otra calle, dar un rodeo, pero siguió caminando. Cruzó, temblándole las piernas, por delante de la relojería, ya abierta, donde alcanzó a divisar a los dos hermanos limpiando los vidrios del mostrador. Si lo provocaban, no habría podido correr, embarazado por la botella. Los contempló, bien peinados y con trajes mejores que el suyo, trajes cosidos por don Hermelo, el sastre, mientras que el suyo era obra de su madre, el pantalón, de unos viejos de su progenitor, y la camisa (esa vergüenza íntima lo humillaba, y habría preferido morir a revelarla) de una camisa de mujer, sí, de su madre. Era todo lo que llevaba. Miró los zapatos rotos pero lustrados de Lucho Mejido; estaba seguro que él, con los pies desnudos, lo aventajaba. ¡Marica! No, no correría; ¿por qué iba a correr? Una cólera sorda se levantó en su pecho. Se detuvo, extrajo del bolsillo de su pantalón una gallera y comenzó a roerla ostensiblemente, despacio, para prolongar su placer, demorándose a cada paso. Un barco en la rada lanzó un pitazo hondo. En el horizonte, una rayita de humo, apenas visible a los ojos humanos, le indicó la entrada de una nave. De repente una voz gritó a sus espaldas.

-¡Jorobado, hijo del diablo!

Eliecer se volvió como tocado por una corriente. Alcanzó a ver a Lucho Mejido que se escondía en la tienda de su padre.

-¡Ven a pelear si eres hombre, María Luisa! -gritó Eliecer.

Pero nadie aceptó su desafío.

Cuando llegó a su casa, su padre apenas si lo miró. Además del viejo Miguel estaba allí su tío Esleván, hermano de su madre, dominando la escena en una mesa artillada de botellas de vino, que visiblemente le pertenecían. Esleván era tipógrafo, todo él

trascendía a suficiencia. "Hablas como un diario, lo que dices apesta a diarios viejos", solía decirle su cuñado. Eliecer pensaba lo mismo, de modo que se fue a la cocina.

-¿Fuiste a buscar vino? -le preguntó Emelina.

-Sí -contestó con indiferencia.

La vieja lo estudió un segundo y luego exclamó como hablando consigo misma:

-¿Y por qué mandan a los niños? ¿Se creen que yo me voy a quedar con el dinero?

-Es que usted se toma el vino en la calle, señora, y llega aquí con el cuento.

Aunque la acusación era cierta, la vieja se volvió echando llamas por los ojos.

-¿Qué te has figurado mocoso insolente? ¿Por quién me has tomado? No te rompo la boca de una cachetada porque soy buena. Seré vieja y pobre pero honrada, ¿sabes? ¡Atrevido!

Se puso a desayunar sin preocuparse de los insultos de Emelina. Pero de pronto la mujer lanzó un gemido. Se golpeaba las sienes con el puño cerrado.

-¿Que le pasa, señora?

-¡Ay!

-¿Tiene malos pensamientos?

-¡Ay, hijito! No te burles de esta pobre vieja. Si vieras cómo se me ha puesto la cabeza. ¡Me duele como un diablo!

Y volvió a los golpes. Eliecer hacía dibujos imaginarios, con el dedo, sobre la tabla de la mesa. Emelina se le acercó.

-Niñito, tú que eres bueno, ¿por qué no me traes un dedito de vino para pasar este dolor de cabeza? Pídeselo a tu padre, anda, sé hombrecito, Eliecer.

Se levantó con un gesto desganado y pasó a la habitación vecina. Tomó una copa, la llenó y, cuando salía, oyó que su tío le decía:

-Oye, mocoso de porquería, el vino se hizo par la gente que sabe tomarlo, no para la basura.

-Es el vino de mi padre, no el suyo -replicó con altivez.

Dejó el vaso colmado delante de Emelina, sin decir palabra, y se encaminó a la playa.

II

En aquel punto de la costa las olas saltan sobre las rompientes y vienen, altas y veloces, coronadas por un airón de espuma, a morir en la arena. Entre una y otra, la playa queda desnuda. Los muchachos corren mar adentro al encuentro de la ola próxima, se lanzan de cabeza contra ella, y nadan flotando en la cresta espumosa. La ola es un poro marino disparado hacia la costa, con un jinete encumbrado en el lomo, al que luego deposita blandamente sobre la arena fresca y crujiente. Cuando Eliecer se cansaba de este juego, buscaba entre los acantilados esas pozas profundas en las que el agua del mar se arremansa y es verde y traslúcida. Se zambullía allí con los ojos abiertos para contemplar las flores azules, los líquenes dorados, las pinzas amarillas de los cangrejos y el rosado nidal de los moluscos. El sol se esponjaba como un pájaro en el aterciopelado tapiz de las rocas y en la arena del fondo, lecho de oro donde dormían las estrellas de mar y flotaban los penachos suntuosos de los celentéreos. En esas incursiones prefería bajar solo, deslizándose con suavidad, simplemente a mirar. Era la codicia de los ojos, no de las manos. Se sentía solidario con la vida vegetativa, aparentemente eterna y sin urgencias, de las anémonas y los erizos adheridos a las rocas, pertenecía también a su elemento.

-Vamos a espantar los patos -propuso Nicanor.

Tostados por el sol, vistiendo apenas un pantaloncito, ágiles y flexibles, corrían los niños por la playa o saltaban sobre las rocas pulidas por el roce de la pleamar. Eliecer siempre detrás, enfundado en un traje de baño que pretendía disimular su joroba, tejido por su madre.

Se arrojaron al agua, uno después del otro, como lobos asustados. En el agua desaparecía la inferioridad de Eliecer. Nadaba de costado, ágilmente, y sólo a ratos su joroba emergía de la superficie, a manera de una extraña aleta. Corría más que ninguno y sólo Pedro lo aventajaba unas veces. Pedro era, en cierto modo, el caudillo del grupo. A su lado Eliecer se deslizaba como un delfín, sin mover apenas el agua, con braceadas limpias y rápidas. Sortearon un manchón de algas, siempre juntos, uno al lado del otro, con los demás a la zaga. El mar brillaba, azul y cantante. A lo lejos, en los muelles, cabeceaban algunos barcos. Finalmente abordaron una roca. La mano de Eliecer fue la primera en posarse en la meta.

-¿Comiste plomo que estás tan pesado? -gritó alegremente, ya encaramado en el escollo, viendo llegar el último a Nicanor.

-¿Qué gracia -se defendió Nicanor (era lento también de palabra). Estaba visiblemente lastimado en su amor propio-. Si vos tienes motor en la joroba.

Eliecer recibió el impacto sin ofenderse, pero quedó al acecho de su revancha. Nicanor se aferraba torpemente a las salientes de las rocas para dejar el agua y de pronto lanzó un juramento. Había puesto la mano sobre un acalefo y, por más que la retiró con presteza, se le puso roja y ardiente como una quemadura. Reconcentrado en su rabia, se le sobaba melancólicamente, entre las risas sofocadas de sus compañeros.

Permanecieron en silencio, un buen rato, agazapados detrás de la roca batida suavemente por la resaca. Y de repente irrumpieron del otro lado del farallón, dando alaridos salvajes. Las gaviotas se alzaron espantadas, en una nube densa y ruidosa, golpeando las alas y chillando, pero en seguida se ordenaron para evolucionar unos

instantes sobre la bahía y luego afilar hacia otro promontorio, mar adentro. Algunas desertaban de la bandada y caían como flechas en el agua, en medio de un cardumen.

-Se fueron al islote -comentó Pedro.

Los balnearios, allá lejos, se iban poblando de mallas coloridas, de quitasoles rayados y, detrás, la larga fila de automóviles. No era un sitio para ellos, además, preferían la soledad, se sentían más libres en contacto con el mar libre, las rocas hirientes, las gaviotas, el cielo abierto.

-¡El Chinchol! -exclamó de pronto Nicanor.

Todos se volvieron. Por la orilla de la playa, a sus espaldas, cruzaba en esos instantes un hombre greñudo, la barba crecida, vestido de harapos.

-Déjenlo tranquilo -pidió Eliécer-. No lo molesten.

Pero ya todos, haciendo pandilla con las manos gritaban a coro:

-¡Chinchol! ¡Chinchol!

El hombre se detuvo en seco, bajo el sol, y volteó la cabeza.

-No sean brutos -intercedía el jorobadito-. ¿Para qué tienen que meterse con él?

Los niños seguían haciendo escarnio del desdichado, que alzó el puño y los amenazó, iracundo. Levantó luego una piedra y la arrojó con furia en dirección al grupo, pero la distancia era grande y la piedra cayó ridículamente en el mar. Mientras se alejaba, volvíase de tanto en tanto, para insultar a los muchachos.

-¿Y tú por qué lo defiendes? -interpeló Nicanor.

-El hombre no hace daño a nadie -repuso Eliécer-. Debe ser muy desgraciado, ¿qué sacamos burlándonos de él?

Callaron todos.

-Vive solo -explicó en seguida Pedro-, en una caleta desierta. Duerme al amparo de unas rocas, en la arena, y se alimenta de mariscos que él mismo casa del mar. Nadie sabe de dónde vino.

-Pobre hombre.

-Esto me recuerda que debemos echarle algo al estómago, niños.

Provistos de unos alambres engarfilados se pusieron a buscar ostiones y erizos. Pedro se deslizó entre unas rocas, había visto algo. Hundió la mano y de repente su brazo asomó aprisionado por los tentáculos de un pulpo. El muchacho le tomó rápidamente la cabeza y se la dio vueltas; un leve temblor recorrió los largos apéndices y el molusco quedó inmóvil.

Cocieron todo en una lata, alimentando el fuego con algas secas y restos de embarcaciones diseminados por la playa. Mientras comían, en silencio, la mirada perdida en el confín azul del mar y sintiendo cantar en sus oídos la sinfonía eterna de las aguas, convinieron en que la vida merecía la pena. La vida era hermosa.

III

Cuando Eliecer abrió los ojos, el navío del sol navegaba ya de bolina hacia el horizonte, en busca de puerto. Quedaba todavía, sin embargo, un par de horas para arriar las velas. Sus amigos seguían durmiendo la siesta, la cabeza casi hundida en la arena. Se puso de pies y, como sugestionado por los brillos del sol en la gran masa líquida, se internó paso a paso en el agua. El reflujó de la marea era como la respiración del mar, lenta y poderosa. Tenía la sensación de desafiar temerariamente al fabuloso monstruo, y recibiendo en su débil pecho la salada embestida de las olas, se sentía él mismo inmenso y fuerte. En ese instante una ola alta lo levantó, lo sobrepasó cubriéndolo de agua y espumas ruidosas. Gozosamente comenzó a luchar con la marejada y a nadar hacia el peñón, que alcanzó con facilidad. Sentado en la cima de la roca, contempló el mar, de un azul profundo, que se mecía allí tranquilo y solitario y murmuraba en su lenguaje misterioso.

-Querido mar -dijo Eliécer-. Estás contento, ¿eh? Yo también lo estoy, viejo amigo. Es el día, el lindo, lindo día. Vamos a darnos otro remojón.

Volvió a lanzarse al agua y enfiló ahora hacia el islote, mar adentro, braceando sin esfuerzo, para no fatigarse. Se sentía dichoso de vencer la elástica resistencia del agua, de saberse solo y puro y libre entre mar y cielo, a cubierto de la hostilidad del mundo. Nadó de espaldas unos minutos; cuando calculó que el islote estaba próximo se dio vuelta y avanzó vigorosamente hasta abordarlo. Tendido de vientre en la arena dejó un largo rato que las olas le lamieran las piernas y se retiraran cansadas para volver de nuevo, insistentes y rumorosas. En la playa distante sus amigos no daban señales de vida; probablemente los holgazanes seguían durmiendo. Vaciló entre volver o quedarse allí, esperándolos, y entonces se resolvió a costear a nado el islote. Sus amigos nunca lo habían hecho, porque el otro lado carecía de playa y caía sobre el mar en un acantilado que las olas batían con furia. Nadó en un amplio círculo para evitar la resorción de la marejada; a medida que adelantaba en su impulso, el mar se hacía más ruidoso al arremeter contra el peñasco. Enfiló con entusiasmo ahora en un mar inquieto y ligeramente revuelto, frente a la escarpa, y en seguida deslizóse en línea recta, enérgicamente, tratando de mantener la gestión de su ahínco a buena distancia de la tolmera. Era una batalla con la muerte, y lo sabía; si se descuidaba un instante, si aflojaba en su ardor, un golpe de mar podía estrellarlo contra las rocas. Iba a ganar ya, por fin, el otro extremo del risco sombrío, hirviente de espumas negras y sobrecogedoras. En ese momento descubrió al Chinchol.

El hombre flotaba en el agua con la apariencia de un ahogado, rígidos los brazos y las piernas. Los largos cabellos empapados cubríanle los ojos dándole un aspecto siniestro. Y hasta creyó advertir reflejos verdosos en la piel de ese cuerpo sin carnadura. Pero tenía clavada la mirada en Eliecer.

Al muchacho se le había encogido el corazón, mientras seguía nadando. Se sentía avergonzado de la conducta de sus amigos al insultar al solitario, maldijo su estupidez. Era tarde para volverse atrás, pues de otro modo habría huido. Todo lo que le quedaba para hacer era pasar lo más lejos posible del hombre aparentando naturalidad, dominando el oscuro miedo que extrañamente se había apoderado de sus entrañas. Aceleró sus movimientos en el agua convulsa. Pero el Chinchol se había dado vuelta y avanzaba, a su vez, para cortarle el paso. En sus gestos, en su mirada de odio, adivinó su resolución. Braceó Eliecer con todas sus reservas de entereza, en un salvaje desesperado esfuerzo por tomarle la delantera; si lograba salir al otro lado del islote, estaría a salvo, podría gritar a sus amigos y sus amigos lo escucharían, lo escucharían tal vez otras personas, mientras que ahora sus gritos quedarían ahogados por el fragoso embate de las olas contra el farallón. Gritó, con todo, absurdamente, absurdamente deseó que su atacante se asustara y volvió a gritar. El Chinchol estaba ya a dos brazadas, a una brazada. Sintió su jadeo quemándole la nuca, presintió su mano alargándose para tomarlo de los cabellos. Entonces hundió la cabeza en el agua y se sumergió con rapidez, nadó debajo de la superficie, ahora en sentido contrario, y reapareció a una buena distancia de su perseguidor. Por el rostro de desconcierto y extravío del Chinchol pudo comprobar, con alguna tranquilidad, que el hombre no sabía zambullir; ello le procuraba una ventaja, la aprovecharía. Pero el Chinchol era más veloz y la rabia acrecentaba su velocidad. De nuevo estaba sobre él: Eliecer volvió a zambullirse. Deseó ser pez, con todas las ansias de su alma, para perderse debajo del mar, deseó ser un tiburón para dar cuenta a dentelladas de su adversario. El Chinchol, cada vez más ciego de furia, no le daba tregua.

Se habían acercado, entretanto, al extremo del islote. Con un poco de suerte, y a favor de la corriente, podría salir a la vista de sus compañeros, que probablemente ya habrían advertido su ausencia. Nadó frenéticamente, con redoblado brío, y de pronto sintió la mano del Chinchol que se aferraba a una de sus piernas. Se escurrió como una anguila, pateando el agua y debatiéndose en el terror y el aturdimiento, perdido ya el control. Los brazos del hombre luchaban por hacer presa en él. ¿Iba a ser ese el fin? ¿Iba a morir de esa manera, sin que nadie supiese nunca cómo había muerto, quién lo había matado? Por su imaginación cruzó como un relámpago la imagen de su cuerpo flotando entre las algas, comido por los peces. Quiso zambullirse de espaldas, en una última tentativa por salvar su vida y de repente, sin saber cómo, se encontró con la cabeza del Chinchol aprisionada entre sus piernas. Las apretó instintivamente en el cuello de su enemigo y ajustó el anillo con todas sus fuerzas, hundiéndose todo lo que pudo. El Chinchol le desgarraba la carne con las uñas, tratando de desasirse y sacarlo a la superficie. Era una lucha de vida o muerte, pero no podía durar mucho. Eliecer sentía que su pecho iba a estallar, necesitaba respirar, necesitaba aire, y en ese mismo instante advirtió que la presión del Chinchol aflojaba, que su cuerpo se iba al fondo. Se desembarazó de él y subió a flote. El Chinchol no volvió a aparecer.

Eliecer permaneció de espaldas en el agua, sofocado, para recuperarse, luego ganó penosamente la playa del islote. Sus compañeros lo encontraron allí, sin conocimiento.

Cuando volvían, en un bote que fueron a buscar Pedro y Nicanor, quisieron saber lo que le había ocurrido, lo llenaron de preguntas.

-Luché con un lobo -dijo Eliecer, con dureza-. Lo vencí.

Sus compañeros se le quedaron mirando, miraban sus piernas heridas, surcadas por hondos canales sangrantes, y por primera vez lo consideraron con silencioso respeto, mientras él, por primera vez, descubría que los odiaba.

Carlos Condarco Santillán - EL TORO

(Oruro, 1946)

Apenas se ha movido desde ayer. Permanece sentado en el suelo, jugando con el gran plato de barro, que sus manitas toman por los bordes, oponiéndose entre sí, imprimiéndole un movimiento de volante lento. Martín está ahí, sedente, sobre el piso de la tierra, junto a una mancha de humedad. Martín está ahí y yo estoy aquí, cerca de la puerta del rancho.

Estamos los dos esperando, y él no regresa.

(Les pedí que se cuidasen y me esperaran, mostrándoles dónde encontrarían la harina, el tasajo, la sal. Indicándoles cómo debían prepararse la comida. Después tomé el morral, lo colgué del hombro derecho, crucé la pequeña explanada y ascendí por la escarpada, buscando la senda, festoneada de pedruscos. Me alejé en pos del camino real. Caminaba, caminaba y, al hacerlo, me elevaba sobre el valle, contemplando, de momento en momento, cada vez más pequeño el rancho. Por detrás, la montaña; por delante, el despeñadero y, por los flancos, un maizal y el monte. Orillando el maizal, un arroyo que fulge al sol).

Al principio no fue difícil. Martín y yo nos dimos maña para hacer nuestra comida. Martín es muy eficiente, se desempeña, a pesar de tener sólo cuatro años, bastante bien en los menesteres. Lo hace todo, sin hablar, en silencio, con una diligencia muda y pertinaz. Antes, Martín era muy locuaz, de una marrullería fastidiosa. Se la pasaba parlotando, de la mañana a la noche, hasta que se quedaba dormido, en el lecho de nuestra madre. Eso fue como hasta hace un año, hasta que ella murió. Ayer, cuando el sol se puso vertical sobre los árboles y las montañas, a esa hora en que la sombra desaparece por entero y todo flota inmerso en un polvo de oro, Martín habló, dijo: "Tengo hambre".

Desde entonces permanece mudo; sentado sobre el piso, jugando con el pesado y negro plato de barro.

Su ausencia no debía durar más de tres días, pero no fue así; al cuarto, vino un vecino de más abajo del valle, buscaba un toro. "Tal vez esté alzado por estas breñas y matorrales". Le contesté que no lo habíamos visto. Martín, junto a mí, mudo, nos miraba alternativamente. El vecino, llenando un botijo en el arroyo, relató que un camión, cerca del puente de Salineros, en el camino real, se precipitó en el abismo. Decía el rumor que murieron algunos de por estos lados, del Abra de Candelaria, que es como le llaman a esta tierra. Luego se fue y ya no lo vimos.

Echaba la hornija, que Martín recogió en el monte, en el tiznado llar del rancho. Tomé el cántaro de barro bermejo. "Martín, dije, vamos por agua". Martín buscó una

olla pequeña y salimos al sol. Cegaba. Entornando los párpados, caminamos hacia el arroyo, llegamos a la rivera. Entonces, lo vimos por primera vez, era negro.

Retornamos al rancho.

Esa tarde, la pasamos jugando, Martín y yo. Trepados por los peñascos, nos escondimos entre los arbustos, las zarzas hirieron nuestros brazos desnudos, las guijas, nuestros descalzos pies. Desde el cresterío rocoso, lo vimos, abajo, en medio del campo cultivado, negro, brillante, reluciente con los cuernos azulencos, destellando brillos de metal. Metía la cabeza enorme entre las cañas de nuestro maizal.

Martín, de pie sobre una peña, haciendo bocina con las manos, gritó: "¡Toro... Toro...Toroooo!". Múltiple, el eco devolvió su grito.

Por la noche, luego de comer tasajo y mazamorra, nos acostamos en el poyo, estremecidos, gozando, íntimamente, el albergue de nuestro rancho, arrebujándonos con las mantas. Martín se durmió pronto. Yo pensé en nuestro padre ausente y, después, abrazando a mi hermano, dormí.

El sol estaba alto al despertarnos. Penetraba su luz, vibrando en átomos dorados, por las hendidias de la precaria puerta. ¡Hermosa mañana! Con las hondas pendientes del cuello, buscamos las sendas umbrías del monte. En nuestros bolsillos estaba el peso de los proyectiles, cantos pequeños, redondeados. Tirábamos contra las palomas eligiendo aquellas posadas sobre las ramas bajas, las chinas, luego de errar el blanco, chocaban en los troncos, produciendo un ruido repetido y seco. No logramos cazar nada.

Al retornar, lo encontramos cerca del rancho, oliscando unos pedrones cubiertos de cal. Hicimos alto. Martín se puso a mis espaldas protegiéndose, tomé puntería y lancé la piedra. Zumbó en el aire quieto y fue a herir el morro. Sacudió la cabeza oscura, se volvió y, con balanceo cansino, fue rumbo al maizal. Entramos en el rancho, oscurecía. Los astros vesperales principiaban a desangrar su luz.

Las luces cubrían el cielo matinal. Como oscuros vellones, se apeñuscaban contra las distantes cumbres montañosas. Luego del parco desayuno, nos resistimos a abandonar la cama, preferimos remolonear, bajo las pesadas y multicolores mantas de lana, el hambre urgió a mediodía. "Martín, vamos por agua".

Con los cuerpos laxos y la voluntad lánguida, marchamos hacia el arroyo. La humedad de la atmósfera, acrecía el aroma vegetal y profundo del campo. Empecé a verter agua en el cántaro, sirviéndome de la ventruda olla de Martín; cuando la hube colmado sumergí la olla en el arroyo y la retiré llena y chorreando agua. "Llévatela, yo llevaré el cántaro".

Nos incorporamos con movimientos que la húmeda grama hacía inseguros. Tomamos los recipientes y la senda que conducía al rancho. Allí, el fuego estaría danzando en el llar.

Martín equilibró la olla sobre su cabeza; yo acomodé el cántaro en el cuadril. Caminamos, yo por delante, Martín por detrás.

En el cielo las nubes desplazaban sus masas disformes, gigantescas, plúmbeas. "Tal vez hoy llegue papá", dijo Martín, "Tal vez" respondí, pensando en los muertos del Puente de Salineros. El ritmo del andar, hacía saltas, alegre, el agua en los recipientes. La figura del rancho se aproximaba a cada paso nuestro. El arroyo manso murmuraba su cristal, rompiéndolo dulcemente contra las pulidas piedras de su lecho.

Súbitamente, aquella paz fue turbada. Los duros golpes de una tumultuosa y frenética carrera estremecieron la tierra. Volvimos los rostros, sobresaltados, pálidos.

Entonces surgió, como una pesadilla furiosa, de en medio de los verdes tallos de maíz, tronchándolos con el empuje avasallador de su mole negra. Nos embistió. Solté el cántaro que se rizó perlando el aire en torno suyo. "Martín, al rancho. ¡Corre Martín!". Corrimos, con la bestia tras nuestra fuga, con el pecho expandido y la cabeza echada atrás, desesperadamente. El rancho recortaba el negro rectángulo de su puerta como una promesa de vida. Martín corría casi pegado a mí, inexplicablemente, llevaba la olla, sujetándola con ambos brazos, apoyándola contra su pequeño y acezante tórax, salpicándose el rostro marcado por la angustia. Nos lanzamos adentro y cerramos la puerta tras nuestro. Penetró por las grietas, como la luz de la mañana, el polvo de la tierra conmovida por la bestia y escuchamos un furioso bramido ronco. Se perdió en el eco del valle... Después, el silencio.

Nos encontramos sin tomar alimento alguno. Martín se estremecía en sueños. Permanecí desvelado hasta muy tarde, escuchando los grillos y el murmullo del arroyo. Cuando los grillos callaban, mi miedo se dilataba en el silencio. Un viento persistente empezó a soplar, cuando, sobreponiéndome al temor que la soledad me imponía, me quedé dormido. Mi sueño se rompía bruscamente. Despertaba sobresaltado. Miraba la puerta, nunca me pareció tan frágil como entonces. Martín bullía inquieto, llamando, entre sueños, a nuestra madre. En dos ocasiones, sofocado por el silencio, oí que las pezuñas del toro rascaban la tierra, cerca de nuestro rancho, muy cerca. También lo escuché restregarse contra la rugosa corteza del molle viejo, que se alzaba casi junto a la puerta.

Al fin amaneció.

Recostados contra el muro de adobes sin enjalbegar, esperamos a que el sol estuviese alto en el cielo, para ponernos en movimiento. Bajé del poyo. "Quédate en cama Martín. Prepararé el desayuno". Encendí el fuego y me dispuse a calentar el agua. En la olla quedaba muy poca, el cántaro estaba afuera, hecho añicos. Compartimos una menguada taza de té, no dio el agua para más. Afuera reinaba el silencio, solamente turbado, de vez en vez, por el canto de algún pájaro, sin embargo, no abrimos la puerta. La mañana se fue, mientras hablábamos susurrantes y sobrecegados.

Fisgamos por las hendidias, sin ver nada atemorizador.

Seguramente era ya más de mediodía cuando, acuciados por el hambre nos resolvimos ir por agua. Despacio, muy despacio, doblados por la cintura y con una mano trémula, entorné la puerta. El día radiante semejaba un fanal de paz. Miré al frente: el despeñadero y, al fondo, la cordillera. Martín permaneció acurrucado, junto al umbral. Asomé la mitad del cuerpo, arqueando el torso, estirando el cuello, afirmando los pies en el piso del rancho. A la izquierda, el viejo molle; más allá el monte

enmalezado. A la derecha... ¡Allí estaba!, ramoneando entre unos arbustos. Quedé inmóvil, en completo silencio, mirándolo temeroso. No obstante, como obedeciendo a una orden misteriosa, gritó bruscamente, puso en mí la mirada encendida, aplomó el cuerpo, mugió en un crescendo sordo. Cerré la puerta. Tomé de la mano a Martín y nos fuimos al fondo del rancho, al rincón más oscuro. Permanecemos un rato silenciosos, después, sin mediar palabra, rompimos a llorar. Vimos nuestro desamparo frente a nosotros desnudo y aterrador. Al transcurrir las horas poco a poco, nos fue ganando el letargo, más de estupefacción que de sueño. Anocheció.

Es horriblemente salado el tasajo. Arrancamos del gran pedazo que cuelga del muro, junto al hogar, unas tiras fibrosas y reseca de cecina. Hambrientos, las masticamos largamente, sin conseguir deglutirlas. La sal de la carne mojada aumentó nuestra sed. Penosamente, conseguimos tragar unas fibras, que nuestros estómagos no sintieron llegar. Probamos a comer harina, llevamos, ávidos puñados de amarillo polvo a nuestras bocas reseca. No dio resultado la experiencia.

Martín ha dejado de jugar con el plato. Con movimientos desmayados, con el cuerpo desmadejado casi, se ha llegado junto a la olla. Puesto de cuclillas, concienzudamente, restriega con los dedos la ya inexistente humedad del fondo, después recorre sus labios con los dedos pequeñitos y morenos.

El toro no ha dejado de merodear el rancho. Durante el día ronda los lindes del maizal. Asomándonos, unas veces yo, y otras Martín, medrosamente lo hemos columbrado.

Por las noches -ya son cuatro desde el día en que se rompió el cántaro-, lo escuchamos andar entre el maizal y la casa. Resopla con fuerza acercando las narices al suelo.

He decidido abrir la puerta durante el día. Cuando lo advirtió, se acercó trotando, con la cola enhiesta, orgulloso de su poder sobre nosotros, pero no se atrevió a llegar muy cerca. Un resto de temor lo hace respetar nuestra morada. Olfateó la tierra, frente a la puerta, resoplando como un fuelle y tornó a irse en dirección a su regato.

Ya no sentimos ese dolor espantoso en el estómago, el dolor que nos agobió los primeros dos días, en torturas incesantes. Lo ha reemplazado una gran lasitud, un vértigo de abandono e indiferencia. Si sentimos algún dolor, es en los ojos y en los labios agrietados. Martín parece muy lejano a todo, a momentos, sonrío. El plato, abandonado en el suelo, invertido, semeja un túmulo diminuto. Pasamos las horas de la mañana y la tarde junto a la puerta, por la noche nos allegamos al lecho, solamente por costumbre, pues nada tiene ya significado alguno.

Hoy, Martín amaneció muy débil. Al fin, yo soy dos años mayor que él y tengo más fortaleza. Lo arrastré esforzadamente hasta la puerta, para que goce del sol, a ver si éste lo mejora, le devuelve un poco el color a sus mejillas muertas. Le he puesto una manta en el suelo, recostándolo encima. Martín no habla, ni siquiera balbucea. Mira fijamente el cielo, buscando el sol, como en espera de algo. Con un platito, hago al azar, trazos en el piso de tierra. Con el sol radiante las moscas parecen tomar vitalidad y un dinamismo extraño. Zumban monótonas alrededor de mi cabeza. Una, más grande que las otras,

después de recorrer por las mejillas sucias de Martín, se ha posado sobre la fija pupila abierta, Martín no hace nada por espantarla.

Ni siquiera parpadea.

Escucho chapalear al toro en el arroyo; seguramente está haciendo una nueva visita al maizal.

Gary Daher Canedo - EL OLOR DE LAS LLAVES

(Cochabamba, 1956)

Soy un hijo de lejos, lo leí en el certificado de nacimiento que vi, por primera vez, ayer por la mañana. Se lo he contado a Roberto después de una noche de tortura, allí mismo, sentados en el promontorio junto a la acequia. ... Él dice que no, que "legítimo" no significa eso. ¿Cómo te digo?, tal vez significa algo relacionado con líos o con las cosas que hacen los abogados, tú sabes, me dice. Lo único que se me viene a la cabeza es la figura de Martínez, con su impermeable viejo, siempre lleno de carpetas en su maletín de cuero, sentado al frente de la oficina del tío Norberto. ¿Será este ser agachado, casi siempre con la mirada opaca como que no entiende, el culpable de que yo sea un hijo de este tipo, lejano así? Todo esto duele tanto.

¿Qué es, a fin de cuentas, un documento en el que han colocado tu nombre escrito, nacido; una palabra corta diciéndome, soy tú, como un sello de sangre? Por estas graves preguntas he llegado a la conclusión de que un papel oficial (como los veo siempre: marcados con membrete y firma) debe ser algo de mi cuerpo que no comprendo, un pedazo de piel. A veces siento que un día aparecerá uno entre mis cuadernos, y seré sacado de la escuela, llevado ante algún hombre pequeño de traje sudado; y tener que escribir para siempre la misma tontería, quinientas veces todos los días, para poder vivir. Hoy he besado a mi madre con cuidado, no vaya ser que, por ser yo de lejos, se rompa la magia y comience a frecuentar la casa de Alberto Bianjo; y de un día para otro me convierta en su hijo, y me haga hambrear, y me castigue con chicote como dicen que hace con el Ernestino, que viene con la cara de perro triste todos los días a querer jugar fútbol; y nosotros nada, porque es tan inútil. Yo lo veo con su cara de tordo repitiendo siempre: Ya, pues; ya, pues. Y a mí me da una rabia, porque me distrae y por ahí me meten un gol, y todos me dirán "¡qué te pasa!", con sus caras de niños bestias, mientras el sol se irá poniendo entre los eucaliptos, iluminándonos por todas partes, vivo, maravillosamente blanco.

Porfirio Díaz Machicao - QUILCO EN LA RAYA DEL HORIZONTE

(La Paz, 1909-1981)

Claro, como era nieto de indios le llamaban Quilco, por burlarse de él, por arañarle el alma. Él no hacía caso. Le sacaba joroba, como los gatos, a sus impulsos y contestaba con el brillo de sus ojos. Y nada más. Un gato asustado de los ratones... Luego, entraba resbalando, despacio, con susto en su desolación.

-¿Qué hará Quilco en la vida?

-¡Bah, a lo mejor nada!

Es muy difícil, a veces, llegar a la dificultosa y horrible decisión de no hacer nada. A Quilco lo sujetaba su raza, amarrado a la contemplación. Dentro de sí había algo que era como una dentadura que mascase coca. De rato en rato escupía un deseo. Pero era un deseo tan absurdo...

-¿Que hará Quilco en la vida? -Los colegas reían.

Entonces él sacaba una uña interior y rasguñaba un anhelo:

Navegar... pero no entre las totoras del lago milenario y sagrado de su pampa, ni en la barquita frágil de las pajas secas, sino en los buques grandes, mecidos por la bravura de las olas en unos mares enormes, enormes como el tiempo, como su ansia, como él... Y despegarse de las orillas para ir fraternalmente con el aire infinito, encerrado por muros de horizontes y de charla con el agua frenética, vestida de experiencia y encanecida de espuma. Ir por el mar...

Quilco solía repetir...

-Ir por el mar...

Sin embargo su pena inútil volvía a mascar sus hojas de coca. Ninguno de los suyos, hombres envueltos en el viento helado de las cordilleras, conoció el mar. El mar de los indios estaba seco, muerto bajo el cielo azul: el Altiplano. Sin espumas, sin olas, sin playas, mar de tierra gris, rayado por la paciencia de los bueyes. Mar con mortaja. Por eso él quería navegar en los barcos de hierro, para matar la angustia de su mar muerto y cambiar la coca por el licor mariner. Para dejar de ser lombriz y convertirse en pez. Si él pudiera abrazar un paisaje nuevo... Si él pudiera enredar su corazón entre las algas mojadas y escuchar el secreto de otros mundos... Quilco quería ser Colón, o Pizarro, o simplemente el último vagabundo de la tripulación, el que obedece, el que sufre, el que se retuerce con la espina de la impotencia y del silencio.

¡Aunque fuese así! Pero del fondo de la sombra, algo le tiraba fuertemente a la entraña de la tierra. Quilco se quedaba... y la nave de la ilusión se iba, se perdía en el confín, cayéndose y levantándose entre las olas. Los marineros limpiaban la sal de mar de sus frentes sudorosas y reían sus corazones una carcajada de muchos cielos y tenían un ademán para recordar todos los puertos en donde habían anclado. Quilco, abandonado en el puerto, guardaba el pañuelo de la despedida.

-¿Qué hará Quilco en la vida?

Derrochar... sí, derrochar locuras y riquezas. Llegar un día a Nueva York, comprar acciones, venderlas, volverlas a comprar según el diagnóstico de los juegos de bolsa. Y subir en un coche y correr la carretera de fiebre de la vida moderna, quitándose un segundo de tiempo para sonreír por un recuerdo romántico, o dedicando nada más que tres minutos para pensar en la humildad, el amor y la belleza. Y saludar a Dios si el buen humor se lo permitía. Y ponerle al cocktail unas gotas de transacción y la alegría de un 10% al cigarrillo. Mientras tanto él vería crecer su fortuna como a un nene robusto, con mejillas de crédito, ojos de prosperidad y abdomen de cuenta corriente... - ¡Mister Kilko!, el gran Mr. Kilko, el Rey de las Maderas... ¡Mr. Kilko!-. Quinta Avenida, Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica metiendo las manos en una bolsa de oro y echando también el oro por las ventanas del rascacielos, con cimientos de sindicato o de sociedad anónima. Mr. Kilko asegurado. Mr. Kilko la astilla viviente de la Bolivian Madera Society Corp. ¡Mr. Kilko un hombre de oro...! Pero una mano insistente le atraía para abrazarlo a traición: la raza, la raza fuerte, imperdonable, asesina del ensueño. Ninguno de los suyos fue usufructuario, ni jamás conoció el derroche, menos aún la locura. Eran indios que para recorrer un camino vacío, ponían en él la humildad de una pisada esclava. Y tenían por reloj el sol en las jornadas sin fin de las penas largas. No hubo nunca en sus vidas el más leve intento de locura. Al contrario: pequeños de acción, no comerciaban porque horadaban la tierra para hacerla germinar con una lágrima en el tiempo de un silencio crecido. ¡Indios, pobres indios!... Quilco entraba sobresaltado, huraño, en el ritmo doliente de la realidad.

-¿Qué hará Quilco en la vida?

Amar... Amar con todas las fuerzas. Vivir entregado a una pasión. Conquistar a una mujer, como fruta extraordinaria, y saborearla en el triunfo de una nueva independencia. Una mujer blanca, una castellana de gran mundo, una dama... No la Lurpila del campo, ni la Kantuta pastora, con los dedos pegados a la rueca, recortándose en el confín del yermo. No, Quilco quería una señora, una matrona. Ya no serían para él los roces de los phullus tejidos con lana de ovejas, sino la caricia de la seda sensual... Mas, nuevamente, con tenacidad, volvía a hundirse en la miseria de su resignación. Todos sus ensueños se deshacían. La sangre oculta en su carne bronceada lo llamaba a la cordura, al retorno paciente. Nunca un corazón aymara había latido por mujer de otra raza. Nunca. Ni fue cálida la mente para abandonar su frontera de siglos. ¡Ay, de aquel que deseara ver atrás del horizonte límite! Solamente la Lurpila y la Kantuta, la rueca y las ovejas para los hombres rudos de la raza fuerte. Mientras se va tejiendo un poncho, se va, a la par, tejiendo el destino, va sin poncho, desnudo, a la intemperie del olvido...

-¿Qué hará Quilco en la vida?

-¡Bah, a lo mejor nada! -. Los colegiales reían de la timidez del compañero.

Entonces él, crucificado a los suyos, hincó las rodillas en su tercera caída, y su alma absorbió el polvo del suelo.

-¿Qué será Quilco en la vida?

Él respondió resuelto:

-¡Nada!

Y tomó el camino de regreso, entregándose a los brazos abiertos de su solar nativo. Surcó con pies recios el lomo de mar endurecido de la pampa, se peinó la cabellera con el viento y aplacó su sed en el arroyo tímido. Se santiguó con la cruz de los cuatro puntos cardinales y se santificó con el aire de las cordilleras. Se envolvió en la pampa y se puso frente al horizonte, camino de su hogar.

Entonces el asno le mostró su fatiga y la majada le contó los secretos de la pastora.

Y cuando Quilco se hubo reintegrado a sus campos, puso las manos en los hombros de su padre y le habló en aymara:

-Tatay, me he regresado.

Alfonso Gamarra Durana - UNA TARDE DE SÁBADO

(Oruro, 1931)

Aquella tarde caía el sol caldeando el aire. Los niños que caminaban alrededor del padre Humberto levantaban tierra a su paso, e iban formando en su trayecto una nubécula amasada con polvo y sol.

Habían dejado atrás las últimas calles de la pequeña ciudad para ganar la pampa circundante, donde buscarían un lugar apropiado para disputar un partido de fútbol.

Adalberto buscaba los sitios donde la tierra arenisca se había acumulado mayormente, para pisar allí y ver, entonces, con inmensa alegría, cómo entraba la tierra por las grietas de sus zapatos. Unos pasos más y se sentaba en el suelo, para hacer caer de sus calzados viejos un chorro de arena; él comparaba aquello con una catarata. Se ponía en pie y repetía la misma operación una y cien veces.

-¡Padre!... Si uno se traga un montón de tierra, ¿qué le pasa? -inquirió Carlitos, corriendo al lado del padre Humberto.

-Se convierte en una bolsa de arena para la guerra -apuntó inmediatamente el gordo Severino.

-Produciría desarreglos funcionales en el estómago -indicó el padre- y posiblemente una grave infección. El polvo, éste que levantamos al caminar, es causa también de enfermedades porque se deposita en los pulmones; es el caso de todos los mineros de Bolivia.

-¡Mi papá trabaja en la mina...! -gritó Jaime, detrás del padre.

-¿Te dijo qué gusto tiene el polvo de mina? -preguntó despectivamente Carlos, el único bien vestido del grupo.

-No... No creo.

-El polvo, sea de dónde sea, siempre tiene gusto a soledad... -filosofó Antonio entre dientes, cortando la charla científica.

-¡Ché, automóvil sin motor, acelerá...! -gritó Severino a Adalberto que, con su estremecimiento particular, se había quedado muy a la zaga.

-Qué sin motor, a que te gano una carrera.

-Listo...

-¿Hasta dónde?

-Hasta aquella piedra como la verruga del sacristán... Apúrate para que te corra sin ventaja.

Adalberto terminó de atar su zapato y trotó hasta ponerse a la altura de sus demás compañeros. El padre contó, entusiasta: "¡Uno... dos... ya!". Y los dos rivales salieron disparados. Severino avanzaba a pequeños pasos pero veloces, apretándose su cinturón como si con ello ganara fuerzas. Adalberto, por su parte, tendía sobre el suelo los troncos largos de sus piernas flacas, pero en su frente aparecían copiosas gotas de sudor, que indicaban claramente que su anterior esfuerzo le restaba aliento para la verdadera competencia.

-¡Apuesto al Seve...!

-¡Qué va a ganar si ya no da!

-Están iguales.

-¡Apura, Adalberto...!

Los gritos de los demás niños se confundían en uno solo, y a pesar de ser pronunciados como estímulo, a los oídos de los dos corredores llegaban solamente como un griterío ininteligible, como una crítica severa al que perdía terreno.

Sin embargo, esa carrera nunca llegó a la meta, porque el padre Humberto halló con la mirada un lugar plano, más o menos firme, y señalando, dijo:

-Allí está nuestra cancha...

Una pelota de goma salió del grupo de chicos volando por los aires para ir a dar unos cuantos rebotes sobre el terreno señalado. Altiya y segura, como queriendo examinar el lugar, la bola fue amortiguando lentamente sus botes, hasta que llegó el Ojos Estirados y de un nuevo golpe con la izquierda la lanzó por los aires. El cielo, que servía de fondo a la pelota, se prolongaba en su celeste, infinitamente, sin medida, como esos años de la niñez que no deberían acabar nunca.

El encuentro deportivo comenzó. Al lado de Ojos Estirados se alinearon diez chicos. Al frente, sólo cinco porque el padre Humberto, que jugaba con éstos, valía por lo menos por seis, pero con ellos estaba Carlitos, el dueño de la pelota, por eso, el que tenía que ser elegido para el equipo más fuerte, pero también el que nunca había sabido otra cosa que "patear" la pelota de punta y sin ninguna trayectoria definida.

David recibió la pelota y empezó a correr en dirección al arco contrario; se fatigó más por la responsabilidad que por el trote y la cedió a Jaime; éste con los pies descalzos, porque así la empeinaba mejor, continuó la carrera dejando, de esta manera, muy atrás al padre. Quedaban, por tanto, tres muchachitos para defender el arco. Jaime, serio como siempre, pero con la lengua bailando sobre los labios al compás de sus pies que se movían, avanzó hasta colocarse frente a dos rivales, dio de pronto una media vuelta, retrocedió un par de metros y, sorpresivamente, volvió sobre sus pasos, para echar un pase por entre los dos adversarios. La pelota había pasado con tan hábil jugada, pero el dedo gordo de su pie desnudo quedó aprisionado bajo el tacón de un zapato.

Mientras tanto, había tomado la bola el Ojos Estirados y de un puntazo dobló las manos de Daniel, el porterito, y marcó el primer gol. El mismo Ojos Estirados corrió a traer la pelota que se había internado en lo más abierto de la pampa, con la fuerza de su disparo.

Luego, le tocó el turno de avanzar al equipo del padre. Roberto, elástico en su carrera, ganaba terreno, dejando atrás a sus rivales, hasta que Severino por hacerle un quite, tropezó y cayó al suelo. La sacudida de su gorda humanidad fue violenta, pero este sacrificio impensado sirvió para salvar del peligro a su portero. Adalberto corrió hasta donde Severino, en el suelo, se lamentaba de su suerte, para ponerse a danzar un baile estrafalario que había visto en las películas de salvajes, acompañándose él mismo con gritos ululantes; el juego había perdido para él todo atractivo, lo grandioso del espectáculo estaba allí, en el suelo, con una rodilla raspada. Reía, proclamaba... y volvía a danzar. El gordito Seve le gritó molesto:

-¡Lárgate, cuello de jirafa!

Adalberto le obedeció pero no sin antes saltar por sobre el cuerpo del atormentado defensor; buscó después dónde estaba la pelota y vio, con miedo, que el padre Humberto avanzaba directamente a su arco, el mismo que le habían -por así decirlo- encomendado que cuidara como portero de reglamento. Se persignó y murmuró entre dientes:

-San Matías, mañana comulgo si atajas este gol para mí...

De repente, el padre que avanzaba con la pelota, trastabilló y al tiempo de caer lanzó un puntapié, sin embargo el disparo salió con la trayectoria desviada.

-Bendito seas, San Matías -murmuró lleno de convicción religiosa.

Una carcajada general recibió la caída del padre Humberto porque su larga sotana había cambiado automáticamente de color. Su negro inmaculado mostraba trazos geográficos de polvo: la orografía del revolcón.

Las risas de los chicos se ahogaron repentinamente en sus gargantas secas cuando el padre fue alzando con lentitud la largura de su cuerpo, dirigiendo una mirada avergonzada, pero llena de energía europea, que fue saltando de cara en cara de los jugadores. Durante unos instantes vaciló el juego. Pero la voz de "¡Pásala!" indicó la reiniciación del encuentro.

Comandando un avance nuevo apareció Ojos Estirados; con una tranquilidad de verdadero maestro de los estadios se embelesaba con la pelota y mientras la levantaba con la rodilla, la empujaba con el hombro, amagaba con la frente y la volvía a elevar con el taco, atraía hacia él a todos los defensores que, mientras trataban de estorbar a Ojos, gritaban:

-Así no vale... ¡Padre, que suelte pues la bola...!

Antes de escuchar la voz autoritaria del cura, el Ojos Estirados volvió a la realidad, y como si saliese de una gruta en tinieblas buscó a algún compañero. Antonio estaba en cuclillas a seis metros, deleitándose con las maravillas de su compañero, cuando vio venir el pase. Tomó la pelota y salió corriendo a gran velocidad. No desprendía su mirada de la bola y veía pasar el suelo raudamente debajo de sus pies. De reojo alcanzó a ver los dos montoncitos de ropa que señalaban los límites de la portería contraria y entre ambos a Daniel. Pisó entonces la pelota, pero como venía animado de tan rápido movimiento se tropezó en la misma, para continuar su avance pero rodando concéntricamente hasta aparecer con la cabeza sepultada entre la ropa. Se sentó, apoyando su cara disgustada en su puño derecho cuyo antebrazo reposaba en la rodilla y, observando el juego que estaba nuevamente lejos, le preguntó:

-¿En qué momento debía de patear...?

El padre Humberto había recibido otro pase y se dirigía sobre la meta contraria. Severino salió a marcarle, y haciendo esfuerzos inauditos se mantuvo, mientras corría, a la misma altura que el padre. No encontraba la manera para despojarle de la pelota. Para facilitar su embestida, el padre se fue levantando la sotana redentorista, dejando ver a Severino, que no le perdía pisada, sus grandes pies calzados con enormes botines negros. De pronto, el gordito se quedó parado, lo que favoreció al padre para enviar un fuerte pelotazo que venció la resistencia de Adalberto.

-Oye, Seve...-se dejó escuchar la voz de Ojos Estirados- ¿Qué ha pasado? En vez de quitarle te quedas plantado...

-Pero, qué quieres... Si el padre había tenido escondidos los botines del monstruo Frankenstein...

Pelota va, pelota viene, iban pasando apresuradamente los minutos. Incansables, todos continuaban en la brega aunque el marcador acusaba cifras de doce, trece, catorce. La alegría contagiosa de la bola de goma no terminaba y para los muchachos la dicha era completa, aunque interrumpida cuando al religioso se le iba un poco uno de sus pies y dejaba un moretón en las piernas del rival.

Quince, dieciséis... Los goles iban en aumento. A cada puntapié la noche saltaba un metro. Las estrellas comenzaban a asomar para ver cómo el sudor se secaba en las

caritas de los niños con el frío de la noche altiplánica, y cómo el cansancio resoplaba en los rostros enrojecidos.

Cuando ya no se podía ver la pelota, se sentaron todos cerca de una de las metas formada con piedras. Nadie pronunció una palabra, los ojos parecían querer perforar la arena con su fijeza y las lenguas se deslizaban pegajosas sobre los labios. Los corazones palpitan al mismo ritmo, comunicando su movimiento a las cabezas despeinadas y a los pulmones agitados. En aquel momento el tiempo se había paralizado, las nubes miraban con ternura y la luna había detenido su marcha para que los niños disfrutaran más tiempo la dicha del descanso.

Con unas cuantas palabras el padre Humberto indicó que debían regresar. Se levantó y, rodeado de unos pocos, se fue alejando del campito. Sus siluetas fueron penetrando en la oscuridad. Esto obligó a los restantes chicos a levantarse, aún agotados, y conducir sus pasos en la misma dirección; con la cabeza agachada, en silencio, arrastrando su ropa por el suelo, dejaban la canchita de fútbol al cuidado de las estrellas.

-¿Y los botines de Frankenstein que había tenido el padre? -se escuchó la voz de Severino, cortando de un tajo, con su entonación ronca, el silencio de la noche.

Bastaron esas pocas palabras para que el tiempo reanudase su marcha, el viento frío a soplar, y la luna a sentirse pelota rodando por el área grande del firmamento... Los espíritus se reanimaron y una carcajada infantil, nacida al unísono en las gargantas, llenó el ambiente de otras estrellas que rivalizaban con las de allá arriba en pureza y claridad.

Walter Guevara Arze - TEMPESTAD EN LA CORDILLERA

(Cochabamba, 1911-1996)

-¡Mamani Poma Juaaaan! -gritó el pagador con voz cansada.

-¡Mamani Pomaaaa! ¡Mamaniiii! -repitieron varias voces ásperas entre el grupo de mineros que esperaban su pago quincenal, parados frente a las ventanillas de unas casuchas achatadas, con paredes de barro y techo de calamina. Era la administración de la mina wólfam "Kami". El eterno frío de la cordillera de los andes, implacable enemigo de esta especie de gusanos envueltos en harapos y cubiertos de tierra oscura, parecía morder con más ferocidad que otras veces.

-¡Mamaniiii! -gritó de nuevo el pagador y la última sílaba se adelgazó como un hilo. Los obreros se rieron ante el tono de irritación histérica del grito.

-¿Qué es de ese animal? -agregó apresuradamente el hombre de la ventanilla con entonación compuesta y casi varonil.

Juan Mamani Poma, apoyado contra un cote de la roca que hacía de plazoleta frente a la administración, parecía un sonámbulo.

-¿Mana huyarinqui? -T'es tan gritando tu nombre. ¿Jokharachu kanki? -exclamó una palliri, apoyada también contra la roca y, acompañando la acción a las palabras, dio un empujón al hombre.

-¡Fermee! -respondió al fin Mamani Poma, como gritaba en el cuartel al escuchar su nombre en la lista. Los puntapiés de su teniente no alcanzaron a corregir la pronunciación del mestizo quechua obligado a usar el castellano.

-Apúrate animal. ¿Hasta cuándo voy a estar aquí? Seguro que ya estás borracho -y mientras hablaba de tú a Ud. al obrero, el pagador y su ayudante tarjaban diligentemente el nombre de Mamani Poma en seis ejemplares de la planilla de pagos. Después, el pagador tomó el sobre que estaba encima de una pila de otros absolutamente iguales, comprobó su contenido quizá por centésima vez con la prolijidad proficua de todo jugador y, a tiempo de dárselo a Mamani

Poma, le dijo con tono más conciliador.

-Doscientos treinta pesos con veinticinco centavos de saldo. Te hemos descontado la mitad. Esta quincena has faltado casi ocho días y has sacado una barbaridad de la pulpería. Va a tener que trabajar siquiera seis meses sin emborracharte para ponerte al día. La pulpería ha ordenado que se te descuente la mitad de tu jornal desde esta quincena.

-¿Y cómo voy a vivir? No quieren darme más avío en la pulpería y ahora me descuentan...

-¿Yo no sé. ¿Para qué te emborrachas como una bestia y tiras tu plata? Friégate pues...

Ante el insulto. Mamani Poma reaccionó violentamente:

-Mentira, no me emborracho...

Después agregó con tono adolorido:

-Es que mi mujer, la María se ha muerto. Por eso he sacado de la pulpería... para su entierro y también he faltado por eso.

-Bueno, yo no sé. Pero tienes que pagar tu deuda a la pulpería.

Como Mamani Poma permanecía inmóvil, el pagador lo increpó:

-¿Qué esperas? Me estás haciendo perder mi tiempo. Los otros también quieren cobrar.

La gente del grupo comenzaba a inquietarse. Pronto sería de noche. Las enormes sombras de las montañas proyectándose cada vez más largas, parecían intensificar el frío. El sol, al ponerse, iluminaba únicamente el contrafuerte opuesto al de la mina.

Mamani Poma se retiró de la ventanilla y fue alejándose pesadamente del grupo de mineros y palliris, mirando alternativamente las caras de la gente y el sobre que tenía en

la mano. Sintió vagamente que las casuchas chatas y los obreros harapientos, envueltos en la sombra creciente, no eran sino excrescencias de la roca gigante con la que parecían formar un todo solitario e inmóvil.

Levantó la vista del piso desigual y vio el intenso brillo del sol en el cerro del frente. Una mancha verde, un pequeño sembradío de cebada sin duda, ponía la única nota viviente y alegre de ese paisaje desolado de las altas cumbres. Sin mover un músculo de su cara se alegró interiormente al notar, quizá por primera vez, el sembradío de cebada que se agitaba con el viento de la altura.

Se acordó del valle en el que había crecido: maizales enormes, con plantas más elevadas que la misma gente, casitas de barro con techos de teja sombreados por árboles de ancho follaje; el pequeño ferrocarril jadeante y siempre lleno, cruzando el valle a la distancia... De alguna manera, todo esto le parecía perdido para siempre.

Volvió a mirar el cebadal y se paró. Sin darse cuenta regresó al pasado. Sus ojos dejaron de percibir la realidad presente y se perdieron en la perspectiva ilimitada del recuerdo. Como en un sueño, las delgadas y distantes espigas de cebada se agigantaron hasta convertirse en vigorosas cañas de maíz de color verde amarillo, a punto de madurar. Vio claramente el maizal de su chacra y escuchó incluso el murmullo del pequeño río a su vera. A esa hora, la María estaría terminando de lavar la ropa, de rodillas y con el cuerpo inclinado sobre el agua.

Recordó con nitidez un suave atardecer de valle, tan distinto de esta violenta puesta de sol en la cordillera; recordó cómo había cruzado su chacra de maíz para salir justamente detrás de la María. Desde donde estaba, podía observar sus dos trenzas de cabello bien negro, su torso armonioso y fuerte cubierto de una camisa de tocuyo, su cuello esbelto y parte de sus morenos brazos desnudos.

Recogió unos guijarros y se los arrojó. Ella no se dio vuelta y más bien se apresuró a enjugar y exprimir las últimas prendas de ropa que había traído para lavar. Sabía bien de donde venían los guijarros. Sintió que Juan la miraba y una cálida sensación invadió su cuerpo. Con el intento de vencer su emoción, se afanó en su tarea. Después de todo, era bien poco lo que quedaba por hacer.

Dos guijarros grandes cayeron en el agua, cerca de ella y le salpicaron la cara, los brazos desnudos y la pollera roja. Se dio la vuelta violentamente a tiempo que Juan salía del maizal.

-Llokalla bandido -exclamó ella mientras recogía rápidamente pequeños pedruscos y se los arrojaba a él, cuidando de no afinar mucho la puntería.

Juan huyó alegremente dentro del maizal y María corrió en su persecución. Se detuvo agitada y ansiosa a la orilla de la chacra. No se animaba a continuar y quería volverse, como lo había hecho antes en ocasiones similares.

Nuevos pedruscos cayeron a su alrededor y por la dirección que traían, ella podía calcular dónde estaba Juan. La tentación era mucha. Se hizo de coraje como para emprender una aventura audaz, levantó algunos guijarros y cautelosamente avanzó dentro de la plantación, pero las piedrecillas de él parecían venir siempre de más lejos. Quedó un poco desorientada y cuando no sabía si seguir o regresar a recoger la ropa,

Juan la tomó repentinamente por el talle. Se defendió a pellizcos, con la risa entrecortada, pero no en vano Juan era el llokalla más fuerte del rancho de campesinos quechuas donde vivían los dos.

Cuando lo envolvían estos recuerdos, un fondo de esperanza, parecía proyectarse hacia el porvenir, pero el minero fue violentamente devuelto a la realidad por un bullicioso grupo de obreros que se aproximaban por la callejuela increíblemente estrecha y escarpada de la mina. Una voz sonora y bien timbrada salió del grupo:

-Ahí está el Mamani Poma. Ese toca bien la guitarra. Lo llevaremos.

Al escuchar su nombre, Juan se arrancó enteramente de su ensueño. Se esfumaron la María, la chacra de maíz y el riachuelo. Quiso mirar de nuevo el sembradío de cebada para readquirir la noción cabal de la realidad circundante y vio que estaba perdido entre las sombras del repentino anochecer de la cordillera.

-Jaku rina. La Puka Senkha dice que tiene una buena chicha.

Juan reconoció al que le hablaba. Manuel Condori era un barretero como él. Había venido de Tapacarí, el pueblo más próximo a la mina, distante apenas seis leguas. Era ancho y vigoroso y Juan lo estimaba por su alegría tenaz, su incesante charla en quechua y castellano y su despreocupación.

Mamani, el soñador silencioso, se daba cuenta de la diferencia de caracteres y quería a este hombre que lo hacía reír aún en las pesadas horas que pasaban juntos, pegados a la dura roca del socavón minero, sosteniendo el taladro de aire comprimido.

Al no recibir respuesta de Mamani sumido en sus reflexiones, Condori lo interpeló:

-Parece que te has ido a emborrachar solito -y continuó sin esperar lo que Mamani pudiera decir:

-Éste es el Gonzáles, un arriero que ha venido de mi pueblo. Es un pícaro. Dice que tiene muchas mulas pero yo no creo porque ha llegado con un burrito flaco y una mula "matada" y hambrienta. Se va a regresar mañana en la mañana. Vení, ché, la Puka Senkha tiene una linda guitarra y este Gonzáles tiene un charanguito de armadillo que habrá hecho olvidar a alguien... ¿Sua kanki? -continuó su charla, dirigiéndose esta vez al arriero de Tapacarí, mientras empujaba suavemente a Mamani Poma a lo largo de la callejuela.

La chichería de la Puka Senkha era una casucha con una habitación sobre la calle, demasiado baja para permanecer parado en ella, con piso de tierra y una especie de banquillo de adobes alrededor de sus paredes. Una pequeña puerta, de no más de un metro de alto, comunicaba esta habitación con un patio minúsculo, oscuro, de piso desigual. Al fondo del patiecillo un techo de "media agua" se apoyaba contra la roca que hacía las veces de pared de fondo. Era el dormitorio y cuarto de estar de toda la familia. Unas brasas indicaban que en el patio también estaba la cocina. A esa hora y sin luna, no podía verse que por encima el fogón de barro, había una hoja de calamina enmohecida, haciendo las veces de techo.

Cuando los mineros y el arriero entraron por la pequeña puerta que daba a la calle, encontraron unos pocos parroquianos bebiendo silenciosamente. Al centro de la habitación y encima de una mesa chata, habían varias botellas de chicha. La Puka Senkha, una chola gorda y envejecida, estaba sirviendo chicha de un jarro, y como no tenía sino un vaso en la mano del que tenían que beber todos, instaba a los clientes a que bebiesen rápido:

-Sirviricuy ah, compadre, sirviricuy.

El grupo entró precedido por la voz de Condori, que se cuidaba de no mencionar el sobrenombre de la chichera, pues sabía que eso la irritaba:

-¿Imaynalla doña Carmen? Hemos venido con estos amigos para tomar una chicha de la buena. A ver, sírvanos unas dos jarritas... ¿Qué es pues de tus hijas... ya se han ido a dormir? Mucho las cuidas también, pues...

Interrumpiendo al charlatán, la Puka Senkha, con ademán amable invitó a todos a sentarse:

-Siéntense pues, siéntense. Ya voy a traer la chicha. Habrán pagado esta tarde la quincena ¿no? Y quién es pues, este... -continuó dirigiéndose al arriero que era indudablemente el único al que no conocía.

Condori se apresuró a retomar la palabra:

-Es el Gonzáles, un arriero de Tapacarí. Ha llegado ayer y está durmiendo en mi casa. Se va a ir mañana en la mañanita, ha traído una carguita de papas y dice que se va a volver vacío pero no creo; mineral robado seguro que ha de llevar para vender en otra mina...

-Yo no me meto en eso -protestó rápidamente Gonzáles sabiendo que la Empresa y su Policía Minera perseguían con saña a los ladrones de mineral.

-Tú eres un hablador y ya me estás calentando. ¿Qué creerán éstos que no me conocen? -añadió entre quejoso y ofendido.

-No te calientes compañero. Si es una chanza nomás... a ver doña Carmen, mande traer su guitarra. Ya Ud. sabe que este Mamani es un buen guitarrero, Vas a tocar ché "Linda Cochabambinita". Esa si es cueca.

La guitarra fue traída. El arriero Gonzáles sacó de bajo el poncho un charango y pronto empezó la jarana. Las vueltas de chicha fueron más frecuentes y la Puka Senkha se cuidaba de hacer notar cuántas jarras se habían servido, añadiendo cada cierto tiempo una o dos demás a la cuenta.

-¿Qué es pues, de tus hijas doña Carmen? ¡Ah, también...!

Entraron las hijas de la chichera. La una aceptable y la otra francamente fea. Con ellas los parroquianos bailaron cuecas y bailecitos de la tierra. Los aplausos rítmicos para acompañar el zapateado, podían oírse a la distancia.

Mamani Poma tocaba la guitarra maquinalmente, con el espíritu ausente de todo lo que ocurría a su alrededor, perdido de nuevo en su ensueño sin figuras ni contornos, hasta que una de las bailadoras, la más agraciada, le trajo el recuerdo preciado del cuerpo de María y con esta imagen el pasado se agolpó de nuevo en su mente.

Del maizal, se llevó a la María a su casa. El procedimiento no era desusado entre los campesinos. En la fiesta de San Juan, vino el cura del pueblo y los casó, juntamente con otras parejas que ya habían establecido hogar sin esperar las formalidades del matrimonio.

El amor entre los campesinos quechuas, no tiene sutilezas ni refinamientos. No hay tiempo para eso. Un nuevo hogar es una pequeña empresa económica que debe funcionar y producir inmediatamente. Los padres y los vecinos ayudan a los novios, casados o no, a levantar unas casuchas que servían de hogar. Unas pocas ovejas, algunos aperos de labranza, más o menos primitivos, un perro y, cuando se trata de gentes acomodadas, un caballo, un buey y una o dos vacas, constituyen el capital inicial de esta nueva empresa y el fundamento de la felicidad o la desventura de los amantes. Las risas, las canciones y los halagos no tienen sitio en este cuadro de parquedad y pobreza colectivas.

Pero María cantaba a veces y se reía con una risa como la del arroyo. Percibía su felicidad y la mostraba, lo que era inusitado. Juan tenía que alzarse por encima de sí mismo para amarla. Le gustaba que su mujer se riera y al volver a su rancho, solía detenerse antes de entrar, para escuchar su voz suave. Ella pagaba la comprensión y el cariño de Juan con efusiones propias que a su vez la sorprendían...

Juancito, el primer hijo, nació casi inmediatamente después del matrimonio y la Marucha llegó a los dos años justos. Cuando sus hijos comenzaron a ser algo más que pequeños animalitos, las emociones de la paternidad fueron evolucionando y tomando forma en el alma de Juan. Consideraba a Juancito como a su igual, como a su amigo, como a otro hombre. La ternura para con el muchacho tenía que ser y era profundamente subterránea, imperceptible para los demás pero completamente clara para este hijo suyo, tan igual a él. Era como si existiese entre los dos un secreto entendimiento.

Con Marucha era otra cosa. Ella era como su madre, bulliciosa, atrevida, reidora. En su cariño por esta chiquita, Juan reconocía el amor a su mujer con un nuevo ingrediente que lo hacía más profundo y tenía la virtud de darle a él una efusividad de que carecía habitualmente. Alguna vez, incluso llegó a besar a esta su hija, si bien procuró siempre que nadie lo viera haciendo semejante cosa.

Eran jóvenes, fuertes, y trabajaban todos los días del año pero no prosperaban. La tierra era magra y pequeña. Las lluvias irregulares. Cuando contemplaban este panorama capaz de ensombrecer su alegría y la vida de sus hijos, se abrió una perspectiva en el horizonte: irse a trabajar a las minas.

Llegaron unos vecinos que habían estado ausentes por largo tiempo. Recobraron la chacra que habían vendido al partir y compraron varias otras. Adquirieron ganado, levantaron una nueva casa. Era visible que se habían enriquecido, al menos en la módica

escala que constituye la medida de la fortuna entre los campesinos. Cómo y dónde, no era un secreto para nadie. Habían estado en las minas en donde pagaban salarios hasta de diez y quince pesos por día, lo que era suma extraordinaria para gentes que a veces no veían tales cantidades en meses enteros. Es verdad que el hombre llegó enflaquecido, esquelético, tuberculoso, pero la mujer y los hijos parecían lozanos y llenos de vida.

Juan Mamani Poma y su mujer la María, deliberaron brevemente. Trabajarían en las minas por unos años, quizá cinco, quizá menos. A su regreso, tratarían de comprar la propiedad del patrón, en la que eran colonos. Era pequeña pero para ellos sería suficiente.

Y se fueron. Como ellos y con ellos, muchos otros se lanzaron a la aventura de las minas, como sus padres, una generación antes, se habían dejado vencer por la tentación de las salitreras en la costa de Chile.

Las penurias del viaje fueron excesivas. Camiones cargados de gente hasta lo inverosímil, marchas a pie por días enteros, con los niños a la espalda. Al abandonar el vale y subir a la montaña, el frío, este frío cruel que parece defender a zarpazos las cumbres de la cordillera contra la profanación codiciosa de los hombres, hizo llorar a los chiquillos. La María mostró el temple de su alma y el vigor de su cuerpo de hembra joven en estas andanzas.

Al principio todo fue bien. Juan se contrató inmediatamente. Musculoso, elástico y con menos de treinta años, sería un barretero de primer orden. El salario no resultó ser tanto como decían, pero aun esos cinco o seis pesos diarios harían una respetable cantidad mensual. Les dieron unos tugurios por casa pero él se dio modos de levantar tres habitaciones, casi decentes, apoyando una de las paredes, la del fondo, contra la roca.

La María, tiritando de frío, trabajaba de la mañana a la noche haciendo primero comida y después chicha para otros peones que habían venido de su mismo valle y que eran solteros o habían dejado a sus familias. Las caritas de Juanito y la Marucha se agrietaron al principio hasta sangrar, pero después se habituaron al frío. Jugeteaban sin descanso por las lomas casi verticales de esta cordillera con entrañas de wólfam, Juanito haciendo de minero, horadaba las partes blandas que podía encontrar en la roca, utilizando el cuchillo de cocina de su madre, la que protestaba todo el día por esta causa. La Marucha, prendida al saco de su hermano, pretendía cocinar, como su madre, en pequeños cacharros que le había comprado su padre. Las delgadas trenzas de cabello que le colgaban a la espalda más de una vez, fueron objetos de las iras del hermano que alegaba que la comida no había estado a tiempo.

Los niños, con la tez oscura y agrietada y la María con las manos rajadas, eran el encanto y la razón de ser de Juan. Su pena era que los veía poco. Salía de la casa a las cuatro de la mañana y con frecuencia doblaba su jornada para ganar más. Cuando volvía por la noche, estaba rendido, sin fuerzas ni para hablar. Después de sostener por ocho horas el taladro contra la roca, los oídos y el cuerpo entero continuaban vibrándole con el implacable ritmo de la máquina. Al día siguiente a comenzar de nuevo. Otras veces entraba al turno de la noche, pero esto sólo tenía significación en lo que se refería a su mujer y sus hijos porque para él, dentro de la mina, a cientos de metros de profundidad, era siempre de noche. El aire enrarecido y el calor subterráneo, daban a los obreros una

semi-lucidez suficiente para sostener el taladro en las direcciones indicadas por el ingeniero, y para empujar las carretillas de mineral y palear la tierra, pero para nada más. Los trabajadores semi-desnudos empujaban o cargaban las carretillas o barrenaban las paredes, iluminados por lamparillas de acetileno cuya pequeña llama se extendía en la oscuridad en búsqueda desesperada de oxígeno.

La sensación de ser un gusano atrapado y perdido en un laberinto subterráneo, torturaba a veces la mente de Juan. Entonces, el pesado aire del socavón le parecía la continuación de la roca oscura, con alucinantes puntos luminosos que eran las lamparillas lejanas de los otros trabajadores. Para romper esta fascinación, abandonaba repentinamente el taladro y echaba a correr dando gritos, golpeándose contra las salientes del socavón, hasta recobrar, por la violencia del esfuerzo y los golpes, la noción de tiempo y lugar.

Durante una de estas embestidas contra la oscuridad fue que conoció a Condori que se echó a reír a carcajadas al ver por primera vez a Juan, corriendo enceguecido dentro del socavón. Ahora, en la chichería, era precisamente Condori quien estaba divirtiéndose a los circunstantes con el relato de esta extraña costumbre de su amigo.

-Sí, doña Carmen. Le juro por lo más sagrado. Así como estoy diciendo, como un loco siempre se echa a correr éste a veces y da unos gritos de fuertes que hay que oír.

-No diga... ¿Y por qué hace eso? -preguntó sin disimular su interés por el guitarrero la bailadora fea.

-Dice que es para sentirse vivo, para no quedarse pegado a la pared del socavón... para no volverse piedra -intentó explicar Condori y después agregó volviéndose a Juan:

-A ver ché, explica pues ché, por qué haces esas operías...

Juan se quedó sorprendido al comprobar que desde hacía rato era el tema de la conversación, y que su amigo Condori estaba haciendo reír a los parroquianos medio borrachos y a las hijas de la Puka Senkha, con el relato de sus extrañas actitudes dentro de la mina. La ruidosa hilaridad de Condori le obligó a responder:

-Mentiras está diciendo éste... así hablador siempre es -y Juan buscó salir del paso con algunas frases vagas.

Se levantó del banquillo de adobes en que estaba sentado, apoyó la guitarra que había dejado de tocar hacía rato y se fue al patiecillo interior. Allí encontró a Gonzáles, el arriero de Tapacarí, y la conversación se anudó espontáneamente entre los dos.

-Yo me quiero ir y ese hablador del Condori está habla que te habla. Tengo que madrugar antes del amanecer. Capaz que nieve, el cielo está muy cargado -y después de un segundo silencio, Gonzáles preguntó:

-¿Tú vas a entrar a trabajar mañana?

-No. No puedo. No sé qué hacer. Mi mujer se ha muerto la otra semana... -aquí pareció hacérsele un nudo en la garganta. Tragó aire y saliva y continuó:

-Pulmonía le ha dado saliendo de la cocina caliente y este viento helado que no pasa nunca...

-Ah...

-En menos de una semana se ha muerto...

-Qué caray...

-Ahora mis hijos, el Juanito y la Marucha, no tienen con quién quedarse. Unos paisanos que comían también en mi casa porque la María les daba pensión, han tenido que mudarse porque ya no hay quién les prepare la comida. Yo no sé qué hacer...

-¿Ya son grandes tus hijos? Esa que dices la Marucha ya podría cocinar...

-¡Si es chiquita! Tendrá como cuatro años y el otro es como dos años más grande. Más grande. Más bien querría irme de aquí...

-Eso sería lo bueno. Esta vida en la mina es muy fregada.

-Pero es que debo a la Compañía y tengo que trabajar siquiera como seis meses para pagar. Toda nuestra platita la he gastado en remedios y para nada...

-¿Por qué no te escapas?...

-Tú no sabes lo que son esos forajidos de la Policía Minera... Y como tienen buenas mulas... Además con las guaguas no se puede...

Se interrumpió la frase porque una súbita idea le iluminó la mente.

-Tú te estás yendo a Tapacarí ¿no?

-Sí, ese es mi pueblo, pero ahora pocos días nomás voy a quedarme allí.

-¿Tu mula y tu burro están yendo vacíos?

-No... Sí... sin carga, claro.

Mamani se acercó en la oscuridad un poco más a Gonzáles. En voz baja, con entonación de pregunta y suplica al mismo tiempo dijo:

-Llévamelos a mis hijos hasta Tapacarí. Tus animales están yendo sin carga y no te cuesta nada... Yo te daré alcance en el pueblo. Mañana en la mañana entraré a trabajar. Así no notarán nada. Mientras tanto tú te llevas a mis hijos. En todo el día tienes tiempo de sobra para llegar. Me han dicho que no son más que seis leguas...

-¿La Policía Minera? -comenzó a objetar Gonzáles.

-No los conocen a mis hijos. Esos sólo buscan a los obreros que se escapan debiendo a la Compañía o a los que roban mineral.

Gonzáles sufrió un sobresalto ante esta última frase y quiso saber hasta dónde los chistes de Condori habían sido creídos por Mamani.

-Sí, dicen que persiguen mucho a los que roban mineral, pero a mí eso no me importa, aunque hable zonceras ese borracho del Condori...

La respuesta llegó sincera y franca:

-Claro. Tú no le hagas caso nomás. Así siempre es. Yo le conozco. ¿Los llevas a mis hijos?

-Mi mula está matada y el burrito no ha descansado bien...

Mientras decía esto último, Gonzáles estaba haciendo mentalmente la cuenta de cuánto podría obtener de Mamani en la desesperada situación de éste, a cambio de llevar a sus hijos sanos y salvos, con un día entero de anticipación a su huída, que sin duda se produciría la noche siguiente.

El estado de ánimo de Mamani no le permitía medir la magnitud del pícaro que tenía al frente, y como le parecía lógico pagar el flete de las acémilas, se adelantó a ofrecerlo:

-Mis guaguas no pesan nada. Son bien guaguitas todavía. Tu burrito puede llevar a los dos. Además, el flete, claro que te he de pagar...

Gonzáles siguió ponderando silenciosamente el problema como si fuese algo más grave o más difícil de hacer de lo que en realidad parecía. Mamani interrumpió su reflexión:

-Llegando a Tapacarí me los tienes en tu casa nomás. Mañana en la noche o al amanecer yo también ya he de llegar...

-No hay caso. Ya te he dicho que mi burrito está cansado y la mula no puede llevar ni caronas porque tiene una mata así de grande...El ademán exagerado que hizo con los brazos abiertos, se perdió en la oscuridad.

-Además, no quiero meterme en líos con la Policía Minera.

-Pero ellos no tienen nada que ver...

-Sí, pero cuando tú te vayas, seguro que han de saber que yo he llevado a tus hijos y no podré traer carga a la mina.

-¿Cómo han de saber? Cuando yo me vaya todos han de decir que me he llevado al Juancito y la Marucha. No los voy a dejar, también, en esta mina de...

-Y por el flete nomás, zoncera sería...

Mamani comenzó a ver claro el asunto. Era simplemente cuestión de cuánto pudiera ofrecer. Estaba dispuesto a pagar bien y no tuvo inconveniente en decirlo.

-Te voy a pagar el flete del burro y además de la mula que va a ir sin carga...

-Ah, no. Eso no es nada... veinte pesos... para qué siquiera hablar...

-¿Cuánto quieres entonces?

-Ni por doscientos pesos querría verme las caras con los de la Policía Minera.

Ante esta reiterada alusión a las autoridades, Mamani comenzó a sospechar si las bromas de Condori serían algo más que bromas; si en efecto este arriero sería más bien un ladrón de minerales que encubría sus actividades con el pequeño comercio que podía trasladar de mina en mina, a lomo de sus flacas y maltrechas acémilas. Quiso tantear cómo reaccionaría el hombre y dijo como para sí:

-Qué siempre te han hecho los de la Policía a ti, pues. Ni que fueras uno que rescata minerales para venderlos afuera...

La reacción no se dejó esperar:

-Eso es mentira -interrumpió Gonzáles al darse cuenta inmediata de que había ido muy lejos en sus exigencias y que, de tanto referirse a la Policía Minera, dando expresión sin duda a su miedo subconsciente, había resultado cogido ahora en su misma trampa. Buscó corregir su error moderando sus pretensiones.

-No es sólo por ellos. Es también por los animales que están muy mal. Como eres amigo del Condori que es mi paisano, te cobraré ciento cincuenta pesos y te entrego a las guaguas en Tapacarí cuando llegues...

Era un robo, pero Mamani estaba dispuesto a dejarse robar. Desde que vio la posibilidad de huir de la mina, de volver a su valle, a la vera de su pequeño río, entre las chacras de maíz, a la sombra de los árboles, le pareció que había de nuevo esperanzas, si no para él, herido interiormente por la muerte de la María y extenuado físicamente por el brutal trabajo de barretero, al menos para sus hijos. Eran ellos a quienes quería salvar ahora. Era por ellos y con ellos que deseaba huir. La perspectiva para Juanito y la Marucha de una vida sin esperanza ni alegría en este desierto rígido de sinuosidades gigantes, a cuatro mil metros de altura, sin vegetación alguna, le pareció de pronto una pesadilla. ¿Qué sería de ellos? Habitualmente extraño a la ternura por la herencia de parquedad emocional que corría por sus venas de mestizo juntamente con la sangre indígena, esta vez la pena presentida le estrujó el pecho ante la visión de lo que podía esperar a sus hijos. Estaba dispuesto a dar todo lo que tuviese.

-Te pagaré cien pesos y eso porque no tengo más. Ya te he dicho que con lo que se ha muerto mi mujer lo hemos gastado todo. Te juro por Dios que no tengo más...

-Bueno, está bien. Yo voy a salir antes que amanezca, a eso de las tres. Tengo que apurarme porque va a caer una nevada y en la cumbre es capaz de helar hasta a las

llamas. Tú no eres de por aquí y no sabes lo que es eso... Quién sabe si podrás bien pasar la cuesta mañana por la noche.

-Yo he de poder nomás, pero ten cuidado con mis guaguas. Si algo les pasara a ellos yo no sé...

-Claro. Los vamos a envolver bien, pues. Siempre tendrás unas frazadas. Mejor saldremos juntos de aquí, dentro de un rato y así nos vamos a tu casa y sacamos a tus hijos. Yo voy a ensillar los animales en la casa del Condori. Es mejor salir de ahí. Vive en la orilla del campamento.

-Sí, es mejor. Mis pobres guaguas van a tener mucho frío... Su voz estaba ronca por la emoción contenida.

Entraron de nuevo a la habitación donde habían estado bebiendo.

-Juanito... Juanito...

-¿Tatay...?

-¡Levántate!

-¿Ya te estás subiendo a la mina, tatay?

-No. Tenemos que irnos. Levántate y vestí a la Marucha. Apúrate... Apúrate.

Mamani encendió una vela de sebo, a medias consumida. A su luz temblorosa y desigual, pudieron verse los ojos de Juanito, enormemente abiertos. El niño pugnaba por despertar del todo. Cuando se incorporó al fin y empezó a ponerse el pantalón de bayeta, Gonzáles que estaba parado junto a Mamani Poma, pudo apreciar que se trataban de un niño mestizo como su padre y como él mismo, de unos seis años de edad, con expresión inteligente. Juanito miró a Gonzáles primero y después a su padre como preguntándole quién era el visitante. Mamani Poma explicó:

-Con este amigo se van a ir antes de que amanezca.

La sorpresa del niño encontró su curso en una pregunta ansiosa, hecha en quechua como para asegurar mayor intimidad:

-¿Khanri?

Tendría que explicar sin duda. El niño era demasiado perspicaz para ser engañado simplemente.

-Yo voy a ir detrás de Uds. En la noche. Nos vamos a escapar porque si no, los carabineros de la Policía nos agarrarían. Tú ya eres un hombre y le vas a ayudar a la Marucha que es chiquita. Nos vamos a volver al valle, pero primero vamos a ir a la casa de este amigo en Tapacarí. Ahí me van a esperar.

-¿Solitos vamos a ir?...

-No. Con este amigo que los va a llevar hasta su casa.

-¿Y mi mamita por qué no viene?...

Lo inesperado de la pregunta dejó atontado a Mamani. Tragó un bocado imaginario y comentó:

-Sí. Ella también va a venir. Pero apúrate. Ponte tu ponchito y tus medias de kaito. Está haciendo mucho frío afuera...

Después se arrodillo en el piso de tierra para despertar a la Marucha que dormía sobre unos cueros de oveja tendidos en el suelo.

-Marucha... Maruchita... Ritchariy.

Levantó a la chiquilla en sus brazos y ella abrió los ojos, vio a Gonzáles y se echó a llorar.

-¿De qué estás llorando? A ver, ¿de qué?...

Al oír la voz de su padre y caer en cuenta que estaba en sus brazos, la pequeña Marucha se tranquilizó y quiso volver a dormirse para lo que estaba acomodándose mejor cuando Mamani la hizo parar en el suelo. Así la despertó del todo. Le acarició los cabellos y la cara. Intervino Juancito:

-Nos estamos yendo Marucha. Ven, te voy a vestir antes que los carabineros vengan...

La amenaza hizo llorar de nuevo a la niña pero el padre la consoló. Ella se dejó vestir, soñolienta. Era una chiquilla de unos cuatro años, con el cuerpecito que permitía adivinar lo que sería a los treinta; buena moza, más sólida que esbelta, con las caderas anchas, las piernas robustas, el seno amplio y los brazos fuertes. Al mirarla, Mamani Poma, vio a su mujer cuando era niña. Para ahuyentar el recuerdo se puso a ordenar apresuradamente unas alforjas con lo más necesario para el viaje. Después hizo el desayuno en la pieza siguiente ayudado por Gonzáles. Envolvieron a los niños en gruesas frazadas de lana de oveja toscamente tejida, y se los llevaron en brazos. Apenas era posible caminar por la senda que bajaba y subía como un hilillo blanco en medio de la oscuridad.

Era aún de noche cuando Mamani Poma probó por última vez si las ataduras con las cuales estaban sujetos sus hijos al lomo de un pacífico asno, eran lo suficientemente fuertes como para evitar la caída de los niños en alguna de las interminables subidas y bajadas que tendrían que recorrer antes de llegar a Tapacarí. El grupo compuesto de Gonzáles, Mamani Poma, Juancito y la Marucha, con el agregado de una mula y el asno en el que cabalgaban los niños, se detuvo al llegar al extremo del campamento. Las últimas casuchas habían quedado a alguna distancia. El grupo estaba en el fondo de una quebrada desde la cual partía la cuesta de salida al camino de Tapacarí.

-Bueno... -dijo Gonzáles volviéndose a Mamani- de aquí te volverás...

-Sí -respondió Mamani-. Ahora me regreso y entro en la mina en el turno de las cuatro para salir a las doce del día. Después de dormir un poco, me escapo en la nochecita y mañana a esta hora ya voy a estar en Tapacarí.

-Seguro. Son seis leguas nomás y no te puedes perder. El camino es claro, pero la nieve te ha de embromar. Fijo que hoy en la tarde va a nevar...

-¿Cómo sabes...?

-Mirá el cielo cómo está de cargado y con este frío más, nevada va a ser. Los animales también están apurados y ellos saben bien...

Efectivamente, la mula y el asno se movían inquietos. En la oscuridad se oyó la voz de Mamani Poma:

-Juanito, vas a cuidar bien a la Marucha. No la vas a hacer llorar. En la alforja hay khokhahui para cuando tengan hambre.

-Sí tatay...

-Yo voy a ir detrás de Uds...

-¿Con mi mamita vas a venir, no?...?

-Sí...

Gonzáles intervino:

-Bueno... Nos tenemos que apurar...

Mamani Poma se dejó vencer por sus sentimientos una vez más y abrazó y besó a la Marucha que, semidormida, cabalgaba en el asno delante de su hermano que le tenía sujeta la espalda y la cabeza. La chiquilla despertó un poco y sonrió a su padre. Después, Mamani Poma, abrazó y besó a Juanito.

-No te vas a tardar tatay...

-No. En un ratito yo voy a venir detrás de Uds...

Gonzáles arreó las bestias que comenzaron a trepar la cuesta.

El amanecer apenas era perceptible a causa de las densas nubes que cubrían el cielo. Faltaban todavía bastante para llegar a la cumbre. Marucha estaba dormida y Juanito cabeceaba por momentos, para despertar sobresaltado, con el temor de caer del asno arrastrando a su hermanita, cuya pequeña cabeza tenía apoyada en uno de sus hombros. Gonzáles venía detrás, a pie, sin apurar a las bestias cuya prisa parecía ser aún mayor que la de él.

-Agarra bien a la Marucha Juanito. Voy a apretar la cincha para la cuesta.

-Está durmiendo...

Viajar en la cordillera es subir y bajar sin descanso. Las sendas por las cuales sólo las bestias y las gentes habituadas pueden transitar, suben como un gusano interminable, kilómetro tras kilómetro, legua tras legua para alcanzar la cumbre de un murallón gigante y precipitarse al otro lado, retorciéndose con angustia, hasta el fondo de una quebrada, cuyo hilillo de agua cristalina y helada cruza por debajo, y con renovado impulso, trepan el murallón del frente, aún más alto que el otro, para precipitarse de nuevo al fondo. Y así, sin cesar, una hora después de otra, un día después de otro...

-Bueno. Vamos... -y el grupo reanudó su marcha.

La belleza de una gran cadena de montañas, contemplada de estas cumbres, es sólo comparable a la belleza eternamente cambiante del mar. Y como el mar, la cordillera nunca es igual a sí misma. Cambia de color con las variaciones de la luz; cambia cuando las nubes le ponen un manto inmenso de sombra sobre sus lomos; cambia con cada paso del que la mira. Ansiosa de exhibirse, presenta una nueva silueta, una nueva forma a cada vuelta de sus salientes. Su grandeza es desolada y solemne. Cuando al fin los temblorosos pies del viajero han alcanzado una elevación que se alza sobre todas las otras, quizá a cinco mil metros, de nuevo la imagen del mar es la única comparación admisible. Pero de un mar cuyas olas agitadas por una tempestad terrible se hubiesen petrificado de repente.

En nada de esto pensaba Gonzáles al caminar aprisa detrás de sus acémilas. Habitado a la cordillera desde su niñez, sólo su ausencia habría podido causarle inquietud o emoción. En cuanto al mar, no lo conocía y apenas tenía noción de su existencia. Para él, el término del mundo estaba allí donde la montaña se rebaja tanto que se convierte en colina insignificante.

Su mente estaba ocupada en otra cosa. ¿Estaría el indio Pedro, cuyo apellido nunca llegó a saber, estaría esperándolo de acuerdo a lo prometido, en su choza oculta en una arruga de la cordillera? Tendría que seguir por esta senda una media hora más. Después dejaría a los niños esperándolo en el camino y bajaría por una huella, casi invisible a la casa del indio para recoger el mineral que le había prometido para este viaje. En general todo había ido bien por largo tiempo en este negocio de rescatar mineral robado.

El indio Pedro, viejo taimado pero honesto, iba a la mina a vender leña. Su presencia no despertó jamás desconfianza. Era como un pedazo de la misma cordillera, como su mismo color, con igual tranquilidad inmutable. Por lo demás, todos estaban habituados a su presencia intermitente en el campamento. Recogía el mineral de poder de aquellos obreros que le había indicado previamente Gonzáles y se lo entregaba en su choza a cambio de algunas provisiones como azúcar, coca, maíz, harina. Raras veces exigía dinero. Era viejo y sólo se contentaba con vivir pegado a sus rocas como un molusco.

Pero algunas veces se emborrachaba con el exiguo producto de la leña que había vendido y entonces desaparecía por días enteros. Gonzáles, constantemente atemorizado ante la perspectiva de caer en manos de la Policía Minera, vivía horas de angustia esperándolo acurrucado en la choza. Ayer precisamente lo había visto bebiendo en la mina. ¿Estaría esperándolo ahora?

Para empeorar la situación, no sólo estaban los niños, que constituían una sobre-carga para sus acémilas después de recogidas las bolsas de mineral, sino que también el día se presentaba amenazador. Su experiencia de toda una vida, le había enseñado a temer las tempestades de nieve en la cordillera. Él sabía bien que en estas montañas de aire seco y helado, nieva rara vez. El viento constante arrastra las nubes hacia los valles. La nieve perpetua se mantiene en los picos, quién sabe desde cuándo, por el terrible frío que hace allí. Pero cuando cae una tempestad de nieve, es sencillamente terrorífica. No es comparable a una tempestad de granizo, en la que las pequeñas bolas de hielo que caen del cielo danzan sacudidas por ráfagas de viento que se llevan la tempestad entera de cumbre en cumbre y acaban por disolverla. Lo único de temer entonces son los rayos que iluminan las crestas elevadas, como latigazos a la soberbia de las alturas. Si no se tiene encima un poncho de vicuñas, que atrae los rayos, todo se reduce a esperar, protegido por cualquier roca durante unas horas. Después brilla de nuevo el sol.

Con las tempestades de nieve es otra cosa. Entonces se pierde el viento, como si hubiese ido a descansar de su fatiga eterna. El aire, vibrante casi, a fuerza de enrarecido, que envuelve habitualmente la cordillera, se vuelve denso y pesado. Y la nieve cae. Cae sin cesar, día tras día, ocultando todas las sendas, haciendo imposible el paso por las abras, poniéndole una interminable camisa blanca a la desnudez de los flancos soberbios de la montaña. No es posible orientarse porque no se ve. Los finos vellones que caen, dan vueltas al cuerpo, danzan con movimientos fantásticos frente a la cara, se le introducen a los ojos, a la boca, a cuanta abertura pueden encontrar en la ropa. Su contacto suave produce escalofríos. Además de la orientación, se pierde el control, la sensibilidad, la proporción de las cosas. La obsesión de echarse a descansar lucha sin tregua en la mente con la convicción instintiva y vital de que no hay que ceder. Es necesario continuar caminando, incluso a riesgo de precipitarse en un abismo. El que cede, el que se sienta al menos, está perdido. La conciencia lo abandona progresivamente, un estado de calma lo invade mientras la nieve cae bailando ante sus ojos, sobre la cara, sobre el cuerpo, sobre los pies helados...

Gonzáles llegó al punto del camino en el que tenía que tomar decisión. Llevar consigo a los niños a la casa del indio Pedro le parecía cada vez más un absurdo. Tendrían que bajar por una senda imposible, casi dos leguas. Las bestias no podían resistir, teniendo en cuenta sobre todo la doble carga, el mineral y los niños, con la cual debían regresar. Como había pensando antes, quería dejarlos en esta parte del camino, donde el desvío a la casa de Pedro comenzaba. Pero el problema estaba en que no volvería a salir al mismo sitio sino dos leguas más adelante. En realidad, tenía que recorrer dos lados de un triángulo, en uno de cuyos vértices estaba ahora mientras que la casa del indio estaba en el otro y el punto donde pensaba retomar el camino venía a ser el tercero. Pero ¿Qué hacer con los niños? Si ellos pudieran caminar las dos leguas que los separaban del sitio donde él retomaría el camino, no habría problemas. Pero, ¿podrían ellos hacerlo? Y la tempestad que sin duda iba a desencadenarse antes de lo que él mismo había creído...

Por una vez en su vida mezquina y oscura, un pensamiento generoso cruzó por su mente: abandonar el mineral, no ir a lo de Pedro y continuar con los niños a toda prisa para llegar cuanto antes a Tapacarí; pero, ¿podría recoger alguna vez ese mineral? Nunca sabía uno si el mismo Pedro no había sido sorprendido por la Policía Minera. Si en su viaje siguiente, que tendría que ser después de meses, él mismo no sería

descubierto. Si el indio, al encontrarse falto de provisiones, no haría alguna otra transacción. Y eran cientos de pesos, quizás más de mil...

No. No haría semejante estupidez. Desechó definitivamente la idea. Finalmente, ya encontraría una solución después de tener el mineral seguro, regresando por el camino a buscar a los niños si ellos no habían alcanzado todavía su punto de salida. Después de todo, era muy temprano y sólo tendrían que hacer de cuatro a cinco leguas en el resto del día. Miró el cielo cuyas nubes, de tan bajas que estaban, podían tocarse con la mano. La tempestad se estaba convirtiendo en amenaza inminente.

-Aquí se van a bajar Juanito.

La voz de Gonzáles, que le sonó extraña a él mismo, asustó al niño semidormido. Juanito no tenía conciencia de la tempestad natural que amenazaba a todos ni de la tempestad de conciencia que estaba torturando a Gonzáles. Despertó con la impresión de estar cayéndose y sujetó a su hermanita nerviosamente contra sí. El asno y la mula detuvieron su marcha porque

Gonzáles estaba parado en medio del caminillo.

-¿Aquí es Tapacarí? -preguntó el niño.

-No todavía. Lejos todavía es, pero yo tengo que recoger una carguita de allá abajo -y señaló con el brazo extendido la lejana profundidad de la quebrada en cuya ceja se encontraban.

La Marucha, que venía adormecida con la marcha rítmica del asno, se despertó también.

-Tatay... mamita... -y al no recibir respuesta y ver un extraño delante, se puso a llorar.

-Ama huakhaichu. El papá está viniendo con la mamita -dijo Juanito para consolarla. Marucha siguió llorando.

Gonzáles aflojó las ataduras que sujetaban a los niños y Juanito se deslizó suavemente al suelo. El arriero tomó en brazos a la niña y la hizo parar al lado de su hermanito. Sacó de la alforja un poco de mote envuelto en un pañuelo mugriento y se lo extendió a los niños. La Marucha extendió sus manecitas y se calló. Era indudable que no podía llorar y comer al mismo tiempo.

-Ahora tienen que caminar un poco -comenzó a explicar suavemente Gonzáles. Por este mismo caminito van a ir. No se pueden perder. Yo voy a bajar allí, a la quebrada para recoger unas carguitas y les voy a dar alcance en un ratito...

-No te vas a tardar, pues... -insinuó Juanito.

-Si es un rato. Uds. caminen nomás siempre, por este camino. Llévala a la Marucha de la mano. El mote también les voy a dejar para que no llore...

Mientras decía esto, arreglaba las caronas de los animales para evitar que se cayera en la violenta bajada que tenían por delante. Dirigió las acémilas hacia un sendero casi invisible, prorrumpió en un silbido corto y agudo y la mula se adelantó a bajar.

-Bueno... Caminen nomás siempre... apuraditos... Yo les voy a alcanzar en un ratito...

Y se fue tras sus animales.

Los niños de aquella cordillera, que se aterrorizarían ante una bicicleta y saldrían huyendo enloquecidos ante el ruido de un tranvía urbano, no se asustan de la soledad de las montañas. Están habituados a que el más próximo vecino tenga su casa a dos o tres leguas de distancia. Además, los niños creen en las promesas con toda la fuerza de su inocencia. Juanito y la Marucha iniciaron despacio su marcha a lo largo del caminito que tenían ante sí. Los menudos pasos de la chiquilla, atareada comiendo el mote, apenas si le permitían avanzar. A este paso, no irían las dos leguas que podían ser su salvación ni en una semana.

-Apúrate Maruchita.

-Yo quiero esperar a mi mamita...

Juanito la tomó por la mano y comenzó a estirarla levemente. Los pequeños pedruscos de la senda labrada en la roca, constituían serios obstáculos para su marcha.

Gonzáles caminaba a toda prisa arreando sus acémilas. Después de todo, quería tener tiempo, antes que comenzara a nevar, para regresar en busca de los niños. Hasta se prometió salir a este mismo punto del camino en vez de dos leguas más adelante porque sabía muy bien que una chiquilla de cuatro años y un muchacho de seis no irían muy lejos.

Cuando al término de una marcha precipitada de una hora o poco más, llegó a la choza el indio Pedro, éste no estaba pero había fuego encendido en un pequeño hogar de una esquina. Era indudable que el indio había regresado de la mina por la noche. Probablemente habría ido por agua al fondo de la quebrada. Gonzáles se metió en la choza y se quedó a descansar junto al fuego. Transcurrió un largo rato.

Inquieto al fin salió a la puerta y le llamó la atención el que la luz del día en vez de aumentar, estuviese disminuyendo. Nuevamente tuvo la impresión de que podía tocar el cielo con la mano. Vio al indio Pedro que estaba trepando del fondo de la quebrada con un pequeño cántaro de barro sujeto a la espalda por unas correas de cuero sin curtir. Le hizo señas para que se apurase. Cuando al fin llegó, quiso terminar cuanto antes la transacción.

-Aquí están la coca, el azúcar y todo lo demás. Entrégame el mineral porque me tengo que apurar...

-No te puedes ir ahora. En un rato más va a comenzar la nevada y tú sabes lo que es eso.

-Ahora me tengo que ir. Tengo que apurarme porque hoy siempre tengo que llegar a Tapacarí.

Ni siquiera al indio Pedro quería explicarle la verdadera causa de su apuro. Sabía que este viejo de alma recta, lo juzgaría como un malhechor. Conocía lo suficiente a este hombre como para saber que él no cambiaría la vida de una pequeña llama por cien toneladas de wólfram.

-Pero no te puedes ir. No vas a llegar. Te vas a helar en la cumbre sin encontrar la senda.

-Yo conozco bien el camino. Desde chico estoy andando por aquí.

-Yo he nacido aquí y las llamas también y ni siquiera las llamas que están afuera podrán salvarse.

-No hables más-. La actitud imperante del mestizo ante el indio, tan habitual en las relaciones mutuas de estos dos grupos humanos, apareció en la voz y el ademán de Gonzáles-. Ahora me tengo que ir, pase lo que pase.

El indio tuvo para sí que el arriero temía ser alcanzado por la Policía Minera y se calló. Entregó y ayudó a cargar las saquillas de mineral, y Gonzáles partió cuando empezaba a nevar.

Por un momento dudó cuál senda seguir: si la que salía al camino dos leguas adelante o aquella por la que había venido. Por poco que hayan andado, se dijo a sí mismo, los niños habrán avanzado algo en estas tres o cuatro horas. Será mejor salir adelante y regresar en busca de ellos, que darles alcance por detrás. Y tomó la senda que le haría avanzar dos leguas.

Fue una lucha cubrir esa distancia. La densidad de la nevada iba en aumento. Con toda su experiencia de la cordillera, por momentos le costaba encontrar el caminito que debía seguir. Las bestias no estaban menos inquietas que él. A cada momento pretendía regresar a la choza del indio Pedro donde había un corral para protegerse contra las inclemencias del tiempo. Gonzáles iba con la obsesión de trasponer el abra, una legua más allá de la reunión de ambas. Aquella por la que los niños debían estar viniendo, era algo mejor, más ancha, más visible. Tardarían más en desaparecer debajo la nieve. El frío inmediato no era muy intenso pero resultaba difícil ver por la densidad de la precipitación atmosférica. Cuando finalmente salió al camino en el que había dejado horas antes a los niños, varios kilómetros atrás, el conflicto que estaba torturando su espíritu hizo crisis.

¿Qué hacer? La tempestad estaba en toda su fuerza aterradora. Para imponer mejor su presencia, los rayos iluminaban el día gris y repentinamente ráfagas de viento parecían huir o ocultarse en las quebradas profundas. En unas horas más, la senda estaría perdida del todo, todos los pasos serían impracticables y su esperanza de trasponer el abra se habría desvanecido. Si al menos los niños hubieran avanzado una legua, si estuvieran siquiera a mitad del camino que debería desandar...

Pero él sabía bien que no podía ser. La tempestad había comenzado demasiado temprano y era imposible que Juanito y la Marucha que apenas podían caminar con seguridad, hubiesen podido avanzar luchando contra los elementos desencadenados. ¿Qué sería de ellos? Volvió la cara, sombrío en el vano intento de atravesar con la vista la pesada cortina de nieve que se precipitaba interminablemente y distinguir las dos pequeñas figuras aproximándose. Después, hizo una cruz con los dedos de la mano derecha, alzó el brazo y en el aire, trazó una cruz grande en la dirección en que los niños estarían en ese momento, besó la cruz de la mano y se fue camino del abra abandonando a Juanito y la Marucha.

Cuando la tempestad comenzó, la Marucha rompió a llorar. Juanito iba a seguirla pero se acordó de la recomendación paterna: "Vas a cuidar a la Marucha... ya eres un hombre..."

-No llores. Ya va a venir el arriero... -su voz no era muy convincente.

-Yo quiero a mi mamita... ¿dónde está mi mamita...?

-Está viniendo con el papá... ya van a llegar...

No habían avanzado quinientos metros. La Marucha caminaba con dificultad y se había cansado pronto. Con los primeros rayos y el silbido del viento, el terror se apoderó de ambos. Entonces Juanito tomó una decisión.

-Aquí vamos a esperar...

Él estaba llorando también.

Hizo sentar a su hermanita en pleno camino y se sentó a su lado. Ambos estaban tiritando de frío y terror.

Los rayos cesaron y el viento se fue. No había campo en el espacio sino para la nieve que caía siempre igual a sí misma, pesada, tenazmente. Los últimos restos del viento rezagado, hacían remolinos con los copos flotantes y se precipitaban a las quebradas profundas. Después, otra vez el silencio de la nieve que caía...

Marucha fue perdiendo la conciencia más rápidamente. Dejó de llorar y se recostó en el suelo. Juanito, que aún lloraba, acomodó uno de sus brazos como almohada para ella y la abrazó con el otro. Se apretó contra el cuerpecillo de Marucha tanto como pudo en el vano intento de protegerla y protegerse. La sensación de cansancio invadió su mente y su llanto entrecortado se apagó.

Siguió nevando tenaz, silenciosamente.

La nevada cayó por dos días y una noche como si el cielo entero hubiese querido volcarse sobre la cordillera. Después la atmósfera quedó límpida y brillante. El frío se hizo intolerable. Todas las montañas que podían verse estaban cubiertas de nieve que, con la salida del sol, se solidificó hasta adquirir la transparencia del vidrio y la dureza de la roca. El deshielo duraría más de un mes.

Varias chozas del campamento minero e incluso algunos edificios de la administración, se derrumbaron por el peso de la nieve acumulada sobre sus endeble techos.

El paisaje blanco brillaba con el sol, encegueciendo a los mineros. Para defenderse, tenían las órbitas de los ojos pintadas de hollín. Aún así, hubo casos de ceguera temporal. Se comentó que un indio y varias llamas habían muerto heladas en las alturas de la cordillera.

La noticia de lo ocurrido con los hijos de Mamani Poma circuló por el campamento a los ocho días. Mamani Poma se perdió. Unos decían que estaba buscando los cadáveres de la Marucha y Juanito y otros, que había ido en persecución del arriero Gonzáles. Nunca más se supo nada de él.

Un día, el corregidor fue llamado con gran urgencia de la chichería donde estaba bebiendo. Unos indios, al venir de Tapacari, habían visto dos delgadas trenzas de cabello, dejadas al aire por el deshielo. Se organizó una partida de carabineros y mineros. Hubo que volar con dinamita el hielo de los alrededores. La maestría de los mineros en el manejo del explosivo, permitió descubrir intactos los dos pequeños cuerpecillos. Juanito tenía todavía nerviosamente sujeta en sus brazos a la Marucha. Helados como estaban, era difícil separarlos y se resolvió dejarlos juntos.

Cuando la partida volvió al campamento, las mujeres de los mineros, que no lloran nunca, apretaron a sus hijos, temerosas, contra su seno y rompieron en llanto. Al entierro fue incluso el administrador de la mina. También fue mi padre. Mi madre no quiso que fuéramos nosotros que teníamos cuatro y seis años y quedamos en casa, pegados a ella, sin comprender por qué lloraba.

Alfonso Gumucio Dagron - INTERIOR MINA

(Buenos Aires, 1950)

Corriendo en el callejón entre las dos filas de habitaciones de adobe, haciendo zetas para evitar la canalización abierta y maloliente, dando saltitos a derecha y a izquierda del agua sucia como ya tenía la costumbre, resbalándole los pies pequeños y húmedos en las abarcas sueltas de fatiga. Al contornear el último cuarto debía agachar la cabeza de un solo golpe preciso para evitar la esquina doblada de la calamina que había cortado como cuchillo más de una frente.

Le latían en la frente las palabras. Pensaba, "dice el Nogales que te ocultes porque están entrando por detrás del Sindicato"... o mejor, "papá, dice el Nogales que te hagas humo hasta contar cero..." Vio la calamina frente a su nariz, dio el cabezazo hacia abajo en el aire, sintiendo en los cabellos que acababa de burlar una vez más la punta traicionera. Iba levantando la cabeza, su mano asida al ángulo del muro para tomar la curva sin perder velocidad, sus abarcas de llanta de camión frenando en seco en la pendiente; entonces, chocó con la espalda de uno de ellos. Ya estaban en la casa, habían entrado por todas partes y no solamente por detrás del Sindicato.

Sobresaltado el soldado enterró el caño de su Garand entre dos adobes.

-¡So bestia... carajo! -el sargento estaba a pocos metros-. ¡No estás agarrando una vela sino un fusil! No estarás con miedo de este yoqalla, ¡ja!

El soldado se volvió pálido contra el yoqalla y le dirigió un gesto amenazante. Luego, sentado con el fusil entre las piernas, se dedicó a sacar la tierra del caño con un alambre que traía cuidadosamente enrollado en un bolsillo del uniforme.

Reconoció el quejido que llegaba del interior de la habitación: quiso entrar pero el sargento se lo impidió. Apercibió a su madre sollozando sentada en el borde del catre. Un militar de bigote la estaba haciendo llorar, seguramente, ¡ay! Al levantar la cabeza encontró los ojos del sargento.

-¿Ésta es tu casa? -se dejó preguntar.

-Sí señor... -respondió huraño.

-No puedes entrar, mi teniente la está interrogando a tu mamá.

-Sí señor... -y esperó sentado al lado de la entrada-, ¿interrogando?, ¿rogando, borrando? Atisbó entre las botas del sargento.

Vio cruzar a su madre hacia el fogón, oyó que avivaba el fuego con su aliento, que meneaba la sopa hirviendo en la olla, que se secaba el vapor de las manos y del rostro con el delantal... y las lágrimas. O quizás simplemente imaginó que así era. La bota de "miteniente" apareció a pocos centímetros de su cara, sobre la grada. Miteniente dio una orden al sargento y éste partió al trote con el soldado, miteniente miró el sol, miró el callejón, miró el suelo, lo miró a él.

-¿Dónde está tu padre? -acariciándose el bigote.

-No-sé-señor -se atropelló él.

-¿Cómo?

-¿Acaso no está aquí en la casa señor?

-No. Justamente lo estamos buscando... para que arregle un problema surgido con la radio del Sindicato.

La radio. De allí venía él. Allí le había dicho clarito el Nogales: "Andá corriendo a tu casa y dile a tu padre que se han entrado otra vez". Otra vez, una vez más, de nuevo, los uniformados.

Su madre se acercó a la puerta secándose las manos, el ceño fruncido.

-¿Dónde pues te has metido mocoso? Aquí sola me dejas toda la mañana -lo increpó-. Entra, vas a tomar tu caldo -lo arrastró de una oreja sin lastimarlo.

Miteniente se quedó afuera. Daba pasos grandes frente a la entrada. El sol se iba y venía con cada pasaje de miteniente. Sonaron algunos disparos a lo lejos, miteniente se detuvo. Silencio. Otra vez los pasos de miteniente. Junto a la olla otro soldado sorbía de cuclillas una taza de caldo, mirando inquieto el sol que se iba y venía a través del portal, la sombra desmesurada de miteniente. El soldado partió una papa con la cuchara y dio los últimos sorbos a su caldo.

-Gracias señora -dijo tendiendo tímidamente la taza.

-Le voy a aumentar, debe estar con hambre. Ha debido caminar mucho...

-Cerquita nomás estábamos... -se interrumpió como si hubiese dicho demasiado.

-Sírvese de todas maneras. Usted es pues pobre, como nosotros; debe tener hambre -y volvió a llenarle la taza.

-Gracias señora -repitió como avergonzado, mirando de reojo hacia la entrada, a la sombra que pasaba, el sol que iba y venía.

Su madre le sirvió también una taza llena hasta el borde con harta papa.

-¿Y dónde pues has estado hasta ahora? -inquirió en voz baja.

-En la radio, mamá, con el Nogales...

-Shush... le hizo un gesto mirando hacia la entrada. Sombra, sol, sombra, sol- ¿Y tu papá acaso no estaba con el Nogales? -preguntó ansiosa. No, hizo él un gesto con la cabeza. El soldado parecía no oír nada, la cara metida en el vapor de la taza de caldo.

-¡Ay!... No lo habrán tomado solo en alguna parte -lastimada, afligida.

Sombra, sol, sombra... sombra.

-¡Cabo! -era la voz del teniente.

-¡Fírrme-mi-teniente-tee! -se puso de pie sobresaltado, sin saber qué hacer con la taza que tenía en las manos.

-Andá a ver dónde se ha metido el boludo de tu sargento, hace media hora que ya debería haber vuelto -dijo exagerando el tono autoritario.

-¡Su-orden-mi-tenien-tee! -y salió al trote, cruzándose en la entrada con el teniente.

-¡Chico! -otra vez a él- ¿Cómo te llamas? -dijo en tono amistoso.

-Jaimito se llama -intervino la madre-. ¿Para qué cosita lo necesita, teniente...?

-Jaimito, vas a ir a buscar a tu papá. Seguro que tú sabes dónde está.

-Sí señor...

-¡Ajá! ¿Sabes dónde se mete?

-No señor...

-Para qué dices "sí señor" entonces... Dile, cuando lo encuentres, que yo me voy a quedar aquí hasta que él se presente. Voy a estar charlando con tu mamá. Dile eso.

-Sí señor.

-Dile también que no sea zonzo, que no haga las tonterías que hizo el 67... ¡Andá pues, qué esperas!

-Sí señor -miró a su madre, en su rostro vio la angustia, en el movimiento mínimo de sus labios creyó leer un ruego.

Un frío ceniza se extendió sobre el distrito minero. Silencio en la Plaza Alonso. Las cuatro entradas estaban guardadas por soldados. El silencio se iba hundiendo, un rumor, un murmullo, a veces un grito. Los soldados no hicieron nada para impedir que las primeras mujeres entraran en la plaza, cruzaron en diagonal hacia el edificio del Sindicato, cargadas de sus wawas, sudorosas. Una vez que las últimas acabaron de llenar la plaza, el griterío se acentuó.

-¿Qué hemos hecho pues?

-No contentos con llevarse nuestra radio, están tomando presos otra vez, ¿por qué motivo, por qué razón?

-¡Hasta el agua y la electricidad han cortado! ¿Con qué derecho pues?

-¡Y la pulpería cerrada! Ni carne, ni arroz, ni azúcar. ¿Qué hemos de comer pues? ¿Acaso quieren matarnos de hambre?

-¿Y a nuestros maridos por qué los están tomando presos?

-¡En la ciudad los han agarrado a nuestros dirigentes y aquí siguen persiguiendo, tomando presos!

La ventana del segundo piso del Sindicato se abrió, apareció un militar flanqueado de algunos civiles.

-¡Señoras! Este distrito minero y cinco otros -tomó su tiempo-, han sido declaradas zonas militares por el supremo Gobierno, ¡zo-na-mi-li-tar! -repitió.

-¡Esto es zona minera, no zona militar! -gritó una mujer.

-... lo cual quiere decir -continuó con calma el militar-, que la manifestación que ustedes han organizado es ilegal, obedece a consignas foráneas y constituye un acto de insubordinación a las autoridades militares...

-Uuu... -el griterío acogió las palabras del militar.

-¡Qué nos devuelvan el local del Sindicato! ¡Qué nos devuelvan la radio!

-¡Qué dejen libres a nuestros dirigentes y a los obreros presos!

-¡Señoras! -un micrófono de la radio reforzaba ahora la voz del militar-, no me obliguen a hacer despejar la plaza por la fuerza. Deben irse a sus respectivas casas hasta nueva orden.

-¿Y qué vamos a comer pues?¿Qué les vamos a dar a nuestros hijos?

-¿Y con qué agua hemos de cocinar?

-¡Señoras! Estamos en estado de sitio y la manifestación de ustedes es una provocación. El gobierno sabe que aquí actúan extremistas que influyen en el ánimo de los trabajadores...

-¡Nada de extremistas, mineros, obreros!

-... extremistas -continuó el militar sin paciencia-, que han llegado desde afuera para el último Congreso Minero y han influido en los trabajadores para que vuelvan a elegir a los mismos dirigentes...

-¡Dónde están los extremistas, muéstrenos entre los presos a los que son extremistas, a los que no son trabajadores!

-¡Señoras!, no voy a tolerarles mayores provocaciones. Cuando sus maridos vuelvan al trabajo y la situación esté normalizada, seguramente se levantará la zona militar. Pero si continúa la huelga general yo soy responsable del orden en este distrito.

-¡Los trabajadores han declarado la huelga porque el gobierno ha tomado presos a los dirigentes elegidos por las bases!

-¡Hemos declarado la huelga general después de que ustedes han ocupado las minas, después de que han tomado nuestro Sindicato, después de que se han llevado nuestra radio!

El militar no escuchó más, desapareció detrás de la ventana seguido por la comitiva de civiles que lo acompañaba. Un soldado cerró momentos más tarde la ventana. Las mujeres se fueron retirando en grupos, hablando acaloradamente entre ellas. La masa fue adelgazándose para desaparecer en las callejas del poblado minero. El frío cenizo se había instalado en el ambiente.

Esta vez las luces no aparecen una detrás de otra, los perfiles de las cabezas y de los guardatojos no se recortan como sombras sucesivas mientras el carro se desliza hacia la salida de la mina. Esta vez no. Esta vez no hay carro, el movimiento no es regular y las lámparas de los guardatojos se desplazan agrupadas, a izquierda o a derecha, muy lejos en la más profunda oscuridad del socavón.

Los soldados cuidan la bocamina sin acercarse demasiado; el rapaz ha entrado sin dificultad. Esta oscuridad es absoluta, aquí no se acostumbran los ojos. O uno trae su luz o no ve nada; piensa así y camina siguiendo el nervio del socavón, los rieles que sirven de guía. Más allá, una luz. Camina hasta toparse con un minero de guardatojo y lámpara.

-¿No le ha visto a mi papá, compañero? -emplea la palabra que su padre utiliza para dirigirse a los trabajadores. El minero se agacha y con su luz ilumina el rostro del yoqalla. Se endereza, le tiende la mano, lo lleva hacia adentro.

-Vamos a buscarlo juntos... -el ruido de sus botas resuena en los charcos. Él ha entrado pocas veces a la mina, siempre con su padre. Ahora es diferente, han cortado la luz, no suenan ni las palas ni las perforadoras, no tiemblan los buzones ni se desprenden los muros dinamitados. Ahora es más bien el silencio el que uno escucha, un silencio roto apenas por murmullos lejanos que rebotan de una galería a otra, se transmiten ágiles trazando en la oscuridad una red de niveles, galerías, socavones, salas, buzones. Las botas del minero aplastan los charcos de copajira. La mano seca y agrietada lo introduce pronto en una pequeña pieza de madera, forrada de periódicos. Luz, hombres.

-Por aquí pasó tu padre -le dice serenamente. Una máquina de escribir, papeles, una vetusta mesa de madera. Un papel es retirado de la máquina.

-Bueno -un minero levanta el papel-, voy a leer: "Comunicado del Comité de Huelga No. 4. Compañero soldado: ¿te has preguntado en algún momento cuál es la razón por la cual tienes que soportar el frío y el hambre haciendo guardia acá en las minas? Y lo que es peor, ¿te has preguntado cuál es la razón para que tengas que apuntar y amenazar con tu fusil...?"

-Por aquí pasó tu papá -la mano seca, agrietada... cálida.

-"No sabes acaso, compañero soldado, que los mineros tenemos muchos hijos, que tenemos una madre y tenemos esposa, que se quedarían huérfanos y desamparados si tú obedeces órdenes de los generales para masacrarnos..."

-Vamos... -se deja arrastrar de nuevo hacia la oscuridad. La voz que lee se va perdiendo:

-"... pedimos mejoras salariales porque igual que tú, tenemos hambre y porque igual que tú tenemos frío..."

Plash, plash, plash, las botas sobre los charcos. Sus abarcas salpican también la copajira, empapadas, pero él no piensa en ello. Muy lejos pequeñas luces se desplazan. Plash, plash, plash. Un espacio de silencio, otra pequeña puerta de madera. Entre las tablas se filtra la luz. La mano cálida no se desprende, la otra golpea suavemente la puerta.

-"... las amas de casa nos hemos organizado para enfrentar a las medidas criminales de este gobierno antiobrero, antinacional y vendido al imperialismo que ha cancelado las pulperías y dejado sin víveres a miles de hogares mineros..."

-Buenas noches compañera, ¿cómo se siente? -el minero se introduce con él en la habitación donde se encuentran varias personas, hombres y mujeres; se dirige a una mujer acostada en un rincón, sobre un colchón improvisado.

-Bien nomás compañero, gracias -es Domitila, del Comité de Amas de Casa, él la reconoce-, la circunstancia... pero aquí las compañeras me han ayudado en todo.

-... y ahora tienen cercado militarmente las entradas y las salidas de la bocamina, con el fin de aniquilar a los dirigentes y trabajadores de base que se encuentran en interior mina, dirigiendo la lucha y protegiendo su vida..."

-¡Caray, mellizos! -exclamó el minero regocijado pero su rostro se contrarió al instante-. Pero en esta situación difícil...

-¿Lo estás buscando a tu papá? -le ha preguntado Domitila; él asiente con la cabeza, sin apartar la vista de las wawas-. ¡Ay! Hijo -suspira Domitila, y dirigiéndose al minero de la mano cálida-: llévalo nomás donde su papá, llévalo.

Hubo que caminar mucho todavía en medio de la doble noche del socavón, en medio del doble silencio goteado de copajira, o quebrado plash, plash, plash por las botas. Los pies se les cansaron, el cuerpo se adormecía. Caminaba con los ojos cerrados, dejándose llevar.

-Por aquí ha pasado tu padre, por aquí ha pasado -repetía el minero en voz baja. Y él pensando en Domitila, tan gorda que la había visto días antes. ¿Cuántos hijos tiene ya Domitila? La mano lo soltó en un techo iluminado del socavón, un lugar más amplio. Varios mineros circulaban, discutían, se reunían aquí. La mano cálida pasó delante de su rostro, le señaló... Vio a su padre, en el suelo, junto a otro minero, en el otro extremo del espacio iluminado, casi al borde de la sombra. Se acercó, se acuclilló a su lado, lo miró largamente. Pensó que tenía que darle todavía el recado del Nogales. Tendría que contarle también lo de miteniente. Y que al Nogales se lo llevaron con la radio en un caimán. Y Domitila... Retiró el guardatojo, la lámpara estaba rota. Miró el rostro de su padre, sus labios apretados, su pelo húmedo de tierra, los pómulos amoratados. Tocó el hombro, ligeramente con los dedos. Recorrió el cuerpo con los ojos, faltaba un zapato. Se quedó allí de cuclillas mirando a su padre, acompañándolo, resistiendo.

Caminando sin prisa por el callejón entre los muros de adobe. Al contornear el último cuarto agachó sin ganas la cabeza, sintiendo en los cabellos el extremo de la calamina doblada, como siempre. Miteniente estaba allí, en la puerta.

-¿Entonces? ¿Ya sabes dónde está tu padre? -inquirió como otras veces.

-Sí señor -dentro de la habitación se hizo el silencio.

-¿Cómo? ¡Ajá! ¡Conque sabes dónde está!, ¿Lo has visto?

-Sí señor -creyó sentir la respiración abultada de su madre-. Mi papá dice que si quiere hablar con él... dice que si quiere... que vaya a buscarlo en interior mina...

Imaginó que su madre acababa de apretar los párpados

Marcela Gutiérrez - ROSA, ROSA, TAN MARAVILLOSA

(La Paz, 1954)

-Cómprame dulcecitos, señorita, joven, dos por diez centavos, le doy tres, señorita, caballero.

Tengo un hueco en la barriga, hoy nadie me ha comprado. Rosita sube al micro que está parado frente a ella, un momento maestríto, déjeme venderme mis dulces: Buenas tardes señores pasajeros. Disculpen que moleste tan importante charla que deben de tener ustedes. En primer lugar agradecer al señor chofer por permitirme subir al vehículo y venderme estos dulcecitos que sólo cuesta la suma de diez centavos, señores pasajeros, diez centavos que no les harán pobres ni a mí rica. Como ustedes saben señores pasajeros muchas chicas de mi edad se dedican a la droga, a la prostitución o a robar en las calles. Yo me gano la vida honradamente vendiéndome estos ricos dulces de menta. Tengo que mantener a mi madre enferma y a cinco hermanitos. Bueno, pasará por sus asientos y colabórenme con diez centavitos por estos ricos dulcecitos. Gracias.

La noche comienza a caer, le duelen los pies y no ha vendido nada. Mientras sube por el Prado piensa en su amiga, la Teresa que vende loterías ¿Cómo le habrá ido?

Llega al Obelisco y después de mirar su entorno, levanta una loseta y se introduce rápidamente bajo el monumento de la estatua al soldado desconocido. Adentro ya está la Teresa. ¿Cuánto has vendido Rosita? Pero la niña contesta con una oscilación de cabeza. Sentate a mi lado, así nos calentaremos las dos, dice la Teresa a tiempo de colocar un aguayo en el suelo. Tuve que merquear mi chompa para comprarme esos panes, nos comeremos, ven, no estés triste. Pronto volverán los chicos. De repente nos traen algo -dice rosa. -¿Qué nos van a traer nada, en ellos nomás piensan! -enfatisa la Teresa, que ya pasa los trece años. Para montarse sobre nosotras nomás sirven. A veces quisiera que tú y yo nos fuéramos a vivir a otro lado. Pero más grave puede ser con otra pandilla, dice Rosa mientras mastica su marraqueta, algo malo nos pueden hacer.

En esto se escucha recorrer la piedra de entrada. Ya habían estado aquí las ñatas, grita el Mocko a sus amigas. ¡Y se hacen las dormidas! ¡Yaaaaa! Tienden su viejo abrigo en el suelo, qué frío que hace allí afuera, mientras saca un frasco y un trapo sucio que estaba entre las rendijas de dos losetas. A ver, ¿alguien quiere un poquito de tiner?, y se lleva el trapo empapado a la nariz para aspirar profundamente. Ah, qué rico, a ver Rosita, te toca, esto te calmará el frío y el hambre. La niña siente cómo el intenso aroma le penetra por la nariz y le sube a la cabeza hasta dejarla con una sensación de abandono y tranquilidad y no le importa que el Mocko, mientras con una mano le sostiene el trapo en la cara, con la otra busque ávidamente entre sus ropas, el lugar de sus placeres y frota y acaricia y, a ver abrite Rosita, quiero que me apretes bien entre tus piernas, quiero ser el primero esta noche.

Todos los días son iguales para Rosa, a las ocho de la mañana en las esquinas de las calles, dulces, dulces, señorita, tres por diez centavos, llévese pues, señorita, para mi

pancito, señorita. Y ahora camina calle abajo hacia los barrios del sur y mira las casas grandes, cuántas flores, cuánto sol, debe ser lindo vivir aquí.

Se detiene frente a una reja por donde mira el interior de una hermosa casa. Sí, debe ser lindo vivir aquí con mamá y todo: Rosita, ven, hijita, a tomar tu desayuno, a ver, aquí tienes pastelitos, empanaditas. -Sí, mamita, ¿pastelitos para mí? -Sí, hijita, pero antes déjame abrazarte fuerte, fuerte... - Y oprime con tal fuerza la bolsa de dulces... que despierta de su sueño.

Se aparta de la reja, retrocede asustada, pensando que tal vez alguien la escucha, pero no ve a nadie y choca contra un tacho de basura, qué grande es y mete las manos, debe haber algo para comer, esta gente rica debe de tirar todo. Busca y rebusca dentro del tacho y aquí hay un pedazo de carne, ¡qué chicha!, un pedazote de asadito sólo para mí y se lo lleva a la boca, sabe rico, pero raro, aunque ella nunca ha conocido el sabor de la carne asada y sigue comiendo.

Son las siete y media de la noche y uno a uno llegan los amigos al Hospital de Clínicas en Miraflores. Tanto la hemos buscado a la Rosita y aquí labian traydo, dice el Mocko, a su amigo el Sonrizas, para que dos días haya desaparecido, hermanito, bien raro shempre. Es que yo shempre veo el telepolicia en la televisión del bar donde me vendo cigarros, acota el Waype.

Entremos de una vez que aistá viniendo la Terecita.

Sin separarse mucho uno de otro, entran despacio al frío recinto y sobre una mesa de concreto ven el cadáver de la Rosita. Está tiesa, hermano, ¿qué putas le habrá pasado?, dice el Waype. Adiós Rosita, dice el Mocko, mientras le acaricia el rostro y le toca la mano, no podemos llevarte con nosotros, no sabríamos dónde enterrarte, además ya van a cerrar la morgue. Estarás bien, sí, ya no sentirás frío ni hambre y nosotros tenemos que volver a la calle -dice llorando la Terecita. El Ahijado, el Sonrizas, el Mocko, el Waype y yo te decimos adiós, Rosita.